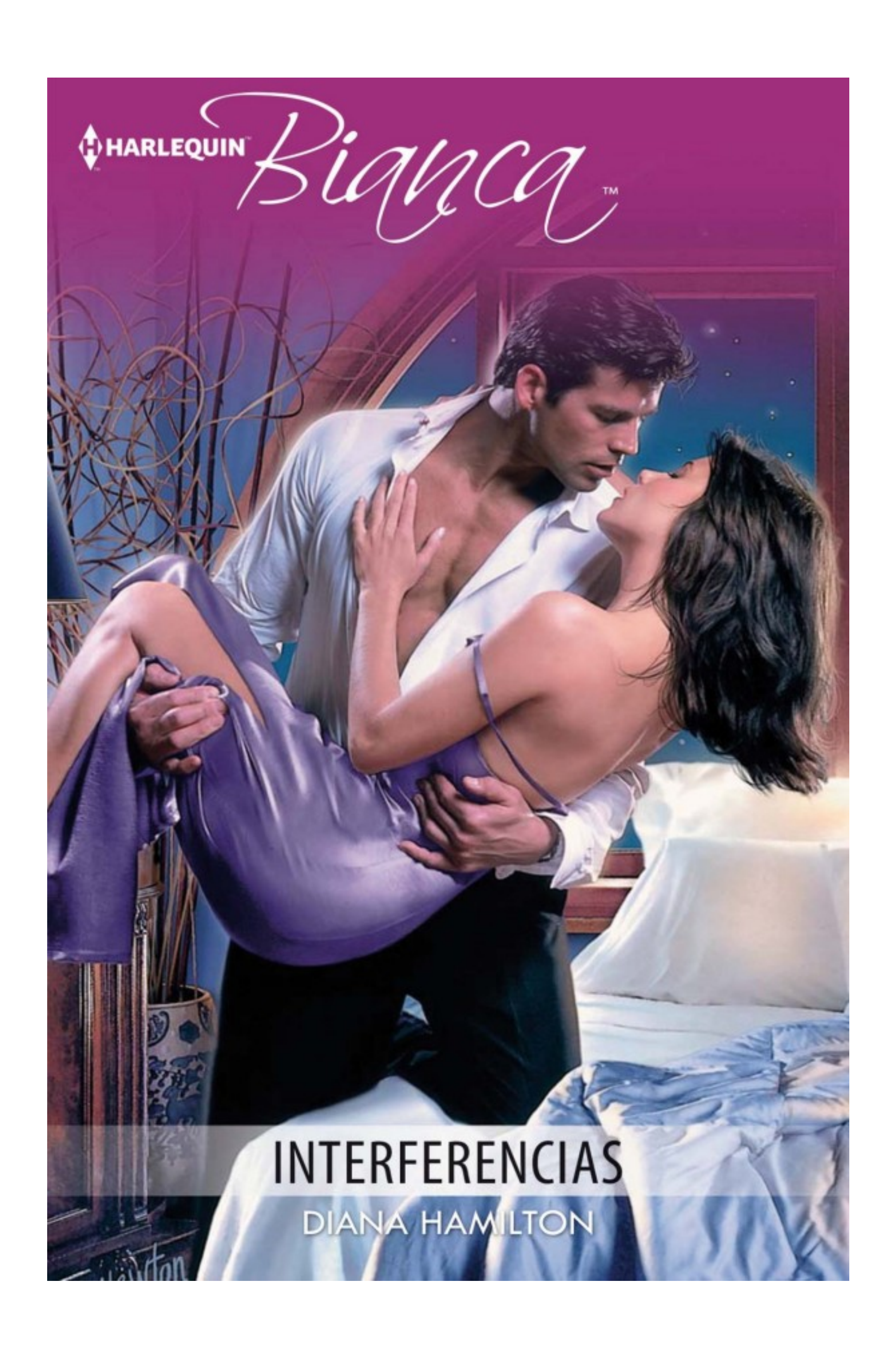

HARLEQUIN
Bianca
INTERFERENCIAS
DIANA HAMILTON

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Interferencias, n.º 1301 - octubre 2016
Título original:The Billionaire Affair
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-9036-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

El parecido es increíble, Caroline. Tú podrías haber sido la modelo. Ven, hecha un vistazo.

Las manos largas de Edward Weinberg le hicieron una señal para que se acercara. Ella dejó la lista de invitados que estaba revisando sobre el precioso escritorio y se dirigió hacia él. Un portero uniformado acababa de subir un óleo de la cámara acorazada y lo había dejado sobre un caballete.

El comentario de su jefe sobre el parecido era irrelevante, lo que de verdad le consumía era la curiosidad de ver, por fin, la obra maestra que Michael, el hijo de Edward, había adquirido en una subasta hacía unos meses.

Una vez limpiado y autenticado, el cuadro perdido del pintor J.J. Lassoon había causado murmullos de admiración entre un grupo selecto de coleccionistas. Los únicos que podían permitirse pagar tan altas sumas de dinero por el placer de poseer algo de codiciada belleza.

Caroline se había perdido el acontecimiento. Había estado en el norte de Inglaterra aconsejando al nuevo heredero de una de las grandes casas que tenía que deshacerse de algunos de sus bienes para pagar los gastos de la herencia y, por supuesto, necesitaba obtener el máximo beneficio haciendo el mínimo sacrificio.

–¿Qué va a ser más importante el prestigio o el beneficio? –preguntó, mirando a Edward desde unos ojos violetas profundos rodeados de negras pestañas.

La expresión del hombre no se inmutó. Tenía la cara de un asceta y su figura alta y elegante era tan frágil que parecía que una corriente fuerte de aire pudiera llevárselo. Pero era tan duro como la roca. Si ella hubiera tenido que apostar, se habría decidido por el prestigio como su motivo principal.

La Galería Weinberg de Londres tenía sobrada reputación de ofrecer arte de primerísima calidad. La adquisición del óleo de Lassoon beneficiaría esa reputación.

–Te dejo que lo adivines –respondió Edward con una sonrisa, mientras se alejaba.

Entonces, Caroline dirigió su mirada a la recién descubierta obra y se quedó perpleja: tenía toda la razón. El parecido era increíble. Más que increíble: asustaba.

Con un verdor exuberante como fondo, una mujer sujetaba una lila en sus manos. Realmente era su viva imagen, exactamente igual que ella hacía doce años, cuando tenía diecisiete. La cascada de pelo negro brillante le llegaba casi a la cintura, la juvenil pureza de su piel lechosa, la nariz patricia, los labios carnosos carmesí mostrando una sonrisa secreta, los profundos ojos violetas soñadores. Soñando con el amor, totalmente enamorados.

Incluso el título sobraba: *Primer amor*.

Un temblor de enfado amargo le recorrió la espina dorsal. Esa era, exactamente, su apariencia cuando ella tenía esa edad y amaba con todo su ser a Ben Dexter. Tan enamorada que pensaba que podía morir de amor.

Sí. Así era como se había sentido antes de enterarse de la verdad. Antes de que él le diera la espalda y se marchara con la protagonista de su última aventura turbulenta y con el dinero del padre de ella en el bolsillo. Sus ojos negros gitanos brillaban de satisfacción por el golpe bien dado, su cuerpo delgado y viril vanagloriándose de un triunfo despiadado.

Se alejó de la obra sintiéndose enferma y deseó no haberlo visto nunca. Le había traído recuerdos largamente olvidados. Unos recuerdos que tendría que volver a enterrar antes de que la rabia interna explotara y provocara un daño más real y duradero.

La cabeza plateada de Edward estaba inclinada sobre el teléfono cuando ella pasó por su lado. No quiso entrar en su oficina y se dirigió a la de Michael para discutir los últimos preparativos para la inminente exposición privada. Solo hizo un descanso cuando su secretaria, Lynne, la localizó por la línea interna justo antes de la comida.

–Ya están las cartas listas para que las firmes y acaba de llegar el balance financiero. El señor Edward querrá verlo. Ah, y quiere que te quedes esta noche. Dejó un mensaje. Tiene un cliente para *Primer Amor*. Lo normal.

Champán francés y canapés, seguidos, si el cliente mostraba un

serio interés y estaba dispuesto a pagar una elevada suma, por una elegante cena en uno de los mejores restaurante de Londres. Como ayudante ejecutiva de Edward, era la encargada de que la noche transcurriera placenteramente. Él se encargaría de señalar las virtudes de la pieza en la que el cliente estaba interesado.

«Así que no va a mostrarlo en la exposición privada», murmuró para sí Caroline al colgar el teléfono. «Alguien debe estar muy interesado». Se recostó en su asiento y elevó una ceja en dirección a Michael.

Las exposiciones privadas carecían de la vulgaridad de las subastas. Ninguno de los objetos llevaba el precio, las cantidades se mencionaban discretamente y, con la misma discreción, se hacían las ofertas. Al final del evento, las sumas originalmente mencionadas solían alcanzar niveles exorbitantes.

Aunque, alguna vez, algún cliente especial dejaba claro que estaba preparado para llegar al límite e, incluso superarlo, para adquirir una pieza en un encuentro privado. Eso era lo que había programado para esa noche.

–El tipo debe haber estado indagando –comentó Michael– o, quién sabe, quizá quiso esperar a ver qué sucedía después de que la mayoría de los periódicos publicara la fotografía del cuadro.

Él la recorrió con sus ojos color avellana y dirigió una mirada aprobadora a su elegante traje de chaqueta y a su pelo negro recogido en un moño. Caroline Harvey valía mucho. Era hermosa, inteligente, elegante. Y ambiciosa. Su belleza era inviolable. Se preguntaba si habría permitido a alguien, alguna vez, sobrepasar el casto beso al final de una cita. Realmente, lo dudaba. Recogió un lápiz y le dio vueltas entre los dedos y se preguntó qué sería necesario para pasar ese límite.

Ella le devolvió la aprobación; pero la de ella estaba cargada de diversión. El hijo de Edward tenía un cuerpo musculoso y era bastante guapo. Vestía un traje informal, rayando en lo descuidado. Probablemente, pensó ella, como nunca podría competir con su padre en elegancia, eligió el estilo opuesto.

–¿Comemos? –preguntó Michael, mientras ella recogía unos papeles–. Han abierto un nuevo restaurante a la vuelta, en Berkeley Square. Pensé que podríamos ir a ver qué tal.

Él ya estaba de pie, pero Caroline negó con la cabeza. Desde que

Michael se había divorciado, hacía un año, comían juntos con frecuencia cuando estaban en Londres. Al principio, solo hablaban de trabajo, pero últimamente, sus conversaciones habían adquirido tintes más personales.

Ella suspiró suavemente. Estaba llegando a la treintena y tenía que tomar algunas decisiones importantes. Tenía que decidir si se quedaba soltera o si quería formar una pareja, tener hijos, confiar en un hombre de nuevo…

–Lo siento –se disculpó–. Tengo que trabajar. He de arreglar el asunto de esta noche y ya voy retrasada.

Caroline trabajó rápida y eficazmente y aún le quedó una hora para ir a casa antes de la reunión. Fue a su apartamento de Green Park, se cambió de ropa y volvió a la Galería Weinberg en Mayfair a las seis y media.

Hubiese preferido pasar aquella agradable noche de abril en su casa, con un buen libro, pero eso era imposible. Ella vivía para su trabajo. Aunque, esa noche, no le apetecía ir a la reunión. Pero no se engañaba con respecto a los motivos. Cuanto antes vendieran *Primer amor*, mejor. Los recuerdos que ese cuadro había evocado la atormentaban. Creía que había olvidado el dolor de una traición y un corazón roto, pero no lo había conseguido.

Se vistió cuidadosamente porque tener un aspecto impecable era parte de su trabajo. Se puso unos pantalones de seda granate con un corpiño a juego y, encima, una camisola de un tono más claro. Los zapatos de tacón añadían altura a su metro sesenta. Como adorno solo llevaba unos pendientes de perlas. Volvió a la Galería para comprobar que todo estaba listo antes de que Edward volviera con su cliente.

–Muy elegante, Iván. Como siempre.

Sus ojos se concentraron en el pequeño, pero exquisito ágape. No quería mirar a la pintura que reposaba en el caballete, alumbrada por luces indirectas. Solo pensar en el increíble parecido le recordaba lo vulnerable que había sido y le llenaba de ira.

–No hace falta que te quedes –le dijo con una sonrisa–. En cuanto abras el champán, puedes marcharte.

Caroline se obligó a alejar los amargos recuerdos de su mente.

¡Por Dios!, solo era un cuadro. Ben Dexter no había significado nada para ella durante doce largos años y el residuo de rabia que había descubierto tenía que ser pasajero.

¡Tenía que detenerla!

–Me imagino que todo estará listo para la exposición privada del sábado.

–Sí, claro –aseguró Iván mientras introducía la botella en el hielo.

Después dio un paso hacia atrás con las manos en las caderas. Tenía el cuerpo de un bailarín y unos ojos marrones seductores. Caroline se preguntaba cuántos corazones habría roto durante su juventud, mientras, coqueteaba con ella.

–Todo va a estar perfecto, especialmente para ti… para ti cualquier otra cosa sería impensable.

–Adulador –bromeó ella.

Todo estaría perfecto porque él y su pequeño grupo eran los mejores de Londres.

La pequeña charla rompió la tensión del momento. No quería estar allí y se sintió agradecida por la distracción hasta que la puerta se abrió.

–Caroline, querida –dijo Edward–. Te presento a Ben Dexter. Ben esta es mi maravillosa mano derecha, Caroline Harvey.

Ella cerró los ojos. No pudo evitarlo. Las paredes se estaban cerrando sobre ella, el lujoso parqué de caoba se movía bajo sus pies y los tumultuosos latidos de su corazón la estaban ahogando.

Ben Dexter. El hombre que había tomado todo lo que ella tenía, su cuerpo, su corazón y su alma y, después, traicioneramente, se había marchado con el dinero de su padre. Tenía que estar agradecida, pensó muy enfadada, que no le hubiera pasado como a Maggie Pope, que se había quedado con una niña en brazos.

Se obligó a abrir los ojos, luchando para que hubiera dos hombres que tuvieran el mismo nombre. Se forzó a mirarlo y se encontró con la amargura de sus elocuentes ojos negros, con la engreída sonrisa de su atractiva boca y con la altiva pose de su cabeza y quiso pegarle una bofetada por lo que había sido y por lo que había hecho.

Él había sido un dolor de cabeza para los padres con hijas jóvenes, el chico malo del pueblo. Había desaparecido durante

meses, sin que nadie supiera dónde estaba, para después volver a aparecer, con su aspecto salvaje de gitano, con su gracia y sus ojos maliciosos, dispuesto a conquistar a todas las chicas del pueblo, ella incluida.

Solo que entonces ella no había sabido nada. Él le había dicho que la quería, que la querría siempre, hasta que las estrellas se convirtieran en polvo. Y ella lo había creído.

Se sintió invadir por la fuerza de la rabia y las palabras de reproche se agolpaban en su garganta, ahogándola. Pero la mano firme de Iván sobre su hombro la devolvió al presente. Sonrió a Edward, y se encontró con la mirada cínica de Ben. Mientras Iván se alejaba con discreción, extendió una mano hacia el hombre que odiaba, temiendo el contacto de esos dedos delgados y fuertes sobre los suyos, la tibieza de su piel.

–Señor Dexter.

El saludo de su mano era casi doloroso. Su piel estaba fría, pero, aun así, a ella la quemó.

–Señorita Harvey –saludó él formal. Pero bajo la apariencia había algo en su voz, algo sensual, como el terciopelo que hacía que sus nervios se despertaran a la vida. Qué bien recordaba esa voz, las cosas que le había dicho… las palabras seductoras… las mentiras, todas las mentiras…

Él se volvió con una sonrisa en los labios, como si se estuviera burlando de ella, le dijo algo a Edward y se dirigió hacia el cuadro del caballete. Parecía que no iba a admitir que la conocía, que habían hecho el amor de forma salvaje y tempestuosa durante un verano muy, muy lejano cuando el mundo, para ella, era mágico.

Bueno, ¿por qué habría de hacerlo? Ella no había dicho que se conocían cuando Edward los presentó. No sabía por qué pero se sentía profundamente avergonzada de su juventud. Además, probablemente él se habría olvidado de ella. Solo sería una más de la interminable lista de mujeres tontas que se habrían puesto a su disposición, ansiosas por rendirse a sus pies.

El trato se hizo entre canapés y copas de champán. Caroline no sabía cómo el chico que había sido criado por una madre viuda en una casa casi en ruinas podía haberse convertido en ese adinerado

hombre. Como quiera que lo hubiera conseguido, los medios tenían que haber sido infames. Pero ella no iba a malgastar energía pensando en eso.

Edward los invitó a cenar en un restaurante exclusivo. Caroline se sentó enfrente de Ben en la elegante mesa y lo observó de soslayo bajo sus pestañas oscuras.

Los doce años que habían pasado le habían cambiado. Ahora tenía los hombros más anchos, el cuerpo más poderoso y la atractiva cara menos expresiva que cuando tenía diecinueve años. Su mandíbula se había endurecido y su boca mostraba determinación.

Caroline tembló un poco y se concentró en el lenguado en salsa de vino verde que había pedido.

Le hubiera gustado no asistir a la cena, incluso pensó en echarse a llorar, argumentando un dolor de cabeza como excusa para salir corriendo.

Pero el momento de debilidad había pasado. No permitiría que Dexter la convirtiera en una cobarde.

Edward había pedido champán para comer. Él nunca bebía otra cosa, pero ella no había tocado su copa. La conversación relajada entre los dos hombres fue desde la política hasta el teatro. Ella apenas escuchaba, deseando que la noche acabara.

–¿Y cómo entró usted en contacto con la Galería Weinberg, señorita Harvey? ¿O puedo llamarla Caroline?

Ella sintió que una oleada de odio la invadía. Su pregunta podría interpretarse como un insulto. ¡Era como si le sorprendiera que cualquier empresa de respeto pudiera emplearla!

–Por la ruta normal, señor Dexter –respondió con los ojos fijos en los de él. Si había habido alguna burla en su pregunta, sería mejor que supiera que ella aceptaba cualquier reto–. Un curso de postgrado de historia del arte y otro sobre estudios museísticos– dejó sus cubiertos sobre el plato, sin disimular que apenas había tocado el pescado–. De manera fortuita, Edward estaba buscando un asistente y yo cumplía los requisitos.

–Una mujer dedicada a su carrera profesional… ¿No se ha casado?

Ella se dio cuenta del brillo de su mirada.

El corazón le dio un doloroso vuelco. Si pudiera borrar los

recuerdos…

Ella hizo que su voz sonara fría y cargada de desdén.

–Todavía no he conocido al hombre adecuado. ¿Y usted, señor Dexter?

Ella vio que se le tensaba la boca. Parecía que había tocado una fibra sensible. Entonces, vio que Edward fruncía el ceño. Se suponía que no tenían que entrar en temas personales con los clientes; pero él había empezado.

–El estado de casado nunca me ha atraído. No estoy de acuerdo con caer en una trampa de manera voluntaria –respondió él con una sonrisa en los labios, el enfado obviamente olvidado.

«No claro, tú prefieres cambiar de mujer como el que cambia de camisa». Estuvo a punto de decir en voz alta, pero se tragó las palabras. Si las soltara Edward la despediría allí mismo.

Aprovechando la llegada del camarero para retirar sus platos, se excusó para dirigirse al baño. Por su puesto que la había reconocido, se lo había visto en los ojos. Ella no había cambiado mucho: estaba un poco más delgada, había adquirido un halo de sofisticación y tenía el pelo más corto.

Por lo que se podría deducir que debía haber significado algo para él. ¿O acaso recordaba las caras de todas las mujeres con las que se había acostado?

Ya no importaba, se dijo a sí misma, mientras metía las muñecas bajo un chorro de agua fría. Unos cuantos minutos más en compañía de ese miserable y no tendría que volver a verlo nunca más. Después, sacó el móvil del bolso y llamó a un taxi.

Pasado un rato, volvió a su asiento. Edward le acercó el menú de los postres, pero ella lo cerró y lo dejó sobre la mesa.

–No, gracias. Os dejo para que disfrutéis del resto de la comida. Mañana tengo un día agotador.

Sabía que Edward la creería porque conocía su ajetreada agenda.

Entonces, se puso de pie y mostró una amable y social sonrisa.

–Encantada de haberle conocido, señor Dexter.

Los dos hombres se levantaron y Ben Dexter dijo con suavidad:

–Espere, señorita Harvey. Mi chófer vendrá a recogerme dentro de diez minutos. La dejaré en su casa. Mientras, podemos tomar un café.

Cuando era joven no hubiera dudado en aceptar su propuesta. Pero, en ese momento, sintió una enorme satisfacción al decirle con dulzura.

–Muy amable por su parte. Pero tengo un taxi esperándome en la puerta. Disfrute de su café.

Y le dedicó una sonrisa de satisfacción antes de marcharse.

No tenía ni idea por qué se habría ofrecido a llevarla a casa. Desde luego, no podía acusarlo de tener instintos caballerosos y tampoco pensaba que quisiera recordar los viejos tiempos. Fuera lo que fuera, ella le había hecho tragarse su invitación con mucha amabilidad.

Ya era hora de que alguien le enseñara a ese hombre que no siempre podía conseguir lo que quería.

Capítulo 2

El despertador supuso una agradable intromisión. Caroline se estiró para apagarlo y deslizó sus pies fuera de la cama. Había tenido una noche horrible.

Había tenido sueños o, mejor dicho, pesadillas con Ben Dexter que no la habían dejado descansar. Especialmente, al escenificar unas imágenes tan gráficas del cuerpo masculino empapado en sudor sobre la blanca femineidad del suyo, su boca explorando cada centímetro de su piel con avidez y dominación masculina. Y su voz, tan aterciopelada y sexy, diciéndole que la amaba. Mentiras, cada palabra…

Ella soltó un sonido de autocrítica y se dirigió al cuarto de baño para darse una ducha. No podía volver a pensar en él. No había ninguna necesidad. Él había comprado el cuadro que lo había conducido de vuelta a su vida y ese día le sería enviado. Fin de la historia.

La mañana se presentó ajetreada y eso supuso un alivio para Caroline. Así no tuvo tiempo de darle vueltas a esos sueños eróticos. Michael la invitó a comer en el restaurante que había mencionado el día anterior. La comida era fantástica, pero el servicio muy lento.

–No sé tú, pero yo tengo que volver a la galería –dijo ella cuando él sugirió que tomaran un café. Estaba a punto de levantarse cuando él la sujetó por la muñeca.

–Vamos a llegar tarde de todas formas. Unos cuantos minutos más no representarán ninguna diferencia. Además, hay algo que quiero decirte.

Por la mirada de sus ojos y la suavidad de sus palabras, ella supo de qué se trataba.

Él deslizó la mano hasta tomarle los dedos.

–Tienes que saber que me atraes mucho –dijo rápidamente–. Ya tenemos una buena relación y quiero profundizar más. No sé que

opinas de mí, y tampoco quiero saberlo, pero tienes todo lo que admiro en una mujer. Estoy casi seguro de que juntos podríamos construir algo bueno y duradero. Quizá no opines así ahora, pero ¿lo intentarías?

Ella apartó la mano cuidadosamente. ¿Qué podía decir? Sabía que la agradable relación con el hijo de su jefe estaba a punto de convertirse en algo más. Justo el día anterior se había pillado observando su reloj biológico y se había preguntado qué sería mejor, si continuar sola o aceptar la seguridad emocional de tener un esposo y una familia.

El día anterior le hubiera agradado oír lo que él acababa de decir, habría estado de acuerdo en intentarlo, ver si eran compatibles.

Entonces, ¿por qué dudaba en ese momento? ¿Qué había cambiado? Algo había sucedido.

–¿No te gusto nada? –preguntó él, rompiendo el pesado silencio.

Ella le sonrió. Él estaba nervioso como un quinceañero.

–Nunca había pensado en ello –dijo ella con suavidad, utilizando una mentira para tapar la falta de entusiasmo que, obviamente, le estaba molestando.

–¿Lo harás? –dijo él, con un tono que se asemejaba a una orden–. ¿Por qué no cenas conmigo esta noche? Desde que Justine me dejó he aprendido a freír filetes. Pero si lo prefieres, podría prepararte tostadas con queso. Lo que prefieras.

Su repentina sonrisa infantil le dio una pausa. No sabía por qué se había roto su matrimonio después de solo un par de años. Edward había dicho lo que todos pensaban, que gracias a Dios no había niños, pero, aparte de eso, ni una palabra sobre los motivos.

Fuera lo que fuera, Michael no merecía que le volvieran a hacer daño. Por eso dijo siguiendo un extraño impulso:

–Me da alergia el queso. Quedemos el lunes, ¿te parece?, después de la exposición –dijo levantándose–. Con una condición –le advirtió–. Solo amigos. Nada más por el momento. No es por nada personal, Mike, todavía no estoy lista para comprometerme.

¿No estaba lista? ¿Cuando llevaba semanas preguntándose por el futuro? Niños. Vida familiar. No es que supiera mucho sobre el tema…

–Acepto –dijo él, levantándose con ella después de dejar varios

billetes doblados bajo la cuenta–. Pero no me culpes si llegado el momento intento que cambies de opinión.

Supo que había cometido un error cuando vio su sonrisa de satisfacción. Comer con él estaba bien, pero cenar en su piso cerca del Barbican Centre…

La duda la invadió. Hacía una semana hubiera visto la invitación como la progresión natural de su relación. Le habría encantado conocerlo en su territorio. Pero, en ese momento, aceptaba su invitación porque era su amigo, un tipo agradable, y no quería ofenderlo con una negativa.

De vuelta en la galería había un mensaje para ella en su escritorio. Edward quería verla. Inmediatamente.

Mientras se dirigía al despacho de su jefe, archivó el problema con Michael en un rincón de su mente. Había manejado la situación con la suavidad con la que había aprendido a manejarlo todo desde que abandonó la casa de su padre a los dieciocho años.

A manejarlo todo excepto…

–Ben Dexter –dijo Edward cuando ella cerró la puerta detrás de sí–. Necesita que evalúes el contenido de una propiedad que su empresa adquirió no hace mucho. Hace unos dieciocho meses, creo que dijo.

Él colocó unos cuantos papeles, los apiló y después tamborileó sobre ellos con los dedos.

–¿Te encuentras bien? Te has puesto un poco verde. ¿Te ha sentado mal la comida?

El pasmo de escuchar su nombre era lo que le había dado ese color. No tenía nada que ver ni con lo que había comido y con su inexplicable cambio de actitud respecto a la relación con su hijo.

Además, ¿de qué empresa estaba hablando Edward? Por lo que sabía de Dexter, tenía que ser algo ilegal. ¿Debería avisar a su jefe? ¿Confesarle que lo conocía y que sabía que era un tramposo y un mentiroso? Era algo sobre lo que tendría que pensar.

–Estoy bien –exclamó ella, intentado recobrarse del susto mientras se sentaba en una silla–. ¿Qué estabas diciendo?

No lo iba a hacer. Si quería que le evaluaran antigüedades, cuadros, lo que fuera, iba a tener que buscarse otra persona. Le

dolía el estómago solo de pensar en tener algo que ver con él.

Edward le dirigió una larga mirada y luego, como si se hubiera quedado satisfecho, continuó:

–Su empresa, Propiedades Rurales, ha comprado unas tierras en Shropshire donde van a construir un club de golf. Además, hay una mansión de la que quiere evaluar el contenido.

Caroline sintió un dolor agudo, como si el golpe hubiera sido físico. Había poca gente que no hubiera oído hablar de esa famosa empresa. Debía haberlo juzgado mal, al haber pensado que había obtenido sus riquezas por medios truculentos. El pensamiento no era muy reconfortante. La imagen de Ben Dexter como mentiroso, tramposo y traidor había estado con ella durante tanto tiempo que tener que cambiar de opinión era como sufrir una amputación.

Pero ¿de qué lugar estaban hablando? De repente, estuvo segura. ¿Habría adquirido la empresa de Dexter más de una finca en Shropshire durante los últimos dieciocho meses? Era posible, aunque lo dudaba.

–¿Estamos hablando de Langley Hayes? –preguntó, mostrando una sonrisa que no se correspondía con sus sentimientos. Solo ella sabía lo rápido que le estaba latiendo el corazón.

–¿Lo conoces?

Con un sencillo sí bastaría.

Ella había nacido allí, había vivido allí. Aparte del tiempo que pasó en el internado, vivió en aquella casa hasta los dieciocho años. Hasta que se tuvo que marchar por culpa de su dictatorial padre.

De su madre no tenía ningún recuerdo. Laura Harvey se había muerto al poco tiempo de nacer ella. Solo la había visto en algunas fotografías; lo justo para saber que había sido muy hermosa.

Su dominante padre le había dicho que no volviera a aparecer nunca por allí. Solo volvió para su funeral. La finca entera se había vendido a Propiedades Rurales y con el dinero de la venta se pagó la hipoteca que su padre había puesto sobre la propiedad. Lo poco que quedó fue a parar a Dorothy Skeet, su gobernanta y amante durante muchos años.

–Dexter me dijo que con la compra se adquirió todo el contenido de la casa. Algunas de las cosas son buenas y otras no. Aunque, como él admitió, no es ningún experto. Por eso quiere que tú hagas una evaluación.

«Ten cuidado», se dijo a sí misma. «Ten mucho cuidado. Si no, te vas a encontrar arrastrada por la corriente».

–¿Lo discutisteis anoche cuando me marché? –preguntó ella, cruzando sus manos en su regazo. Se veían muy pálidas comparadas con el negro del traje. Sabía lo que Dexter estaba haciendo… lo sabía exactamente y lo odió por eso.

–No. Llamó esta mañana. Anoche se marchó inmediatamente después que tú. Hemos acordado que su chófer te recoja en tu apartamento el lunes a las diez. No creo que necesites más de tres o cuatro días. Sin embargo, tómate todo el tiempo que necesites. Dexter es un cliente al que me interesa tener satisfecho.

¡Así de sencillo!

–La semana que viene me toca estar en el mostrador de la tienda. Además, después de la exposición, tendré mucho trabajo extra. No puedo permitirme marcharme –señaló ella con calma.

Todos los empleados cualificados tenían que turnarse para estar en el mostrador. Siempre había gente que entraba con cosas en bolsas de plástico o envueltas en papel de periódico, esperando que la vieja jarra de la abuela o el cuadro que habían dejado en el desván durante décadas valiera una pequeña fortuna.

–Edna te cubrirá en el mostrador y, por lo demás, intentaré arreglármelas sin ti. Dexter dijo que tenías que ser tú. Probablemente porque ya te conoció anoche. ¿Noto una cierta reticencia, Caroline?

¡No sabía cuánta razón tenía! Sentía una enorme reticencia a hacer lo que Dexter le ordenaba, a dejar que moviera los hilos de su vida y que la obligara a catalogar el mobiliario de Reginald Harvey. No bastaba con que el chico malo que se había dedicado a romper corazones hubiera comprado la casa del señor de las tierras, también quería hacerla pasar a ella por la posición del humilde criado.

Quería darle la vuelta a la tortilla.

–Solo si afecta a mi trabajo aquí –mintió Caroline. No podía decirle la verdad. Había cerrado su turbulento pasado hacía muchos años y se había negado a contárselo a nadie.

–No va a afectar. Quizá tú seas mi mano derecha, pero nadie es imprescindible.

–Claro que no –concedió ella, con una sonrisa apretada.

Podía negarse a ir y, por supuesto, se ganaría una marca negra. Edward era un jefe fantástico, pero si lo contrariaban era del tipo de personas que ni olvidaba ni perdonaba. Ya lo había visto. Resignada. Esperando que Dexter no estuviera en la casa, pero, preparada para lo peor, preguntó:

–¿Tiene Dexter una gran fortuna personal? El dinero del Lassoon no lo tiene cualquiera…

«Conoce a tu enemigo», pensó ella. Y Dexter era el suyo. A parte de la manera en la que la había tratado en el pasado, había algo más, algo oscuro que no lograba adivinar. Lo presentía.

Edward podía haberse negado a hablar de su cliente, pero, afortunadamente no le importó.

–Desde luego no nos van a devolver el cheque. Según leí en un artículo de la prensa económica hace un año, es un hombre muy rico que ha surgido de la nada. Construyó un imperio basado en la informática; parece ser, que es un genio en el tema. Sin embargo, eso no era suficiente para él. Después, se dedicó al mundo de las propiedades inmobiliarias y ahora es un conocido multimillonario.

–¿Y nunca estuvo cerca del matrimonio?– se podía haber dado una patada por la pregunta. No era su estilo. Su jefe pensaría que estaba cotilleando y sintió que la vergüenza la invadía.

–No sé nada sobre su vida personal –respondió Edward, con evidente desagrado.

Ella se levantó, se estiró la falda y recogió su bolso. De vuelta a los negocios preguntó:

–¿Sabes si va a vender algo?

Recordaba algunas cosas bonitas. Aunque si su padre se había encontrado con dificultades financieras, quizá las habría vendido.

–Creo que quiere quedárselas. Tú serás la encargada de informarle sobre lo que debe mantener como inversión.

Caroline se marchó, preguntándose por qué los detalles de la vida personal de Dexter quemaban como un hierro ardiente en su mente.

No cabía ninguna duda de que estaban restaurando Langley Hayes, pensó Caroline cuando el chófer aparcó el coche delante de la entrada. Había un andamio sobre la fachada principal de estilo

georgiano. Los jardines de alrededor, que ella recordaba abandonados, estaban impecables.

¿Qué iba a hacer él con la casa? Fuera lo que fuera ya no era de su incumbencia. Su vida allí, aparte de solitaria, no había sido un lecho de rosas. No tenía ningún sentimiento de pérdida ni de nostalgia.

Solo sentía una ansiedad: ¿estaría Dexter allí?

–Se están haciendo muchas cosas –comentó ella, mientras el chófer sacaba su maleta del coche.

–Casi han terminado con la casa principal –respondió el hombre, cerrando el maletero–. Por lo menos, con la estructura. Debería haber visto el estado en el que se encontraba. Pero el jefe se puso a arreglarlo todo. Cuando toma una decisión sobre algo, no pierde el tiempo –afirmó mientras agarraba las maletas–. Sígame, señorita. Llamaré al ama de llaves, la señorita Penny. Ella se encargará de todo.

Los cristales de las ventanas brillaban como ella nunca los había visto cuando vivía allí y la puerta principal estaba recién pintada. Parecía que la señora Skeet no se había quedado. Estaba claro que Ben Dexter había hecho una buena limpieza. Su inquietud le impulsaría a acabar con lo viejo. Y eso también valía para sus mujeres, pensó ella y sintió un latigazo de amargura que la alarmó.

No había ningún otro vehículo aparcado, aparte de la furgoneta del constructor y un enorme montacargas. Lo que no significaba que su coche no pudiera estar en otro sitio.

Intentó olvidarse del nudo que tenía en la garganta y la extraña sensación del estómago.

–¿Está aquí el señor Dexter? –preguntó, y contuvo la respiración.

–No estoy seguro, señorita. Normalmente las órdenes me las da su secretario. Solo soy el chófer. Ahora –dijo poniendo las maletas en el suelo–, si espera un segundo, voy a buscar a la señorita Penny.

Caroline cerró los ojos y soltó el aire. Después los abrió despacio para mirar a su alrededor. Las escaleras centrales estaban en perfecto estado. Las baldosas blancas y negras bajo sus pies brillaban recién enceradas. Todo era muy diferente a la casa sucia y cada vez más abandonada en la que había crecido.

Pero los ecos del pasado seguían allí. Si escuchaba con cuidado podía oír la voz ácida de su padre.

«Harás lo que yo diga, Caroline. Exactamente lo que yo diga». Y cosas aún peores: «No lo voy a tolerar. No puedes jugar con los niños del pueblo. Si me desobedeces de nuevo recibirás un castigo». O la voz de la señora Skeet suplicándole: «No enfades a tu padre, Carrie. Sabes que no merece la pena».

Caroline apretó los labios. Al final lo había enfadado. Enormemente. Le prohibió la entrada a la casa, pero ella se alegró de poderse marchar; con la herencia de su madre tenía suficiente para continuar con sus estudios.

¿Habrían sido las cosas diferentes si su madre hubiera vivido?

–Así que te has tragado tu orgullo Harvey. Estaba casi seguro de que te negarías a venir.

La suave y profunda voz la golpeó. Su respiración se tensó al darse la vuelta para enfrentarse a él. Había entrado por la puerta principal detrás de ella. Aunque el vestíbulo era enrome él lo dominaba con su presencia.

Sus ojos negros de gitano mostraban un brillo salvaje y el pelo negro estaba despeinado por la brisa. Iba vestido de negro, por su puesto, para ir a juego con su alma.

A Caroline se le hundió el corazón en el pecho. Pero podría contenerse; ya no era esclava de su magia seductora. Ahora era su igual y no un juguete.

La posibilidad de que estuviera allí la había hecho vestirse para la ocasión. Llevaba un traje de chaqueta azul de corte perfecto, zapatos de tacón y las medias de seda eran extremadamente caras. El pelo lo llevaba recogido en un moño y su única joya era una fina cadena de oro que brillaba contra la suave piel de su garganta. Donde, para su desagrado, había comenzado a latirle el pulso con demasiada rapidez.

–En lo que concierne a mi trabajo no tengo prejuicios, señor Dexter. Ha contratado a una profesional.

–Ya entiendo –respondió él con un dejo de humor. Sus ojos oscuros la recorrieron desde el brillante pelo negro a la punta de los zapatos y, de vuelta a la cara.

–¡Qué elegante envoltorio! ¡Exquisito! Por supuesto; el perfecto para la hija del señor de las tierras –dijo con un tono suave y profundo–. Recuerdo cuando…

–Señor Dexter –lo interrumpió ella con firmeza, intentando

ignorar la manera en que su explícita admiración le había encendido la piel–. ¿Le puedo sugerir que nos ciñamos al motivo de mi visita?

Se sintió aliviada cuando una mujer de unos treinta años se acercó hacia ellos con premura.

Tenía el pelo rubio y rizado y lo llevaba corto. La cara era alegre y su cuerpo, de mediana estatura, delgado. ¿La señorita Penny? Desde luego, no tenía nada que ver con la estirada ama de llaves de su padre.

–Siento haberla hecho esperar; Martin no lograba encontrarme –dijo la mujer con voz animada y una cálida sonrisa–. La comida se servirá en quince minutos, jefe. Le mostraré su habitación, señorita Harvey.

Tomó las maleas y se dirigió hacia las escaleras.

Caroline la siguió. Todavía se sentía un poco mareada y tuvo que agarrarse con fuerza a la barandilla. Ya era suficientemente malo que Dexter estuviera por allí. Podía haber hecho el trabajo sin tenerlo todo el tiempo pegado a los talones. Pero si encima iba a intentar remover el pasado y a hacer comentarios personales, entonces, los dos o tres próximos días podían volverse intolerables.

Capítulo 3

El ama de llaves abrió una puerta del extremo del gran pasillo que recorría la casa de punta a punta.

–Me temo que no tiene baño privado, pero hay uno al lado.

Caroline contuvo el aliento mientras permanecía de pie en la puerta del dormitorio. ¿Era una coincidencia o le había dado Dexter instrucciones para que le diera ese cuarto en particular?

Él sabía perfectamente que había sido el suyo. ¿Cuántas veces le habría tirado piedras a la ventana para despertarla?

Pero ella nunca había estado dormida, siempre había estado esperando la señal con ansiedad, deseando estar en los brazos de su amado. Destrozada por la incertidumbre, pero preparada para volar escaleras abajo para estar con él, para derretirse en sus brazos en las mágicas y cálidas noches de verano.

Una ola de frío le recorrió de los pies a la cabeza, seguida de un calor sofocante. Tuvo que mover la cabeza para ahuyentar la molesta reacción de su cuerpo. Después apretó los labios. Ella era demasiado fuerte para permitir que él la afectara de esa manera.

Afortunadamente, el aspecto de la habitación era completamente diferente.

El ajado papel de las paredes había sido reemplazado por una emulsión de suave amarillo claro y también la moqueta nueva de color esmeralda había reemplazado al antiguo deslucido linóleo que no había logrado evitar que los pies se le helaran durante el invierno.

–Comerá con el jefe –dijo el ama de llaves, dejando las maletas al lado de la cama–. Él le dará instrucciones, por su puesto. Pero si hay algo que necesita, hágamelo saber.

–Gracias, señorita Penny.

Realmente tenía que contenerse. No podía venirse abajo solo porque fuera a usar su antigua habitación por una o dos noches. ¡Por Dios bendito, no tenía que recordar si no quería!

Se obligó a sonreír y a entrar con naturalidad.

–Llámeme Linda –dijo con una sonrisa la mujer, mientras le tendía una mano.

–Tú también puedes llamarme Caroline. Dime, ¿el señor Dexter se va a quedar o solo está de paso?

Esperaba que fuera lo último pero no quería apostar.

–Por lo que yo sé, se va a quedar. Suele ir y venir y, normalmente, solo está el tiempo justo para ver qué tal están progresando las obras. Pero, esta vez, ha llegado con un montón de equipaje. Ahora –añadió mirando al enorme reloj de pulsera– voy a poner la comida en la mesa. Va a ser una comida fría; yo no soy muy buena cocinando y no tendremos cocinera fija hasta dentro de un mes.

«Una cocinera fija y un ama de llaves…» Dexter debía haber decidido convertir Langley Hayes en su casa permanente. ¿Para demostrarles a todos que el chico sin un céntimo podía enseñorearse sobre todo el pueblo como había hecho su padre? Solo que con más estilo y con mucho más dinero.

Caroline empezó a deshacer las maletas. En cierto modo, no podía culparlo por lo que estaba haciendo. Había sido criado por su madre y habían vivido en una casa casi en ruinas en la propiedad de su padre. La mayoría de la gente del pueblo los miraba con desprecio. Tendría que haber sido una persona con una voluntad muy fuerte para resistirse a la tentación de volver para mostrarles a todos su fortuna.

No es que sus motivos le interesaran, por supuesto. No le interesaba nada de él. Su única preocupación era realizar el trabajo que le habían encomendado y volver a Londres lo antes posible.

Al darse cuenta de que estaba pasando el tiempo, refrenó el impulso infantil de negarse a bajar a comer; evitar enfrentarse a los problemas no era su estilo

Y él era un problema, admitió mientras abría la puerta del comedor unos minutos más tarde.

Ben Dexter estaba esperándola de espaldas a la enorme ventana que mostraba la vista de un recién arreglado jardín. Alto, fuerte, una estructura perfecta y mucho más guapo de lo que había sido hacía doce años.

Pero faltaba algo. No había ni rastro de la ternura ni de la sonrisa provocadora que le habían cautivado el corazón y que la

habían atado a él durante aquel lejano y apasionado verano. El hombre en el que se había convertido era arrogante, su sonrisa, insolente y el brillo oscuro de sus ojos hablaba de una amenaza que no lograba comprender.

–¿Así que has decidido no pedir la comida en tu habitación? ¡Bravo!

La insolencia se dibujó en su irritante sonrisa. Caroline se quedó muy quieta. Tenía que pararlo. Abrió la boca para decir algo pero él habló antes:

–¿Comemos? –preguntó mientras señalaba hacia la mesa con una mano fuerte y, a la vez, delicada.

Linda había dejado en la mesa un pastel de carne y ensalada. También había vino, un excelente tinto de crianza; pero ella se juró que no probaría ni una gota. Necesitaba mantener la cabeza fría para tratar con alguien que tenía semejante aura de peligro.

De repente, tiritó sin poder evitarlo.

–¿Tienes frío? –preguntó él alzando una ceja–. Pensé que hacía bastante calor para estar a mediados de abril.

Él tomó la botella de vino para servirle, pero ella puso rápidamente una mano sobre la copa. Él se sirvió un poco con movimientos innegablemente elegantes.

–Entonces, sírvete comida. Creo que nos han preparado carne –invitó con una sonrisa–. Y perdona por la vajilla y los cubiertos, pero esto es lo único que queda; tu padre debió vender toda la plata de la familia junto con la porcelana.

Ella sintió que el color le subía a las mejillas.

–Déjalo ya –estalló sin pensárselo, apretando las manos en el regazo–.Ya sé por qué me has hecho venir hasta aquí, así que no insistas, ¿vale? Será mejor que me digas qué trabajo quieres que haga.

La necesidad de ponerse de pie y salir de la habitación era apremiante. Pero no iba a hacerlo; sería otra muestra vergonzosa de temperamento, que dejaría claro lo fácil que era molestarla.

Así que siguió sentada en silencio, esperando que sus facciones no mostraran otra cosa que aburrimiento.

Él se reclinó en su asiento.

–Entonces dímelo: ¿por qué te he hecho venir hasta aquí?

La furia volvió a invadirla y tuvo que despedirse de todo el

autocontrol por primera vez en muchos años.

–Porque mi padre te dijo que eras basura –dijo ella repitiendo la palabra exacta–. Le robaste, eras un peligro para la moral de todas las jóvenes del pueblo –decirlo ya no le dolía, no después de tantos años–… Vivías en la miseria. Por eso, cuando mi padre murió lleno de deudas, te apresuraste a comprar su propiedad y luego decidiste pasármelo por las narices.

De repente, se quedó sin fuerzas y se calló. Desde que él la había traicionado había aprendido a contener las emociones. Sin embargo, seguro que era mejor decir lo que pensaba; la furia contendida dejaba heridas.

–Falso –dijo él con suavidad y una media sonrisa, demostrando que su estallido de furia no le había afectado en absoluto–; pero interesante. Mi madre y yo vivíamos en la miseria porque cuando llegamos al pueblo no podíamos permitirnos otra cosa. Y con respecto a lo de robarle… –jugó con sus largos dedos con el borde de la copa de vino, mirándola fijamente– tenía catorce años cuando llegué y tenía la equivocada impresión de que las truchas del arroyo que pasaba por nuestra casa no eran de nadie. Tu padre me mostró cómo eran las cosas con la ayuda de una amenazadora escopeta. Una vez dicho esto –añadió endureciendo la expresión–, no te he traído aquí para pasarte por tu desdeñosa nariz mi éxito financiero. Tu presencia aquí es una necesidad. Ahora, te sugiero que comas algo antes de ponerte a trabajar.

Una vez le había dicho que ella era necesaria para su felicidad; ahora, su experiencia era lo único que necesitaba.

Caroline tragó con fuerza, deseando que su mente no vagara por el pasado comparándolo con el incómodo presente. Sintió el impulso de marcharse corriendo, pero a su jefe no le gustaría. Dexter estaba pagando mucho dinero por su presencia allí. Si se marchaba, la galería perdería un cliente valioso.

Incómoda, se partió una ración del pastel, añadió un trozo de tomate y se preguntó si podría tragarse aquello. Él no había contestado a la acusación de que era un peligro para las jóvenes del pueblo, simplemente, porque no había podido.

¿Sabría que había dejado una hija sin padre cuando desapareció? Por supuesto que lo sabía. Maggie Pope le dijo que la niña era de él. Pero él no quería saberlo. Se marchó del pueblo con

los varios cientos de libras que su padre le había dado para que desapareciera, una cantidad que en aquellos tiempos le debió parecer una fortuna.

–Como estoy aquí para examinar las piezas buenas que quedan, me dirás por dónde quieres que empiece. ¿O tengo vía libre?

Caroline hizo todo lo que pudo para sonar como la mujer de negocios que era y para dejar a un lado aquel vergonzoso trastorno. Pero el recuerdo de aquella parte de su vida que tanto la había desilusionado, dolido y traicionado la había dejado sin fuerzas.

Estaba muy lejos de encontrarse en plena forma para aguantar la larga mirada que él le dedicó a su traje de chaqueta caro y de estilo sofisticado.

–Empieza por arriba y sigue hacia abajo. Creo que nadie ha echado un vistazo en el desván durante años. Y, te advierto, vas a encontrarte con un montón de escombros; parte del tejado se ha caído y lo están reconstruyendo. Lo limpiarán todo cuando decidas que no hay nada que merezca la pena conservar –acabó con el vino de su vaso y añadió–: si ya has acabado de darle vueltas a la comida de tu plato, puedes comenzar a trabajar.

¡Qué villano!, pensó ella en el umbral del desván. Había mirado su traje y la había mandado deliberadamente allí. Estaba mucho peor de lo que lo recordaba. Había escombros, polvo, pintura… Se había quitado las medias y se había puesto unos zapatos bajos de Gucci, pero estos y el traje iban a quedar destrozados.

¿Se habría él imaginado que todo el vestuario que había llevado con ella era elegante y caro? ¿Que estaba decidida a tener el mejor aspecto posible si él decidía aparecer? Quería mostrar el contraste con la joven desenfadada y salvaje que él había tenido en sus brazos, a la que había hecho el amor murmurándole su adoración.

¡Cuánto había cambiado él! Aunque, tal vez, no hubiera cambiado tanto. Ese toque cruel era inherente a su personalidad. Nunca la hubiera usado, traicionado o mentido si no fuera así. Tampoco habría abandonado a la mujer que había tenido una hija con él.

Caroline giró sobre sus talones y volvió a bajar las escaleras de caracol que daban al ático para dirigirse a la cocina. Linda estaba

anotando algo en una libreta.

Se dio cuenta de detalles como un enorme lavavajillas o un frigorífico de dimensiones industriales y se preguntó si Dexter tendría pensado casarse y tener una enorme familia. Después se quitó la idea de la cabeza, pensando que para ella, eso no tenía ninguna importancia.

–¿Tienes una bata para dejarme? Tengo que trabajar en el desván.

–¿En el desván? ¡Pero si está sucísimo! –exclamó Linda, dejando a un lado el bolígrafo y dirigiéndole una sonrisa amable–. Creo que deberíamos hacer una hoguera con todo, pero el jefe dice que quizá haya algo de valor sentimental. Aparentemente, esta casa pertenecía a un viejo estirado; creo que llevaba en su familia muchas generaciones. Ahora está muerto, pero tiene una hija. El jefe dice que dejemos todo como está porque ella podría volver y enfadarse si descubriera que faltaba alguna de las posesiones familiares.

¿Realmente habría sido tan atento? Algo se retorció en su interior. ¿Realmente habría pensado que ella podía volver? ¿Habría aprovechado la oportunidad para que viera si había algo de valor sentimental para ella? ¿Dónde dejaba eso su primera teoría de que él quería pasarle su éxito por las narices?

Estaba demasiado sorprendida por lo que había oído para pensar en sus motivos.

–Entonces no me ha mandado a trabajar al desván solo porque quiera verme con las manos sucias. Yo soy la hija de ese viejo estirado.

Linda le dirigió una mirada de asombro.

–Lo siento. No tenía ni idea…

–No te preocupes: era estirado. Creía que tenía una posición que mantener, pero el problema fue que no tuvo los medios suficientes para conservarla.

No añadió que también había sido una persona autoritaria, fría y nada cariñosa. Después de todo, había sido su padre y le debía cierta lealtad.

– Bueno… Yo… –Linda estaba claramente avergonzada por su metedura de pata–. No tengo ninguna bata, pero creo que la anterior ama de llaves dejó alguna. Veré lo que encuentro en la caja que he preparado para dársela a la caridad.

Al rato, llegó con unas cuantas batas lavadas y dobladas. Las batas de flores típicas de la señora Skeet.

–¿Sabes dónde está la señora Skeet?

La curiosidad unida a un cariño hacia la mujer que la había cuidado, a su manera, obligaron a Caroline a preguntar por ella mientras tomaba las batas.

–Está en una casa al lado del almacén –respondió Linda–. Cuando las obras de reforma comenzaron, vino dos o tres veces a recoger la ropa de tu padre. Una mujer agradable.

La pregunta sobre por qué no se había encargado ella de ese asunto flotó en el ambiente, pero Caroline no iba a responderla.

–Me acercaré a visitarla alguna noche.

La ligera sonrisa que acompañó el comentario era un gesto forzado. Ella sabía por qué su padre le había prohibido que volviera a la casa y por qué le había dicho que nunca quería volver a verla. Pero no tenía ni idea por qué fue incapaz de sentir el más mínimo afecto hacia ella. Quizá Dorothy Skeet tuviera la respuesta.

Caroline colgó su traje y se abotonó una de las batas sobre su ropa interior de seda negra. El tejido era casi transparente y las rosas rojas y azules eran una pesadilla. Además, aquella cosa era inmensa. Pero a ella no le importaba lo ridícula que pudiera estar; nadie la iba a ver y su traje estaría a salvo.

Cuando volvió al desván comenzó a trabajar metódicamente. Despejó una esquina para ir dejando la basura. Cajas de porcelana descascarillada, cacerolas golpeadas o una estantería victoriana destartalada. Se preguntaba por qué la gente se dedicaba a almacenar objetos inútiles, después recordó que durante su infancia había encontrado aquel lugar maravilloso, el perfecto antídoto a tanta soledad.

Recordaba un baúl lleno de ropa antigua, probablemente perteneciente a su bisabuela o a su tatarabuela. La mayoría de las prendas eran preciosas y todas frágiles. Vestidos de época por los que se podría obtener mucho dinero, especialmente si se encontraban en buenas condiciones.

Cuando por fin encontró el baúl, abrió al tapa y lo encontró vacío. Solo quedaba un manojo de cartas atadas con un lazo

descolorido. Su padre debió venderlo todo cuando se quedó sin dinero. ¿A instancias de Dorothy Skeet? Recordaba la voz del ama de llaves como si estuviera allí mismo: «Estaba segura de que te encontraría aquí arriba. Es hora de irse a la cama. Y ten cuidado con lo que haces con esas cosas, pueden ser de mucho valor; pero si eso te mantiene callada y sin molestar…»

Caroline se sentó sobre sus talones. El pelo negro se le había soltado del moño y se lo apartó de la cara con una mano polvorienta, dejando una marca en su cara nívea.

Si su padre se hubiera tragado el orgullo y hubiera vendido Langley Hayes en lugar de cargarle hipoteca sobre hipoteca, podía haber pasado sus últimos años alejado de los problemas económicos. Pero se sentía tan importante…

Respiró profundamente y tomó las cartas. Eran de su padre, escritas a su madre antes de casarse. Ella eligió una y comenzó a leerla. Solo unas líneas le bastaron para saber que habían estado profundamente enamorados, unas cuantas más le dijeron que el joven Reginal Harvey había adorado a su preciosa prometida.

Volvió a poner la carta en el sobre y, con dedos temblorosos, lo puso junto a los otros. Se trataba de algo muy personal y privado y le mostraba un aspecto de su padre que nunca imaginó que hubiera existido. Había sido capaz de amar tanto… Agarrando las cartas con fuerza se puso de pie, con los ojos llenos de lágrimas.

Y entonces lo vio a él y se quedó sin respiración.

No había pensado en Ben Dexter ni en un instante durante las dos últimas horas y, ahora, él estaba allí de pie, mirándola, llenando todo el lugar con su presencia.

Si se lo hubiera explicado a su padre… el pensamiento le llegó fugaz. Si le hubiera dicho lo enamorada que estaba de Ben Dexter en lugar de permanecer callada, quizá la habría entendido. Él había conocido ese tipo de amor, un amor cautivador que podía unir a dos personas con una especie de magia.

Con la misma fugacidad, ese pensamiento fue reemplazado por otro más cínico: no habría importado lo más mínimo. Incluso si hubiera logrado persuadir a su padre para que aprobara la relación con aquel chico del pueblo, la relación no habría tenido un final feliz. El joven de ojos negros nunca la había amado. Solo le había mentido porque quería tener relaciones sexuales con ella.

La mirada de él la envolvió y la sonrisa de sus labios le dijo que se había dado cuenta de lo obvio: que se le transparentaba todo.

Controlando el impulso de salir corriendo, levantó la barbilla y preguntó con frialdad:

–¿Querías algo?

–A ti.

Los ojos negros cautivadores se quedaron prendados de los de ella durante un momento y ella pensó que realmente lo decía en serio. Justo eso. El cuerpo le tembló y un calor espeso le corrió por las venas hasta que una arruga apareció en su entrecejo y la sonrisa desapareció de su boca.

Por supuesto que no había querido decir que la quería como la había querido en otros tiempos. De manera salvaje, apasionada, posesiva. Solo quería comprobar que la persona que había contratado estaba trabajando y no, sentada en algún rincón con los pies en alto, pintándose las uñas.

Pero le daba igual porque ella tampoco lo quería a él, desde luego que no. Hasta que él la tocó. Fue un simple roce del dorso de su mano para apartarle el mechón de pelo de la cara y todo dentro de ella empezó a derretirse por el deseo que sentía y el éxtasis que recordaba.

La boca se le secó y apenas pudo respirar cuando él le tocó las pestañas húmedas con la punta de los dedos.

–Estás triste, Caro. No quería que esto sucediera, te lo aseguro.

La preocupación de esos ojos negros y la suavidad de su voz le hicieron recordar que él podía calarle muy hondo. Recordó aquella vez hacía tantos veranos… una noche de luna llena, ella se chocó contra un roble porque cuando estaba con él no podía ver nada más. La misma mirada mostró entonces. Cuando le tocó la suave piel de su hombro, su caricia y su amor hicieron que el dolor desapareciera. Entonces no dudó de su sinceridad.

Pero debería haberlo hecho.

–Pensé que podía haber algo de valor sentimental –le dijo con suavidad–. Recuerdos de tu infancia, fotografías… cosas que te gustaría conservar. La señora Skeet tiene todos los efectos personales de tu padre. Sé que tiene intenciones de ponerse en contacto contigo. Ya organizaré un encuentro mientras estás aquí.

Su mano se posó con suavidad sobre el hombro de Caroline y

todo su cuerpo se tensó como rechazo a lo que él era en el presente y a lo que había sido en el pasado. De manera involuntaria, levantó los ojos y se encontró con la boca de él. Parecía que había besado a más mujeres que cenas calientes había tomado.

–No hace falta –respondió ella, manteniendo la voz firme y dura–. Ya he decidido contactar con Dorothy. Hasta ahora –continuó ella, no sin antes sacudirse su mano del hombro–, no he encontrado nada de valor aparte de estas cartas que pretendo quedarme. Pero seguiré mirando.

Ella había rechazado su preocupación tan claramente como si le hubiera hecho tragarse las palabras y él la miró con dureza.

–Ahora no –dijo alejándose de ella–. Seguirás mañana. Le dije a Linda que hoy cenaríamos fuera; ya tiene suficiente trabajo sin tener que preparar nuestra comida.

Hizo una pausa en la puerta y se volvió hacia ella con un tono que iba entre la frustración y la diversión.

–Quítate lo que quiera que lleves puesto. ¿Qué es eso? ¿un camisón? Tienes treinta minutos.

Capítulo 4

Seguro que tienes hambre. Apenas probaste la comida. No había ni rastro del cariño que había mostrado antes, solo un toque de humor ácido.

Eran las ocho y estaba empezando a oscurecer. Al arrancar el coche, él le dedicó una sonrisa segura, de depredador, y el blanco de sus dientes contrastó con el tono oliva de su piel.

Caroline podía confirmar que estaba hambrienta, sin embargo, no quería darle la razón.

–Un poco –contestó ella, en lugar de decir la verdad.

Pensaba que la iba a llevar al pub del pueblo, por lo que se puso lo menos formal que había encontrado; teniendo en cuenta el tipo de ropa que había llevado. Pero, para su sorpresa, la llevó a lo que parecía un estupendo restaurante exclusivo.

Su atuendo, unos pantalones de lino color crema y un corpiño de diseño italiano a juego, contrastaba con el del resto de la gente. Pero decidió que no iba a permitir que eso la molestara. Además, él, con un traje inmaculado, con su aspecto viril y con su obvia sofisticación, era el único que atraía toda la atención.

Sentada enfrente de él, con un menú entre las manos, se preguntó por qué se estaría tomando tantas molestias para intentar impresionarla. Al final decidió que debía ser por la misma razón que había querido impresionar a los del pueblo comprando Langley Hayes.

Pero él la había afectado mucho más hacía doce años, cuando solo tenía dos ambiciones: casarse con ella y alcanzar el éxito económico para mantener su estilo de vida. Al menos, eso era lo que le había dicho, y ella lo había creído. ¡Menuda tonta había sido!

–Creo que mañana voy a tener que empezar un poco tarde –dijo con suavidad y frialdad–. Tengo que ir al pueblo a comprarme unos vaqueros y una camisa. Necesito algo apropiado si me voy a pasar la mitad del tiempo deambulando por el desván. Por cierto, hoy llevaba una bata de Dorothy Skeet; no suelo meterme en la cama

envuelta en metros de tela floreada.

De repente, los ojos de él mostraron burla y su boca, una sonrisa lacerante. Enseguida, ella se arrepintió por haberle recordado su indumentaria.

–¿Qué te pones ahora para dormir? ¿Pijamas de seda? Hubo un tiempo en que nuestra cama era la hierva más suave y fresca que podíamos encontrar, si no lo has olvidado. Ninguno de los dos llevaba nada en aquellos tiempos.

Las mejillas de Caroline se tiñeron de rojo y algo se retorció en su interior.

Antes de que ella pudiera decir nada, él continuó:

–La tienda del pueblo ha cerrado. Mañana tengo que ir a Shrewsbury; puedes venir conmigo. Mientras yo voy a una cita con mis abogados, tú puedes ir de compras –partió un pedazo de panecillo con sus dedos largos y fuertes, le puso mantequilla y añadió con suavidad–: después podemos comer juntos.

¡Así de sencillo! «¡Dios mío, devuélveme la compostura!», rezó ella, deseando que su pulso volviera a la normalidad. Si dejaba caer recordatorios explícitos del pasado en cada conversación iba a acabar con ella. Mejor sería ignorarlo, esperar a que se le pasara.

–Habría jurado que utilizarías un despacho de la ciudad –dijo ella, intentando mantener la conversación por el lado práctico.

Había ignorando su referencia a las largas noches que habían pasado juntos esperando que él dejara el tema personal. Si no lo hacía, tendría que decirle unas palabras y no quería tener una discusión con él.

–No. Prefiero apoyar a los bufetes de la zona. ¿Qué quieres tomar?

Ella pidió tartaletas de hojaldre y salmonetes.

Parecía que estaba claro que pretendía quedarse en Langley Hayes. Aunque estuviera rodeado por el club de golf de su empresa, sería un precio muy bajo comparado con la grandeza de vivir en la casa de su antiguo enemigo.

Una casa lo suficientemente grande para albergar una esposa, un buen número de niños y un regimiento de sirvientes. El pensamiento de que quizá él estuviera pensando en casarse le puso enferma.

Aunque no debería ser así. Él no significaba nada para ella,

además, le daba lástima su futura esposa. Siempre sería un mentiroso y un tramposo con las mujeres.

Rechazó el vino que él le ofreció, comió bien, mantuvo una conversación trivial y se sintió aliviada cuando se marcharon.

Los faros del coche dibujaron un arco dorado bajo las ramas que caían sobre la carretera. Pronto la puerta de la Reina Ana, como se conocía a esa arcada, estaría inundada por la fragancia de las rosas salvajes. Durante su infancia había estado sola y, a menudo, se había sentido miserable; pero aun así, siempre había disfrutado de esa parte del campo.

En la actualidad, su vida estaba en Londres, en su casa, su trabajo, sus amigos. Era extraño que sintiera esa sorprendente nostalgia.

Sin pensarlo mucho, al entrar en la finca de Langley Hayes, Caroline dijo:

–Seguro que a la zona le vendrá bien un club de golf. Pero, ¿a ti no te molestará estar rodeado de tanta gente? A mi padre le habría dado un pasmo si hubiera encontrado a tanta gente paseándose por sus propiedades.

–Yo no soy tu padre –respondió él fríamente y ella apretó los labios.

Él era mucho más guapo que su padre y tenía mucho más carisma. Pero los dos tenían un toque de crueldad y un completo desapego hacia los sentimientos de las otras personas.

–Además, no estaré aquí tanto tiempo como para que las masas me abrumen –añadió sardónico–. Sin embargo, me reservaré algunas habitaciones.

Al llegar a la entrada, Ben aparcó el Jaguar. Caroline se preguntó si sería tan descuidado con sus posesiones como con los sentimientos de las personas.

Entró en la casa antes que él, pero enseguida la alcanzó.

–¿Quieres compartir una botella de vino conmigo?

Su voz había perdido el tono afilado y allí, en el silencio de la casa, su presencia era masculina y potente… y peligrosa.

A Caroline le recorrió un temblor. Qué fácil sería ceder a la tentación. Estar con él, conocer al hombre en el que se había

convertido. Se preguntó si todavía haría el amor de la manera tan generosa en que lo había hecho en aquellos tiempos.

Entonces, cerró la puerta de sus pensamientos y movió la cabeza.

–Gracias, pero no. ¿A qué hora sales mañana para Shrewsbury?

–A las diez. Volveremos sobre las tres. ¿Estas segura que no te apetece tomar una copa de vino?

–Completamente segura.

Si iba con él, perdería la mayor parte del día siguiente. Además, pasar más tiempo con él del que era absolutamente necesario no estaba en su agenda.

–Tampoco voy a ir a comprar. Me las arreglaré con lo que tengo.

Era mejor estropear su ropa que la imagen de una profesional fría y comedida. Había un límite sobre el tiempo que podía pasar con él sin gritarle a la cara lo que le disgustaba.

Ella le dio la espalda y se dirigió hacia las escaleras y lo escuchó decir con suavidad.

–¿Estás huyendo, Caro? ¿Me pregunto por qué?

En su habitación, cerró la puerta y se apoyó contra ella, respirando con dificultad, con el corazón que parecía que se le iba a salir del pecho. Se sentía como si hubiera corrido un maratón con el diablo a los talones. Y el diablo era Ben Dexter.

Hubo un tiempo en el que lo había adorado, en el que él era su única razón de vivir. Cuando él la abandonó, su vida perdió sentido. Sin embargo, esa traición no alteraba su increíble atractivo físico.

Se alejó de la puerta furiosa consigo misma por el rumbo que estaban tomando sus pensamientos.

Eligió un camisón de seda y una bata a juego y se marchó al baño. Cuando volvió a su cuarto, se encontró a Linda golpeando en su puerta.

–Pensé que a lo mejor necesitabas esto. Te estarán muy anchos y cortos, pero siempre serán mejor que esa cosa de flores.

Caroline le dedicó una sonrisa enorme. Podría haber abrazado a la otra mujer. No tendría que estropear su ropa y, lo que era mejor, no tendría que preocuparse de si se transparentaba su ropa interior.

–Gracias, Linda.

Aceptó los vaqueros y la gastada camiseta, debatiéndose sobre si preguntarle por qué Dexter se iba a quedar solo con unas

habitaciones pudiendo disponer de todas. Pero luego se lo pensó mejor. Las preguntas de ese tipo solo mostrarían un interés que ella desesperadamente quería negar, particularmente a ella misma.

–De nada –contestó Linda–. ¿Lo has pasado bien?

–La comida estaba estupenda –respondió ella, evadiendo la pregunta.

–Bien –respondió Lisa, sin insistir en el tema–. Me despido de ti en caso de que no te vea de nuevo. Tengo el resto de la semana libre. Bautizan a una sobrina y yo soy la madrina. Quizá no estés aquí cuando vuelva.

Eso significaba que se iba a quedar sola con Dexter, pensó Caroline encogiéndose mientras sonreía y decía las cosas oportunas.

Cuando cerró la puerta se dijo que la ausencia de la otra mujer no importaba. Ella sola podía manejar a Ben Dexter; no necesitaba ayuda.

Seguramente ya no estaba interesado en ella sexualmente; su historia demostraba que eso era lo más probable. Solo había insistido en que fuera allí para poder demostrarle lo bien que le había ido.

Bueno, eso podía manejarlo, no había ningún problema; de hecho, admiraba su éxito económico. En cuanto a lo otro, la atracción sexual que era incapaz de controlar, bueno, tenía que admitirlo: estaba teniendo dificultades.

En lugar de alejar esos pensamientos de su mente, se encontró sentada en la cama, en la oscuridad de su dormitorio, esperando su señal, las piedras que él solía tirar a la ventana para llamarla.

Qué feliz había corrido a su encuentro…

Tenía que controlarse, dejar de recordar. Entonces, eran personas diferentes y, además, ahora sabía lo despiadado que él podía ser. El hombre al que había amado tantos años atrás solo fue producto de su imaginación, un estúpido sueño romántico.

El reloj le dijo que ya eran más de las dos y todavía no había logrado conciliar el sueño. ¿Por qué quedarse en la cama agonizando sobre el pasado cuando podía estar trabajando? Cuanto antes acabara antes podría marcharse.

Una vez tomada la decisión, se volvió a poner la bata de seda y tomó su libro de notas.

Mientras bajaba las escaleras recordó que la gran mesa Regencia

con las doce sillas ya había sido vendida hacía mucho tiempo. Debía tener unos catorce años cuando, unas navidades, le preguntó a su padre por ella. Él le respondió con la ironía de siempre: «¿Cómo se supone que voy a pagar tu internado? ¿Robando un banco? ¿Pidiéndoselo al ratoncito Pérez?»

De nada hubiera servido decirle, por cuarta vez, que habría sido más feliz en el instituto del pueblo. Él le hubiera dedicado aquella mirada que solía reservar para ella: «¡Recuerda quién eres!»

¿Quién era ella? De repente, sintió que no lo sabía. ¿Una mujer de éxito o una sombra sin raíces, llorando un amor perdido? Estar de vuelta en aquel lugar, con el chico que había estado prohibido transformado en un hombre duro que ahora lo poseía toda la hacía sentir irreal.

La mesa había desaparecido y nunca había sido reemplazada porque su padre no se había tomado la molestia. Pero también recordaba una mesa auxiliar de caoba, de Jorge III y un gran aparador del mismo periodo. Los dos serían de gran valor y representarían una buena inversión.

Abrió las puertas y las cerró despacio tras de sí. Encendió las luces y se quedó mirando la habitación con sorpresa; debía haberle preguntado a Linda qué planes tenía Dexter para la casa.

El feo papel de pared de grandes flores oscuras había sido reemplazado por una emulsión de amarillo claro. La madera bajo sus pies brillaba y había dos mesas largas de comedor. La enorme chimenea estaba rodeada de sillones cómodos pero funcionales.

Entonces, recordó la cocina equipada con unos muebles de dimensiones industriales, el baño que había sido construido al lado de su habitación y solo tuvo que sumar dos y dos. Aunque… un hotel rural no tenía mucho sentido, todo era demasiado básico.

Las puertas de detrás de ella se abrieron. Ella se puso tensa y contuvo el aliento, rezando para que no fuera Dexter.

Pero no tuvo suerte. Él entró en la habitación. Llevaba un jersey negro y unos vaqueros muy gastados. Al igual que ella, iba descalzo.

Su corazón le dio un vuelco, y una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo. Él estaba injustamente sexy con su pelo negro alborotado, su fuerte mandíbula, sus brillantes ojos negros. Qué bien recordaba ese aspecto, la promesa que transmitía…

–¿No podías dormir? Me pregunto por qué –murmuró él suavemente, recorriendo su cuerpo con la mirada y deteniéndose en las suaves curvas que la bata ajustada a la cintura mostraba. La hizo sentirse muy consciente de la poca ropa que llevaba.

–Debe ser algo que tomé en la cena. Me sentó mal –mintió ella, intentando ignorar desesperada los escalofríos de respuesta sensual que recorrían su cuerpo. No le gustaba lo que le estaba sucediendo, solo deseaba sentir desprecio hacia él.

La pena era que ningún otro hombre le había hecho sentir nada igual. Había salido con otros, por supuesto, no odiaba a los hombres como género, solo a él. Pero ninguno le había hecho sentir la devastadora necesidad física que Ben despertaba en ella.

La libreta que tenía en la mano tembló. Se obligó a abrirla y tomar el bolígrafo que llevaba en la espiral.

–Como no podía dormir, decidí ponerme a trabajar. No pretendía molestarte.

–Lo pretendieras o no, lo has hecho –respondió él, secamente.

Caroline recorrió con la mirada la habitación que era tan diferente de la que ella recordaba.

–Antes había una mesa auxiliar. Mi padre debió venderla, a menos que la hayas llevado a otro sitio.

–No.

Ella no lo estaba mirando, pero tuvo la sensación de que se le había acercado. Demasiado. El vello se le erizó.

–El aparador todavía sigue aquí. Tiene mucho valor. Quédatelo si quieres una inversión.

–En este momento, solo puedo mirarte a ti.

Caroline se atragantó. Lo que él acababa de decir era cierto. Podía sentir su mirada fija en ella, quemándole la piel. Quería salir de allí. Inmediatamente. Pero sus piernas no le respondían. Entonces sintió su mano en la cintura, atravesando las finas capas de seda que la cubrían. «No lo hagas», le hubiese gustado decir, «no me toques». Pero tenía la lengua pegada al paladar.

–Estás helada. La calefacción está al mínimo. Vamos. Un vaso de leche templada te sentará bien.

La presión de su mano aumentó. Sentía el lugar exacto de cada dedo. Ese era el momento de decirle que no quería leche caliente, ni que se preocupara por ella. Pero no lo hizo, simplemente, se dejó

llevar, odiándose a sí misma por sentirse como aquel verano hacía tantos años durante el que le habría seguido al infierno si él se lo hubiera pedido.

–No me has preguntado por qué me resultaba imposible quedarme dormido –le dijo él mientras entraban en la cocina–. ¿No crees que eso sería lo más apropiado en el curso de una conversación educada?

Ella notó la ironía en su voz. Lo que sucedía entre ellos impedía una conversación educada normal. Entonces recordó que él siempre había tenido unos modales exquisitos, a pesar de sus locuras, siempre parecía tener en cuenta los sentimientos de los demás.

Eso le pareció entonces.

Ella no contestó nada, su cuerpo estaba tenso mientras miraba como ponía leche en una cazuela y tomaba dos tazas y una botella de brandy. Sabía que debía salir de allí, romper esa extraña intimidad, pero, por algún motivo oculto, se quedó donde estaba, atrapada en su vitalidad masculina y su suave sensualidad.

–Como parece que no me vas a preguntar, te lo contaré.

El solo sonido de su voz la hizo contener el aliento. Si estuviera en su sano juicio, le habría dicho: «no te preocupes, no me interesa»; pero su juicio parecía estar de vacaciones, junto a su sentido común.

–Estaba pensando en ti. Dormir bajo el mismo techo que tú no me dejaba descansar en paz. Necesitaba leer algo para entretener mi mente. Entonces vi el haz de luz que salía bajo la puerta. Pensé que iba a ser fácil, pero no es así.

Él sirvió la leche en las tazas y Caroline tomó la suya entre las dos manos.

¿Qué no era fácil? ¿Qué ella estuviera allí? ¿Se sentiría culpable? ¿Por qué no hablaba claro? Siempre lo había hecho. Siempre había tenido emociones fuertes y las había expresado con libertad. Siempre había sabido lo que quería: a ella.

Pero eso solo fue durante un breve periodo de tiempo, se recordó ella cansada. Solo fue otra más en su interminable lista. La hija del señor que lo había tratado tan mal. ¡Cómo se tenía que haber reído de su padre!

Al verlo enjuagar la cazuela y colocarla en el lavavajillas se propuso conseguir una respuesta a la cuestión que le había estado

rondando la cabeza.

–¿Qué planes tienes para esta casa?

–¡Vaya! –exclamó con una sonrisa cínica–. Pensé que nunca lo ibas a preguntar… Vamos a la biblioteca a tomarnos la leche, allí se está más caliente, y te contaré lo que tengo en mente para Langley Hayes. A cambio tú podrás explicarme qué fue lo que estropeó tu relación con… ¿Cómo se llamaba? Jeremy Curtis, si mal no recuerdo. Ibais a anunciar vuestro compromiso en tu decimoctavo cumpleaños. Un buen partido para la hija de un señor venido a menos. ¿Qué salió mal? ¿Se enteró de que habías estado disfrutando de unos escarceos amorosos y la canceló? Debiste quedarte devastada, especialmente cuando insistías tanto en que mantuviéramos nuestros encuentros en secreto.

Capítulo 5

Caroline no se podía creer lo que estaba escuchando. Casi tropieza al seguirlo a la biblioteca. Se trataba de una pequeña habitación forrada de estanterías repletas de libros y amueblada con los mismos sofás de piel que ella recordaba.

¡Maldito Ben Dexter! Él sabía muy bien por qué habían mantenido su relación en secreto. ¡Conocía el temperamento que había tenido su padre!

¡Y cómo se atrevía a insinuar que solo lo había utilizado para el sexo!

Lo miró con ojos entrecerrados, observando cómo dejaba las tazas en una mesa pequeña.

Si él le hubiera hecho ese insultante comentario hacía doce años, probablemente, le habría mordido o arañado. Pero ahora era mayor, mucho mayor, y sabía controlarse muy bien; aunque la furia contenida amenazara con hacerle un agujero en el pecho.

Tomó una de las tazas entre las manos y se dirigió a un sofá.

No iba a permitir que viera cuánto la afectaba. De ninguna manera. Al contrario de lo que le había sucedido de jovencita, ahora podía controlar sus reacciones a lo que él hiciera o dijera.

Así que, trató su insultante comentario con el desprecio que se merecía: ignorándolo.

–Cualquier compromiso estaba en la cabeza de mi padre, y en la de Jeremy; pero no en la mía.

–¿En serio? ¿Se había acordado un compromiso sin que una de las partes de la feliz pareja se enterara? –preguntó él con sorna.

Estaba claro que no la creía. Estaba de pie a unos cuantos pasos de Caroline, mirándola. La manera en que se metía los pulgares en la cintura del pantalón atrajo la mirada de ella hacia sus caderas y sus musculosos muslos.

Tuvo que apartar los ojos y concentrarse en la taza que tenía entre las manos. Por la aspereza que le recorrió la garganta al dar un trago dedujo que Ben había sido más que generoso con el

brandy. No importaba, ya comenzaba a suavizar su enfado.

Caroline tomó aliento. Por alguna razón que desconocía quería que él la creyera. Lo que él pensara de ella no debería ser importante, pero por alguna oscura razón sí lo era.

Dio un trago más al potente líquido y después explicó:

–Mi padre estudió en Oxford con el padre de Jeremy y siempre estuvieron en contacto. Después de todo, no vivían tan lejos. Mi padre era el padrino de Jeremy y cuando yo era pequeña solía pasar las vacaciones con ellos. Creo que lady Curtis pensaba que yo necesitaba un poco de afecto femenino y mi padre estaba encantado de perderme de vista. Cuando tenía trece años, lady Curtis murió en un accidente y mis visitas cesaron. Pero seguimos viéndonos. Eran casi las únicas personas que veíamos y mi padre quería que me casara con su ahijado.

Caroline se encogió de hombros. Los recuerdos le nublaron la visión: casarse con Jeremy, y con la fortuna de su familia, hubiese sido la única cosa que podía haber hecho para satisfacer a su padre.

–¿Estaba ese pobre diablo enamorado de ti? –preguntó Ben con voz dura y un dejo de amargura.

Era una pregunta que no tenía ningún derecho a preguntar. A parte, ella no sabía la respuesta. Bueno, había pillado a Jeremy mirándola de manera que la había hecho sentirse incómoda y, además, había recibido un par de besos que no le habían gustado nada. Pero amor… no; no lo creía. Lo más probable era que se hubiera tratado de deseo sexual o de querer complacer a su familia.

Como única respuesta, Caroline se encogió de hombros. Volvió a dar otro trago a la bebida y abrió los ojos asombrada por el comentario de él.

–Veo que sigues siendo igual de insensible.

Entonces, como si hubiera recuperado el control, su voz se suavizó para añadir:

–Parece que la carta en la que me comunicabas que mis servicios ya no eran necesarios la escribiste demasiado tarde. El pobre diablo debió quedarse destrozado –dijo dando un paso hacia delante–. Y a ti, todo lo que se te ocurre es encogerte de hombros.

¡Cómo se atrevía a comportarse de aquella manera! Dejó la taza sobre la alfombra persa y se puso de pie.

–Estás intentando culparme de lo que sucedió para ocultar tu

propia culpa. Eso es lo que la gente suele hacer, ¿verdad? ¿Cómo ibas a ser tú diferente?

La oscura mirada de él brilló mientras daba un paso al frente. Caroline se mantuvo firme. La situación era explosiva, pero no iba a echar a correr. Él era el único culpable de todo, no ella.

Tenía las palmas de las manos empapadas en sudor y el calor de la cercanía de su cuerpo la estaba consumiendo, como si el fuego de la furia de los dos estuviera juntándolos en lugar de separándolos.

Los labios de él intentaron esbozar una sonrisa, pero no lo logró.

–¿Estás negando que me escribiste diciéndome que no querías volver a verme? Ni siquiera tuviste el detalle de decírmelo a la cara.

Por supuesto que no podía negarlo. Quería golpearlo por intentar confundirla.

–No estabas allí –dijo ella, escupiendo las palabras–. Después de que mi padre fuera a verte, te largaste, ¿recuerdas?

Aún podía escuchar las palabras sarcásticas de su padre: «Ya puedes olvidarte de tu amante. Le he ofrecido dinero para que desapareciera y no pudo haberlo tomado más rápido. No volverá. Pero si eso no es suficiente para calmar tu ardor, pregúntale a la joven Maggie Pope quién es el padre de su hija».

Caroline emitió un suspiro profundo.

No había buscado ese amargo enfrentamiento ni el temible efecto que estaba teniendo sobre su cuerpo. La adrenalina que le corría por las venas estaba convirtiendo su furia apasionada en un oscuro y peligroso placer que la hacía consciente de cada centímetro de su cuerpo.

–Te escribí una carta y se la dejé a tu madre. ¿Qué esperabas? –preguntó con un gemido.

Tenía que largarse de allí, antes de que dijera algo que le robara el orgullo, algo que delatara cuánto le había afectado su cruel venganza.

Como si le hubiera leído las intenciones, la mano de Ben le rodeó la nuca, su mirada oscura quemando la de ella.

–¿Que qué esperaba? –repitió él, con la voz espesa–. ¡Dímelo tú! Hubo un tiempo en el que tú realizabas todas mis esperanzas. ¿Te acuerdas?

El suave movimiento de sus dedos sobre su piel era realmente efectivo. Las sensaciones que durante tanto tiempo se había negado

a tener brotaban a la vida demandantes, haciendo que su cabeza le diera vueltas.

–¿Te acuerdas, Caro? ¿Recuerdas que solo teníamos que mirarnos? ¿Que con mirarnos no nos bastaba? ¿Que teníamos que tocar nuestra piel desnuda, mover nuestros cuerpos al unísono en el baile del amor? ¿Que no podías esperar a tenerme dentro de ti?

–¡No!

La palabra sonó más como un quejido que como una negación. Todo su cuerpo estaba temblando con la magia de siempre mezclada con el dolor por la pérdida y la traición que todavía perduraba a través de los años.

–Deja que me vaya –pidió con la voz pastosa, horrorizada por las sensaciones que estaba experimentando.

–Lo haría si de verdad lo quisieras –afirmó él con suavidad–. Pero no quieres. Niégalo, pero estos no mienten…

Con suavidad, rozó sus labios con el pulgar. La suave caricia le produjo a Caroline un dolor primario en su interior y sintió la necesidad prohibida de meterse el dedo en la boca.

Como si hubiera leído en sus ojos la necesidad, Ben deslizó la mano por el cuello hacia el extremo del escote. Después, la introdujo bajo la ropa. La seda tembló debido a los fuertes latidos del corazón de ella.

–Y estos tampoco… –añadió despacio con la voz pastosa mientras tocaba sus pezones hinchados, despacio, deteniéndose, pellizcándolos.

Caroline no podía respirar. La caricia apasionada le enviaba ráfagas de exquisito placer por todo el cuerpo. Igual que siempre.

Fuera lo que fuera lo que había hecho en el pasado ya no importaba; los únicos recuerdos que quedaron fueron aquellos relacionados con los lazos de pasión.

Tenía la boca entreabierta, receptiva… Abrió los ojos y se encontró con el deseo oscuro y brillante de los ojos de él.

Su respiración se convirtió en un suave gemido. La atmósfera estaba cargada de una intrusa necesidad sexual intensa y profundamente excitante.

Podía paladear todas las caricias del pasado y sentir el deseo pleno en aquel momento y en aquel lugar. Allí, uniéndola a él como siempre había sucedido.

Él lanzó un profundo suspiro.

–¿No lo niegas, Caro? –preguntó con la mirada fija en sus labios–. Bien, eso está bien.

Caroline tenía los labios abiertos, claramente invitadores. Podía oler el aroma masculino, casi salvaje, que la hacía sentirse ansiosa. Entonces, su boca tocó le esquina de la de ella e, instintivamente, ella giró la cara, buscando con urgencia la magia recordada de sus besos, totalmente rendida a la pasión salvaje que ningún otro hombre había logrado encender.

Pero él apenas la tocó. Levantó la cabeza y con las manos le apretó la cintura, manteniendo el control que ella había perdido.

–Sería como quitarle a un niño un caramelo.

Caroline casi solloza por la frustración.

Ben la soltó y dio un paso hacia atrás.

Con la boca apretada, recorrió la evidencia de su excitación, desde sus encendidos ojos color violeta, pasando por sus labios, hasta sus pezones hinchados y turgentes.

–He ganado la primera baza, Caro –afirmó y dirigiéndose hacia la puerta añadió–: duerme un poco. Lo vas a necesitar. A los diecisiete años podías estar toda la noche despierta y todavía estar preciosa por la mañana. Pero los años cambian las cosas.

El comentario implicaba que por la mañana iba a tener un aspecto horrible, que ya era muy mayor y que había perdido todo lo que una vez le había conducido a una pasión loca. Entonces, había sido incapaz de mirarla sin necesitarla con una desesperación que los consumía a los dos.

No sabía cómo se las arregló para caminar erguida hacia la puerta. La humillación era tan intensa que derretía sus huesos y le llenaba la cabeza con una neblina roja que la cegaba.

Cuando Caroline se despertó le sorprendió haber podido dormir, pero no le sorprendió en absoluto descubrir las profundas ojeras que tenía alrededor de los ojos.

No, ya no tenía diecisiete años. Recordó el comentario mordaz al mirarse en el espejo y descubrir la piel cenicienta y apagada de su rostro. Tenía veintinueve años y no debía haber dejado que un mentiroso como Ben Dexter la excitara de aquella manera. ¡Le había

robado los sentidos hasta el punto de que casi le suplica que le hiciera el amor!

Una oleada de calor y vergüenza la recorrió y la hizo sentir náuseas. Su propio cuerpo la había traicionado como él lo había hecho en el pasado.

Movió la cabeza y se apretó los dedos contra las sienes.

Debió pensar que había actuado exactamente igual que la confiada adolescente que conoció aquel día de verano…

Un día, al salir del bosque, se encontró a Ben subido a una cancela desvencijada que conducía a uno de los prados de su padre.

Llevaba unos pantalones vaqueros muy gastados y, aparte de los zapatos, no llevaba nada más. Tenía la piel brillante y bronceada por el sol y el pelo, alborotado. Sus ojos negros relucían como dos luceros y, al bajarse al suelo, su sonrisa peligrosa y sexy la conquistó.

En ese preciso instante, notó la química entre ellos; la había dejado sin aliento así que no pudo contestarle cuando le dijo:

–«El colegio ha terminado. Algo me dice que este verano va a ser estupendo».

Los ojos de él le comunicaron que le gustaba lo que veían: su figura esbelta bajo el vestido fresco de algodón blanco y su pelo negro hasta la cintura.

Nunca antes había estado tan cerca de él. El efecto era demoledor. Por supuesto que sabía que su madre y él vivían en una de las cabañas decrépitas de su padre, lo sabía desde hacía varios años. Y lo había visto en el pueblo en un par de ocasiones. También había oído los comentarios sobre su tipo de vida. Entonces, al verlo, lo entendió todo; Ben Dexter era absolutamente atractivo y con mucho carisma.

Todo lo que pudo hacer fue dedicarle una gran sonrisa y tomar la mano que él le ofreció.

Y así comenzó todo…

Caroline dio un gran suspiro y, después, apretó los labios. Había sido tan tonta entonces… Y la noche anterior habría seguido el mismo camino si él no le hubiera demostrado que no estaba interesado en ella.

Pero no merecía la pena darle vueltas al asunto o desear que no hubiera sucedido. Había pasado y tenía que sacárselo de la cabeza,

salvar algo de su orgullo, hacer su trabajo y salir de allí tan pronto como fuera posible.

La ducha que se tomó la ayudó un poco. De ninguna manera se iba a poner los vaqueros gastados que le había dejado Linda para echar un vistazo al polvoriento desván. Ese día, más que ningún otro, necesitaba estar lo mejor posible para recuperar algo de dignidad y, de alguna manera, intentar borrar la vergüenza.

Ben no estaría en la casa para ver qué tal estaba, pero necesitaba estar bien para ella misma.

Se puso los elegantes pantalones de lino que había llevado al restaurante y una camisa de seda. Pasó más tiempo del habitual en maquillarse hasta conseguir una mascara discreta y perfecta. Después, se recogió su sedoso pelo negro en la nuca con un pasador de carey.

Linda estaba en la cocina cuando ella entró. Se levantó sonriendo al verla aparecer.

–Iba a dejarte una nota; pero ahora ya no tengo que preocuparme. Hay comida fría en el frigorífico y montones de latas en los armarios. Así que, toma lo que te apetezca. Me imagino que el jefe hará lo mismo. Ahora estará en Shrewsbury… Y no me digas que te vas a meter con esa ropa en el desván. ¿No te quedaban bien los vaqueros que te dejé?

–Seguro que sí. Pero hoy no voy a subir al ático, he pensado en echarle un vistazo al primer piso –afirmó mientras se dirigía a la cafetera–. ¿Quieres?

Linda arrugó la nariz.

–Sí –dijo, volviéndose a sentar–. Me imagino que diez minutos más o menos no importan. Dime, ¿qué haces para estar siempre tan estilosa y elegante? Me imagino que es algo con lo que se nace. Yo no consigo estar bien nunca.

–Seguro que eso no es cierto –respondió Caroline, sentándose enfrente de ella.

La noche anterior había intentado satisfacer su curiosidad al preguntarle a Ben sobre sus planes para Langley Hayes, por no lo había conseguido. Ahora tenía la oportunidad de averiguarlo preguntándole a su ama de llaves. Así que, antes de que Linda

comenzara a hablar de ropa y maquillaje le dijo:

–No he podido evitar darme cuenta de que la casa tiene un aspecto bastante funcional. Muy cómodo y con mucha más luz, pero funcional. ¿Qué quiere hacer el señor Dexter?

–¿No lo sabes? –preguntó Linda con los ojos muy abiertos–. Me imagino que no, o no lo preguntarías –dio un sorbo a su café y le puso más azúcar–. Ha invertido mucho dinero aquí y los ingresos del club de golf servirán para mantenerlo. Es para chicos con problemas. Para las vacaciones, los fines de semana. Es una idea brillante. Habrá actividades dentro de la casa y fuera, una pequeña granja, jardines, caballos, pesca… permitirá a los chicos de la ciudad descubrir que hay algo más en esta vida que dar vueltas por la calles y meterse en problemas.

Mucho tiempo después de que Linda se hubiera marchado, Caroline seguía sentada sin poder creer lo que había escuchado. Ese no era el Ben Dexter que ella tenía en mente: arrogante, egoísta, tramposo… Una imagen reforzada por su conducta de la noche anterior y por su advertencia de que había ganado la primera baza. ¡Como si la hubiera llevado hasta allí para librar con ella una batalla!

¿Se habría equivocado totalmente con él? ¿Lo habría juzgado incorrectamente?

Se obligó a levantarse y a olvidar el enigma de Ben Dexter. Tenía que hacer un trabajo y no tenía sentido malgastar su energía mental con un hombre que le había declarado la guerra.

Subió por las escaleras a la habitación que había ocupado su padre. Los viejos armarios victorianos habían desaparecido al igual que la cómoda. La única pieza de valor, la cama italiana de madera tallada, que a veces había compartido con su ama de llaves, le produjo un nudo en la garganta. Anotó su posible valor en su libreta y salió de allí rápidamente.

¿Por qué su padre nunca la había amado? De hecho, ¿por qué la había detestado?

Hizo el firme propósito de ver a Dorothy antes de volver a Londres. Pero hasta entonces, sería mejor que apartara de su mente los recuerdos de su difícil infancia.

Había habitaciones que no se habían utilizado en vida de su padre y que, en ese momento, estaban repletas de luz y de color. Cada una estaba amueblada con un par de camas y aparadores y armarios funcionales de bonitos colores. Algunas habitaciones se habían convertido en cuartos de baño, preparados con todo lo necesario para los jóvenes que irían allí a pasar algún tiempo.

Ben debía haberse gastado una fortuna en esa empresa caritativa. Quizá lo había hecho porque recordaba su propia infancia llena de carencias.

El Estado había mantenido a su madre, pero el dinero había sido muy escaso. Janet Dexter había intentado aumentar su pensión vendiendo verduras y fruta, pero las personas del pueblo, recelosas de su mirada dura y su expresión severa, se habían negado a comprarle nada.

La vida debió ser muy dura para los dos.

Lo que les había llevado al pueblo era un misterio. Aunque durante aquel verano habían estado muy unidos, él nunca hablaba de su vida anterior. Siempre hubo cosas que mantuvo ocultas, incluso entonces.

La admiración por lo que había conseguido y por su altruismo con los chicos necesitados la hicieron morderse el labio. No quería pensar bien de él. No podía permitírselo. Podría caer tan fácilmente bajo su hechizo… Lo que había pasado la noche anterior se lo había demostrado.

Necesitaba mantener una mala imagen de él por lo que se acordó de la niña que había abandonado. Su propio padre le había dicho que Maggie Pope no era buena compañía, que si la veía con ella la encerraría en su habitación hasta que comenzara el colegio. Recordaba el día en que le dijo que le preguntara a Maggie Pope quién era el padre de su hija.

Caroline tembló y sintió su cuerpo frío, como si se hubiera sumergido en un baño de agua helada. Había sido el peor día de su vida y no quería recordarlo, pero no podía evitar las imágenes que le venían a la mente.

El bebé de dos meses con pelo negro sedoso, igual que el de Ben.

Maggie le había dicho con acidez: «Estoy segura de que es suya, pero él no quiere reconocerlo. Así es como él actúa, deja a una chica en cuanto pasa la novedad o se cruza otra en su camino. No

tiene ningún sentido de la responsabilidad».

Caroline tragó con fuerza para intentar volver al trabajo. Se dirigió al final del pasillo, donde el ala Tudor se unía a la parte principal de la casa. Recordaba que en aquella esquina había una librería de caoba; sin embargo, al llegar allí descubrió que, al igual que había pasado con la mayoría de las piezas de valor, había desaparecido. Se sintió molesta: su valoración profesional no era necesaria. Las pocas piezas de valor que quedaban eran fáciles de reconocer. Ben Dexter la había llevado hasta allí con un falso pretexto.

Pero, ¿por qué?

De manera automática, dirigió su mano hacia el picaporte que llevaba a la parte antigua de la casa. Esas habitaciones le habían estado prohibidas de pequeña. «Están llenas de arañas y el suelo está podrido», le había advertido Dorothy Skeet. No consiguió reunir el coraje suficiente para adentrarse en aquella zona hasta la edad de ocho años.

Ahora todo había cambiado. La madera podrida había sido reemplazada por tarima nueva y los rayos de sol se colaban por las ventanas enriqueciendo el color de las alfombras persas sobre los suelos pulidos. Estaba claro que Ben había reservado aquella zona para su uso privado. El salón, atractivamente amueblado, estaba presidido por el cuadro que los había unido de nuevo: *Primer amor*.

Ella contuvo el aliento y el corazón comenzó a latirle con fuerza. Si Michael no hubiera reconocido la obra perdida de Lassoon o si Ben no hubiera deseado tenerla, su vida habría continuado de manera apacible. Los deseos dolorosos del pasado nunca habrían resurgido porque Ben y ella nunca se habrían encontrado.

Mientras miraba lo que podía haber sido el reflejo de su imagen a los diecisiete años, recordó los magníficos meses que pasaron juntos hasta que él la traicionó de manera cruel.

Pero ya habían pasado doce años de aquello. Debería haberse olvidado de la experiencia.

Pero no lo había conseguido.

–¿Te gusta? –dijo una voz suave como el terciopelo.

Caroline dio un respingo involuntario y se volvió para enfrentarse a él.

Estaba espectacular. Llevaba un traje de chaqueta azul marino

de corte impecable, una camisa blanca impoluta y una corbata de seda. Como estaba en la parte de atrás de la casa no había oído su coche. Si lo hubiera hecho, habría desaparecido. Pero ya que estaba allí, solo le quedaba responderle a la pregunta:

–Es tuyo, puedes colgarlo donde quieras. Aunque, espero que tengas un buen sistema de seguridad.

–Ya habló la prosaica Caroline Harvey –dijo él sonriendo ligeramente, pero con la mirada fría– ¿No estás de acuerdo conmigo en que el retrato tiene que estar aquí, en su sitio?

El comentario la encendió.

–Tonterías –dijo ella seria. Él estaba jugando y ella no iba a permitir que se riera a su costa–. Cualquiera que te oyera diría que es un cuadro mío, y tú sabes muy bien que no lo es. Ahora, si me lo permites…

–Pero podría ser, ¿verdad? Tal y como yo te recordaba. Cuando leí el articulo sobre el descubrimiento y vi la fotografía supe que tenía que tenerlo aquí. Como recordatorio de que las cosas no son siempre como parecen. La modelo es igual que tú, pero no eres tú. Igual que cuando te conocí, no eras como yo pensaba.

–Lo mismo se te puede aplicar a ti –respondió ella.

¿Tanto daño le habría hecho la carta que le escribió diciéndole que no quería volver a verlo de nuevo?

Aquello se estaba volviendo demasiado complicado para su gusto. Se largaba. En ese mismo instante.

–No tiene ningún sentido que me quede aquí más tiempo. Mis servicios profesionales no son requeridos. Por lo que he podido comprobar, ya te has desecho de la mayoría de las cosas innecesarias y te has quedado con un puñado de piezas buenas. Te enviaré una evaluación de Weinberg por escrito sobre su valor.

–¡Qué amable! –dijo él con una ceja elevada mientras se ponía delante de la puerta.

Si quería pasar tendría que rozarlo y eso era demasiado. El solo hecho de estar en la misma habitación ya la hacía sentirse débil

–Tenías razón con respecto a que no necesito tus servicios profesionales; pero tengo otras necesidades, Caro, y tú vas a satisfacer hasta la última de ellas. Solo entonces, te dejaré marchar –aseguró él, dedicándole una mirada profunda–. Te sugiero que dejemos de discutir y empecemos ahora mismo.

Capítulo 6

Por qué tendría que estar de acuerdo? –preguntó Caroline, mirándolo a la cara con una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

Su corazón estaba latiendo a toda velocidad y le temblaba todo el cuerpo.

Hacía tiempo, cada uno había satisfecho las necesidades del otro, ¿qué era lo que estaba sugiriendo? ¿Había sido la noche interior un cruel preludio a la seducción?

Sentía las palmas de las manos húmedas y unas gotas de sudor le corrían por la frente.

–Porque me lo debes –replicó él, mirándola con los ojos entrecerrados–. Me lo debes por los doce años perdidos.

Su mente le dijo que se marchara de allí, que recogiera sus cosas y que llamara un taxi. No podía retenerla allí por la fuerza. Pero el corazón le latía oponiéndose con furia, obligándola a quedarse.

Parecía que su lejano idilio también había dejado huella en él. Dada su actitud hacia las mujeres de «tómalas y déjalas», resultaba bastante sorprendente. Quizá era el destino el que los había vuelto a unir para que por fin se cerrara el círculo y, por fin, pudieran olvidarse del pasado.

No podía huir de esta confrontación final, si eso era de lo que se trataba.

–A juzgar por tus sorprendentes logros, no se puede decir que estos últimos doce años hayan sido una pérdida de tiempo –consiguió decir ella, intentando introducir una nota de normalidad a una conversación que peligraba con convertirse en irreal.

Tan irreal como creer que ella había podido dañar su espíritu como él había dañado el de ella.

–Sabes que no estoy hablando de eso.

Con dos pasos, Ben se colocó delante de ella, dominando sus sentidos con su fortaleza física. Mantuvo su mirada violeta con su mirada oscura y se quitó la chaqueta del traje, dejándola

abandonadamente en una silla, después se aflojó el nudo de la corbata.

A Caroline se le secó la boca. Podía sentir la calidez del aquel cuerpo intensamente viril a unos centímetros del de ella, y el fuego la estaba derritiendo.

De manera instintiva, sacó la lengua para humedecerse los labios, unos labios que de repente se mostraban plenos y lujuriosos.

Los ojos de él siguieron el movimiento traicionero y dijo con sobriedad:

–¡Ah, sí! Recuerdo que hiciste ese mismo gesto antes de nuestro primer beso, ¿te acuerdas, Caro?

Inclinó la cabeza y su boca se encontró con la de ella. Ninguna otra parte de sus cuerpos se estaban tocando. Le acarició con su lengua, dejando la piel húmeda y sensible, ayudando a que los labios temblorosos se abrieran para permitir la entrada de una inevitable y deseada dulzura.

Su sangre se enervó, la caricia electrizante era tal y como ella la recordaba: un placer tan intenso que resultaba imposible resistir.

Caroline deseaba con todo su ser salvar la insignificante distancia que los separaba, rodearlo con sus brazos, presionar sus muslos y doloridos pechos contra la dura masculinidad de él, pero logró resistirse. La exquisitez de sus labios fundiéndose suave y delicadamente ya era suficiente tormento.

Además, aquello no debería estar sucediendo, le recordó el último vestigio de sentido común. Pero la voz desapareció rápidamente, se ahogó en el clamor de los latidos de su pulso. La manera en que la seducía era fascinante y su cuerpo había clamado en silencio por ella durante doce largos y estériles años de soledad.

Cuando él levantó la cabeza después de un momento de delirio, su aliento estaba tan agitado como el de ella. Con dedos temblorosos, le quitó el prendedor de carey para dejar que la cascada de pelo negro brillante le cayera por los hombros.

–Solías llevarlo mucho más largo –murmuró él con la voz pastosa–. Tu melena de seda negra cubría tus pechos, invitándome a besar los capullos sonrosados que ocultaba. Sabías cómo hechizarme, Caro. ¿Te acuerdas?

¿Qué si se acordaba? ¿Cómo podría olvidarlo jamás? Nunca había podido olvidar lo maravilloso y perfecto que había sido todo

mientras estaban juntos. Aunque había intentado ocultarlo en su mente, siempre le había impedido que tuviera el más mínimo interés sexual por ningún otro hombre.

¿Le habría sucedido a él lo mismo? La idea era difícil de asimilar, especialmente, porque su mente estaba dejando de funcionar.

Lentamente, con intencionada calma, Ben fue desabrochándole los botones de la camisa, con la mirada concentrada en lo que estaba haciendo.

–Doce años es mucho tiempo, Caro. Demasiado.

Caroline fue incapaz de decir nada coherente.

Él le deslizó la camisa por los hombros y se inclinó para succionar sus pezones, claramente endurecidos, a través de la seda de su sujetador. Ella tembló suavemente por el placer tortuoso que le provocaba el movimiento insistente de su lengua. Ella acercó las manos hacia el pecho de él, para acariciarlo, para sentir su calor, su fuerza y los potentes latidos de su corazón. Entonces, supo que pronto sería incapaz de mantenerse en pie sin apoyo; él estaba derritiéndole hasta los huesos.

–He pasado años deseando una esposa, una familia –aseguró Ben, con trazos de amargura en la voz mientras le desabrochaba el pantalón y se lo deslizaba por la cadera–… deseando una relación duradera, pero no he podido comprometerme con ninguna mujer porque ninguna se parecía a ti.

Caroline estaba prácticamente desnuda, expuesta a una mirada oscura llena de angustia. Vulnerable y arrobada, como siempre le había sucedido, pero inquieta por la nota clara de tormento que descubría en su voz.

¡Traición!, le susurró su sistema de alarma interior.

–Compraste ese cuadro… –dijo de manera casi incoherente.

–Como recordatorio de que las cosas no siempre son lo que parecen –repitió él. Después, como si hubiera notado que ella empezaba a comprender, le colocó un dedo sobre los labios–: no hables. Solo entrégate al momento.

Entonces la rodeó con sus brazos y con su boca le acarició el cuello y después con un movimiento erótico se acercó al lóbulo de la oreja.

–Siempre te ha gustado esto, ¿verdad?

El gruñido de placer que a ella se le escapó fue la confirmación que él necesitaba para tomarla en sus brazos y llevarla a la habitación de al lado.

Se trataba de un dormitorio muy masculino con una gran cama de caoba. Las ventanas estaban abiertas a la calidez de la primavera y por ellas penetraba el suave aroma de las madreselvas.

Su cuerpo abandonado se hundió en el suave edredón de plumas cuando él la depositó sobre la cama y le quitó los últimos vestigios de ropa interior.

–Tan perfecta como siempre –dijo él, acariciando con su oscura mirada la piel de su cuerpo–. Los años te han tratado muy bien, Caro.

La suavidad de su voz le tocó en lo más profundo del corazón. De manera instintiva, alzó las manos hacia él para acercarlo, para hacer desaparecer lo que le estaba haciendo daño. Pero él se enderezó.

–Espera.

Y empezó a desabotonarse la camisa y, después, se quitó los elegantes pantalones, echando el carísimo vestuario a un lado, como si de basura se tratara.

Su cuerpo delgado y musculoso había madurado de manera espectacular: sus hombros eran más anchos y fuertes y su pecho estaba cubierto de vello negro. Pero seguía sin tener ni un kilo de más bajo la piel color aceituna que brillaba con salud y vitalidad.

Estaba totalmente excitado y se le veía magnifico.

Caroline respiró con dificultad y ansiedad por lo inevitable.

Él se tumbó sobre ella y deslizó su mano sobre el ardiente monte donde latía el doloroso deseo de ella. Ella buscó en su cara al amante que ya tuvo, deseando encontrarlo de nuevo, deseando escuchar palabras de amor. El deseo era tan intenso que todo su cuerpo vibró por la expectación y la sangre se incendió en sus venas.

Pero cuando los gentiles dedos de él alcanzaron su interior, justo antes de que sus labios se unieran en un apasionante beso él murmuró:

–Me deseas, y yo lo necesito. Necesito, por fin, probarme a mí mismo que lo que fuiste para mí estaba solo en mi mente. Que no eres diferente de cualquier otra mujer.

Caroline debía haberse quedado dormida. La manera espectacular en la que habían hecho el amor unido al hecho de haberse pasado casi toda la noche anterior en vela la había dejado exhausta. Se esforzó en despertarse bajo el suave y cálido edredón. La luz del atardecer llenó la habitación y descubrió que estaba sola.

Por supuesto que estaba sola. Las lágrimas se apretaron en sus ojos y le atenazaron la garganta. Ben la había conquistado para utilizarla de manera calculadora. Así de simple y de cruel.

Cuando le dijo exactamente cómo y por qué la estaba utilizando ella estaba demasiado embriagada por el delirio sexual para hacer lo apropiado: abofetear su atractiva y arrogante cara y largarse de allí.

Las lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas. Los dos eran culpables. Él por haberla utilizado de una manera tan fría y despiadada, y ella por permitirlo.

Pero él no se había mostrado muy frío. El calor de la pasión lo había arrastrado y ella… ella había estado incandescente.

Enfadada, se limpió las lágrimas de la cara de un manotazo y saltó de la cama. Agarró su ropa interior, se dirigió al salón para recoger el resto de su vestuario y se lo puso de cualquier manera. No tenía miedo de que Ben apareciera, él había obtenido lo que quería de ella y probablemente no querría volver a verla, pero quería marcharse de aquella casa donde solo había sufrido, y ahora más que nunca, desdichas.

Ya era demasiado tarde para volver a Londres. Además, se sentía emocionalmente destrozada.

Al día siguiente, se sentiría mejor. Esa misma noche haría la maleta y por la mañana temprano llamaría a un taxi para que la llevara a Shrewsbury para tomar el tren de Londres.

Ben no se quejaría a su jefe, pensó ella con cinismo. Ella había satisfecho esas necesidades de las que había hablado y estaría más que feliz de verla marcharse.

Fuera, el aire era más frío de lo que se había imaginado; pero no iba a volver para tomar una chaqueta, no, cuando se arriesgaba a encontrarse con él. El infierno se helaría antes de que ella pudiera hacer frente a su mirada sin llorar de vergüenza.

Sin pensarlo, con la mente programada, Caroline rodeó la propiedad, cruzó el huerto de la cocina y se dirigió hacia el camino que había tras la puerta de madera del muro trasero. La hierba era fresca bajo sus pies y, pronto, se encontró bajo el dosel de árboles que bordeaban el río.

El sonido del agua que corría por el lecho pedregoso del arroyo la tranquilizó un poco, y la caricia de los helechos al pasar entre ellos y el grito de una lechuza lejana la ayudaron a relajar la tensión de los hombros.

Se frotó los brazos para entrar un poco en calor, la suavidad de su camisa de seda le ofrecía muy poca protección frente al aire fresco de la noche.

Entonces lo vio a él y se quedó sin respiración. Se dio cuenta de que se había dirigido, de manera instintiva, al sitio que tantas veces habían visitado en el pasado: su lugar secreto. Un rincón mágico donde su amor se había consumado, donde los sueños habían nacido y se habían hecho realidad. Sueños que después se convirtieron en una pesadilla de traición y decepción.

¿Cómo podía haber sido tan descuidada? Y, lo que era más importante, ¿qué hacia él allí?

Ben le estaba dando la espalda, de pie junto a la orilla del riachuelo, concentrado en las oscuras aguas serpenteantes. Caroline se dio la vuelta para volver sobre sus pasos, pero él ya la había oído.

Entonces, pronunció su nombre.

El sonido de su voz la sorprendió. De repente, sus pies parecían haber echado raíces y se negaban a moverse. Escuchó cómo se acercaba a ella.

–No te vayas –dijo él de manera extraña, como si algo le hubiera arrancado su fuerza vital–. Tengo que hablar contigo.

Caroline no quería escuchar lo que tenía que decirle, fuera lo que fuera. La había rechazado por completo y la había hecho sentir tanta vergüenza de sí misma…

Haciendo acopio de la poca dignidad que le quedaba logró decir:

–Voy a volver. Se está haciendo muy de noche y tengo frío.

–Entonces, volveré contigo –dijo él con firmeza y la agarró de un brazo. El calor de la fuerza de su mano le produjo chispas por todo el cuerpo. Su oscura mirada buscó la de ella. A pesar de la poca luz,

ella pudo ver su sonrisa.

–Tienes la camisa mal abrochada y el pelo totalmente alborotado. Me recuerdas a la joven salvaje que yo conocía. Toma –dijo quitándose su chaqueta de cuero y colocándosela sobre los hombros de ella.

El calor viril que se había almacenado en el interior de la prenda casi la hace desvanecer, pero no tanto como la repentina y sorprendente aceptación de que, independientemente de lo que hubiera sido o de lo que fuera, todavía lo amaba.

El estómago le dio un vuelco. Pero él no la amaba a ella. Nunca lo había hecho, el sexo había sido fantástico, eso había sido todo.

Esa misma tarde, había admitido que su necesidad de establecer una relación con otra mujer había sido imposible por el recuerdo de su tempestuosa y perfecta manera de hacer el amor.

Eso podía entenderlo, estaba de acuerdo con él. Los recuerdos podían ser peligrosos, podían distorsionar las cosas. Así que le había hecho el amor, la había utilizado para convencerse a sí mismo de que era una mujer más, igual que cualquier otra.

Ella le había dado la libertad, libertad para hacer lo que le había dicho que deseaba: comprometerse con una mujer especial, casarse y tener hijos. ¿Explicaba eso su actitud amable, que estuviera cuidando de ella mientras caminaban por la oscuridad? Con resignación, imaginó que así debía ser.

Al salir de entre los árboles, tropezó con una raíz y se habría caído si el brazo que la rodeaba no la hubiera agarrado con más fuerza, apretándola contra su cuerpo.

Pudo escuchar el sonido de su respiración y sentir los fuertes latidos de su corazón. Inmediatamente sintió el halo de masculinidad de su cuerpo y se separó a toda prisa. Sería muy fácil dejarse llevar por la corriente y tomar lo que pudiera de él, pero era muy peligroso para la paz de su mente. Lo que había ocurrido aquella tarde no debía volver a repetirse.

Al llegar al claro, la luz procedente de billones de estrellas alumbró sus pasos e hizo que la ayuda de él fuera innecesaria, redundante. Ella echó de menos el contacto de su brazo, pero sabía que no debía.

El silencio que mantuvo durante todo el camino, a pesar de haberle dicho que necesitaba hablar con ella, había sido como un

dolor insoportable.

Se marcharía a la mañana siguiente, se recordó a sí misma, por lo que quizá esa fuera la última vez que se vieran. Ponerse a recriminarle su comportamiento, del pasado o del presente, no le conduciría a nada por lo que pensó que era mejor decirle lo que admiraba de él.

Caroline esperó mientras él cerraba la puerta y encendía las luces y con una tristeza dolorosa robándole la voz le dijo:

–Linda me ha dicho lo que vas a hacer con esta casa. Creo que ayudar a niños provenientes de lugares marginados es algo maravilloso…

–¿En serio piensas eso?

Los ojos que se fijaron en su boca eran desdeñosos. Obviamente, no estaba interesado en cumplidos, al menos, no si provenían de ella.

–Es irónico, ¿verdad? He salvado tu honorable casa de que cayera en la más absoluta miseria para llenarla de jóvenes gamberros provenientes de barrios marginados. Tu padre se revolvería en su tumba si supiera que su preciosa hija tendría que hacer frente a semejante situación. ¿Sabías que en el pueblo te llamaban Princesa Caroline? Encerrada en tu torre de marfil, demasiado buena para mezclarte con los demás.

Ese claro antagonismo casi le rompe el corazón, especialmente después de haber reconocido lo que llevaba oculto en ella tanto tiempo: que nunca iba a poder amar a otro hombre tanto como lo amaba a él.

Se sentía desdichada y enfadada al mismo tiempo por lo que el destino le había deparado y su voz sonó pastosa al responder:

–Por supuesto que lo sabía. Era injusto y me dolía. Pero por lo que respecta a mi padre, se supone que yo nunca iba a volver aquí. Me echó de casa y me desheredó cuando me negué a acatar sus planes y comprometerme con Jeremy.

Vio como él entrecerraba los ojos.

–¿Es eso cierto? Tu padre dijo que el compromiso estaba arreglado para cuando cumplieras los dieciocho años y después os casarías en primavera.

–¿En serio?

No podía culpar a su padre. Solo había estado diciendo lo que él

creía que era la verdad. Por supuesto, pensaba que podría obligarla como siempre lo había hecho. Pero sí podía culpar a Ben por tomar las palabras de su padre como ciertas y decidir que ella lo estaba utilizando.

–¿Cuándo tuvo lugar aquella conversación? –preguntó ella con amargura–. ¿Cuando te ofreció dinero para que te esfumaras?

–Sí.

La contundente afirmación la perturbó. Qué estúpida había sido al esperar que él negara haber aceptado ese dinero, al desear que su traición no hubiese sido tan flagrante y cruel como ella había creído y que su padre le hubiera mentido.

Con los hombros abatidos, se quitó la chaqueta y la dejó caer en el suelo. Se sentía tan cansada y vacía que tenía que hacer un gran esfuerzo para mantenerse de pie. La cama, dormir. Eso era lo que necesitaba. Al día siguiente, se podría marchar y dejaría atrás los traumáticos sucesos de ese día.

Al dar un paso inseguro hacia las escaleras que conducían al piso superior le oyó decir:

–Lo que sucedió esta tarde también fue una conmoción para mí. Me imagino que estoy empezando a recuperarme. No te vayas –dijo cuando ella dio otro paso alejándose de él–. Escucha lo que tengo que decirte. Quiero que te olvides del pasado. Quiero que te cases conmigo.

Capítulo 7

Caroline se giró con rapidez. Demasiado rápido. Sintió que la cabeza le daba vueltas y se habría caído si Ben no la hubiera agarrado, rodeándola con un brazo y acercándola hacia el ancho y duro muro de su pecho.

Esa repentina proposición era la última cosa que ella hubiera imaginado. Si estuviera tan loca como para aceptar, tendría que hacer frente a otras implicaciones que no sabía si podría manejar.

Hubo un tiempo en que casarse con Ben Dexter había sido uno de sus sueños más románticos, pero ya no. Ahora ni se lo planteaba. Sus hombros se sacudieron por los nervios y las lágrimas repentinas, humillantes e imparables empaparon la camiseta del hombre.

–No llores –dijo él tranquilizador–. Por favor, no. No debería habértelo dicho de esa manera tan repentina.

Con unas manos fuertes la sujetó por los hombros y la separó un poco de él. Con sus dedos, limpió las lágrimas de sus mejillas y sus ojos oscuros recorrieron sus facciones atormentadas.

–No espero una respuesta inmediata, Caro. Necesitas tiempo para pensártelo. Yo llevo rumiándolo desde que te quedaste dormida en mis brazos, por lo que te llevo ventaja.

Ben depositó un suave beso en los labios temblorosos de ella. Con una sonrisa la rodeó con los dos brazos por la cintura y añadió:

–Nos sentiremos mucho mejor cuando comamos. Voy a meter algo en el horno mientras tú eliges el vino.

Resistiéndose al enorme deseo de ponerse a gritar histérica, Caroline tomó aire.

–No me puedo casar contigo, lo sabes muy bien. Fue una locura pedírmelo.

Ella estaba totalmente confundida y molesta. Desde que había vuelto a Langley Hayes parecía haber perdido el norte. De una manera u otra tenía que recuperarlo.

–¿Por qué? –preguntó él.

–Porque –comenzó a decir ella con determinación al hombre que

su estúpido corazón amaba– lo que sientes por mí es simple deseo, por no mencionar el desprecio… Un matrimonio entre nosotros nunca podría funcionar.

–¿Desprecio? Sí, quizá hubiera algo de eso –admitió él con suavidad después de una breve pausa–. Durante mucho tiempo he creído que te ibas a casar con la fortuna de los Curtis mientras tenías una aventura amorosa conmigo. Y resulta difícil desembarazarse de esa convicción. En aquel tiempo quise preguntarte si era verdad lo de Curtis, pero cuando volví al pueblo me encontré con tu carta en la que me decías que lo nuestro se había acabado, que no querías volver a verme. Por lo que a mí concernía, esas palabras confirmaban todo lo que tu padre me había dicho.

Caminó hacia ella despacio, con las manos metidas en los bolsillos y los ojos oscuros malhumorados.

–Tenía que saberlo, no había elección. Ahora sé que debía haberte hablado de mis planes, explicarte por qué desaparecía durante días, pero no estaba seguro de que el asunto fuera a funcionar. Me imagino que estaba equivocado, pero quería presentarte un éxito tangible, no un sueño. Durante más de un año, Jim Mays, un viejo amigo del norte, y yo habíamos intentado meternos en el negocio de los programas de ordenador. Nos encontrábamos de vez en cuando para desarrollar ideas. Ese día, después del desastroso encuentro con tu padre, Jim me llamó y me dijo que teníamos que ir de inmediato a Londres. Había encontrado a un posible inversor, pero solo estaría a nuestra disposición durante un par de horas ese mismo día. Todo el tiempo que duraron las negociaciones yo estaba desesperado por volver, necesitaba hablar contigo y saber la verdad de tu boca. Cuando volví, mi madre me dio tu carta en la que me rechazabas y desde entonces he pensado que eras una zorra. Ahora, prefiero creer tu versión de los hechos, que tu padre te echó porque te negaste a casarte. Así que olvidemos el tema del desprecio, Caro, ya no existe. Por lo que se refiere al deseo… ¿qué tiene de malo? Es la forma que tiene la naturaleza de asegurarse la supervivencia de las especies. De acuerdo, admito que te traje con falsos pretextos. Quería probarme a mí mismo que no eras nada especial y lo único que he conseguido comprobar es que eres muy, muy especial. Juntos somos como

dinamita; ninguna otra mujer se parece a ti, ni de lejos. Eres como una droga, como el hambre – su voz se espesó–. Y creo que tú sientes lo mismo. Lo nuestro no acabó, Caro; ha durado doce años.

Sus palabras la hechizaron, la maravillaron y la aterraron. Podría olvidar tan fácilmente el sentido común y ceder a la necesidad de casarse con el hombre al que amaba.

Caroline se llevó las manos a las sienes en un gesto de desesperación. El matrimonio duraría muy poco. No podría ser de otra manera cuando sus únicas motivaciones eran el deseo y el recuerdo de un verano mágico.

La verdad… él había querido descubrir la verdad. Pero eso solo confirmaba su engaño; había vuelto a pesar del dinero que le había dado su padre para que permaneciera lejos.

Ella movió la cabeza de manera inconsciente.

–El sexo no lo es todo, por muy bueno que sea. De acuerdo, admito que lo que tuvimos fue tan fantástico que no he podido encontrar a ningún hombre que estuviera a la altura de las circunstancias. Pero el fondo de la cuestión es que tú nos engañaste a todos: a mi padre, a Maggie Pope, a mí. La gente no cambia, no en algo tan básico. Siempre estaría esperando que volviera a suceder.

Y cuando eso sucediera ella quedaría destrozada.

El reloj de la entrada dio la hora: nueve sonoras campanadas.

–¿De qué diablos estás hablando? –preguntó enfadado y, a continuación, profirió un juramento.

Entonces, sonó el timbre de la puerta.

–Espera, me desharé de quienquiera que sea y después puedes explicarme lo que has querido decir.

Caroline se dio cuenta de su caminar irritado e impaciente mientras se dirigía a abrir la puerta.

Ben era la única persona a la que había querido. El fuego de aquella pasión de juventud había arruinado su vida emocional durante años y, según parecía, también, la de él. Teniendo eso en cuenta, podía entender, y casi perdonar, que la hubiera querido utilizar para sacarla de su vida.

Pero eso no había sucedido, ¿verdad? Al hacer el amor esa misma tarde habían descubierto que era mejor de lo que lo recordaban, más caliente y profundo, más dulce y embriagador.

Por eso, ella estaba ardiendo con llamas de excitación prohibida;

pero sabía muy bien que aceptar su proposición sería un suicidio emocional. Quizá, cuando él lograra deshacerse de la persona que había llamado, pudieran aclarar las cosas.

Si él le dijera que se arrepentía profundamente de su comportamiento con Maggie y que le iba a dar a ella y a la hija que había tenido apoyo económico…

Si le dijera que había tenido la intención de devolver a su padre todo el dinero que le había dado…

Ben seguía en la puerta cuando le oyó decir con educación:

–Por supuesto que no es una molestia. Ella está aquí mismo. Por favor, pase.

Por la puerta apareció Dorothy Skeet. Los años la habían hecho más corpulenta y su pelo rubio estaba salpicado de canas.

–He oído que estabas aquí, Caroline, pero no sabía cuánto tiempo te ibas a quedar. Sé que es un poco tarde, pero quería verte…

El corazón de Caroline dio un salto. De forma extraña al principio, pero, con más seguridad después, cruzó la entrada para abrazar a la mujer. En su garganta se apelmazaron las lágrimas que amenazaron con salir a la superficie. La única amabilidad que había conocido en aquella casa había provenido de ella.

–¿Por qué no se une a nosotros? –preguntó Ben rompiendo el silencio cargado de emociones–. Ahora mismo íbamos a prepararnos la cena.

–Oh, no podría. Quiero decir, acabo de tomar un té –anunció ella con la cara roja–. No quería molestar, solo vine a entregarte las cosas de tu padre.

La mujer estaba claramente incómoda y Caroline no sabía qué decir para hacer que se sintiera más cómoda. Fue Ben el que llegó a rescatarla y con una sonrisa irresistible sugirió:

–Entonces, siéntese con nosotros mientras comemos. Tome una copa de vino, o una taza de café si lo prefiere, y cuéntenos los cotilleos del pueblo. Sé que Caro quiere ponerse al día de todo lo que ha pasado en estos últimos años.

Eso era una novedad para ella, pero la historia estaba dando resultado: los ojos de Dorothy parecieron animarse un poco con la idea.

El ama de llaves tenía un apetito incorregible de cotilleos y

Caroline se preguntaba si habría sido ella la persona que había informado a su padre de su aventura secreta con Ben. Eso explicaría por qué se había mostrado tan incómoda al encontrarlos a los dos juntos.

Caroline los siguió a la cocina y rechazó aquel pensamiento. Ya no importaba. Era mejor dejar el pasado enterrado. Si su padre no se hubiera enterado de lo que estaba sucediendo, Ben y ella se habrían casado y el resultado habría sido el mismo: su relación se habría roto y la desilusión la habría embargado al enterarse de que él había abandonado a una mujer y a su hija pequeña.

Ese recuerdo era algo que tenía que mantener muy presente. Eso la ayudaría en su resolución de rechazar esa increíble proposición de matrimonio y no ceder a la debilidad que sentía por aquel monstruo mentiroso.

¿Cómo podría contemplar la posibilidad de casarse con él? ¿Con un hombre cuyo único interés en ella era el deseo que había sobrevivido al paso de los años?

A pesar de sus pensamientos angustiosos, era difícil permanecer triste mientras Dorothy, entre sorbo y sorbo de chocolate caliente, les relataba los últimos acontecimientos del pueblo. Algunos eran divertidos y otros calumniosos.

–No te creas la mitad de las cosas –le dijo Ben sonriendo mientras rellenaba los vasos de vino–. Cada vez que se cuenta una historia, esta va adquiriendo una dimensión nueva.

–Es verdad –respondió ella sonriéndole por encima del borde del vaso.

La comida sencilla, el vino delicioso, las risas y las muecas cómicas de Ben a los comentarios más malvados de Dorothy relajaron la situación.

La mujer tomó un bulto de su bolso envuelto en un pañuelo y se lo entregó a Caroline. Contenía las pocas cosas personales de su padre. El reloj de plata que siempre había llevado en el chaleco junto a la cadena. Un sello de oro con un ónice que había heredado de su padre y dos plumas. No era demasiado para una vida de setenta años.

El sentimiento de pérdida fue grande cuando volvió a envolverlo todo y se lo entregó a Dorothy.

–Sé que a mi padre le hubiera gustado que te lo quedaras –dijo

con amabilidad.

Dorothy había sido la compañera de cama de su padre durante muchos años. Por el lado de ella, había sido amor, por la de él, un sencillo, y probablemente inexpresado, afecto. Al ver la duda en su mirada, insistió:

–Te apreciaba mucho, estaba más cercano a ti que a mí. De hecho… –su voz se desvaneció, pero ella se obligó a hablar–. De hecho yo no le gustaba nada. Sé que preferiría que lo tuvieras tú.

Escuchó la respiración de Ben durante el momento que siguió. El silencio era tan espeso que se podía cortar. Aunque pareciera extraño, porque debería ser al contrario, la presencia de él la animó a continuar.

–A cambió podrías decirme por qué… por qué nunca soportó mi presencia. Me imagino que a través de los años tendrás alguna pista. Quizás… –añadió después de tomar aliento, sintiendo la mirada compasiva de Ben– quizás si lo supiera, podría perdonarlo.

Los ojos de la mujer también mostraron lástima mientras sus dedos apretaban el paquete.

–Él tenía los labios sellados en cuanto a los sentimientos pero sé que adoraba a tu madre. Cualquiera que los hubiera visto juntos lo habría sabido. Adoraba el suelo por donde ella pisaba. Cuando se quedó embarazada, tu padre tuvo sentimientos encontrados. No quería que nadie, ni siquiera su propia hija, le quitara su total atención. La quería toda para él.

Caroline entrecerró los ojos. ¿La habría amado de una manera tan obsesiva? Cuando recordó las cartas que había encontrado en el desván, reconoció que así debía haber sido. Había amado a su esposa tan profundamente como había detestado a su única hija.

Con los ojos empañados de lágrimas, Caroline añadió con una voz apenas audible:

–Y ella murió cuando yo era muy pequeña…

Eso era todo lo que ella sabía. Su padre nunca le había hablado de su madre. Aunque, en realidad, apenas le había hablado de nada, aparte de las órdenes o las reprimendas.

–Murió una hora más tarde de que tú nacieras –le informó Dorothy, moviendo la cabeza–. Todo el mundo habló de ello. Una tragedia. Tú llegaste con tres semanas de antelación a principios de noviembre. Durante la noche, había caído una inesperada tormenta

de nieve. Terrible. Tu padre no podía sacarla de allí y nadie podía llegar. El parto fue muy rápido y tu madre tuvo grandes hemorragias. Cuando el helicóptero de urgencias llegó, ya era demasiado tarde. Cuando a mí me dieron el trabajo de ama de llaves, vi cómo te trataba tu padre y pensé que odiaba que tú hubieras sobrevivido mientras ella había muerto. Después, creciste siendo su viva imagen, pero no eras ella.

–Así que no podía soportar tenerme cerca –dijo Caroline–. Me culpaba a mí.

–Yo tenía muy buena opinión de él, tú lo sabes, pero le hice saber que te estaba tratando mal. Él me dijo que me metiera en mis asuntos. No era culpa tuya –concedió Dorothy–. Tú no habías pedido que te trajeran al mundo. Se lo dije, más de una vez. Después, con el tiempo, empezó a suavizarse un poco, pero ya era demasiado tarde. Tú te habías convertido en una jovencita difícil y desafiante. Una pena, de verdad –lentamente se puso de pie–. Ahora tengo que marcharme, pero me alegro de haber hablado contigo.

–Yo la llevaré.

Cuando Ben se ofreció para acompañarla, Caroline fue consciente de que sus ojos la acariciaban, consiguiendo quemarla allá donde posaba la mirada. Cuando estuvieron juntos, hacía tantos años, él había sabido que su padre y ella no se llevaban bien, pero nunca supo hasta dónde llegaba el antagonismo. A ella nunca le había gustado hablar sobre su vida infeliz en aquella casa, solo le interesaba el futuro que planeaban juntos.

–No hace falta –afirmó Dorothy–, he venido en mi coche.

–Entonces, la acompañaré hasta la puerta.

A Caroline se le escapó un quejido, en ese instante no quería la compasión de Ben, ni su compañía. Quería estar a solas para entender qué habían hecho su padre y ella con su relación. Para llorar por el último encuentro, cuando le había gritado que prefería morirse a hacer lo que él quería y que no le importaba que la echara de casa porque ella no quería tener que ver nada con él.

Tenía diecisiete años, a punto de cumplir los dieciocho, y el corazón roto por la traición de su amante. No había tenido el ánimo para decirle con calma que no se casaría con la fortuna de los Curtis porque no quería a Jeremy, ni nunca lo querría. Estaba demasiado dolida para considerar el posible daño que le estaba haciendo a su

padre al decirle que lo odiaba, que siempre lo había hecho.

Ya era demasiado tarde para retractarse de sus palabras, para decirle que lo perdonaba por no haber sabido quererla como un padre porque, al fin, había entendido el motivo de su resentimiento.

Los hombros le temblaron al ocultar la cara entre las manos, el llanto era incontenible. Solo al sentir la suave caricia de la mano de Ben sobre su cabeza, consiguió recobrar la compostura.

–No llores –le dijo él con suavidad, tomándola por los codos para ponerla de pie y abrazarla.

–Esta noche te has enterado de algo que no sabías y es normal que te haya afectado. Pero tu padre te trató de una manera espantosa y no se merece que sufras por él. Estaba obsesionado con los recuerdos de su único gran amor y eso puedo entenderlo, pero no, el trato que le dio a una niña inocente. Si los dos os pasasteis los últimos años de su vida peleados, no fue culpa tuya.

Caroline movió la cabeza enmudecida. Con la respiración entrecortada, se sujetó a los hombros de Ben con fuerza como si así pudiera tomar fortaleza de la cálida solidez de su musculatura. La compasión y el cariño de sus preciosos ojos negros y la expresión de ternura de su boca la hicieron temblar. Se dejó arrastrar al pasado cuando él era no solo su primer y devastador amante, sino también su mejor amigo, la roca a la que se hubiera agarrado en cualquier naufragio.

–No – consiguió decir con los labios entreabiertos–. Cuando era pequeña lo que más deseaba en el mundo era que él me quisiera. Pero sabía que no me quería. A veces lo veía mirarme como si me odiara. Pensaba que era culpa mía, que debía tener algo horrible.

Ella movió la cabeza silenciándolo cuando notó que él iba a decir algo.

–Dorothy tenía razón en dos aspectos. Una vez, cuando volví a casa de vacaciones, él intentó un acercamiento. Se interesó por mí, me preguntó por los amigos que había hecho, por los libros que había leído. Pero ya era demasiado tarde. Ya era una jovencita de quince años, acostumbrada a que me apartara de su vista, a que me ignorara. Yo me di cuenta, pero no le dejé acercarse. Levanté mi orgullosa nariz y salí de la habitación diciéndole que no lo necesitaba, que no necesitaba a nadie. Ese fue el fin de cualquier esperanza. Ahora me arrepiento.

Su cuerpo se tensó contra el de ella.

–Esa reacción fue la más normal dadas las circunstancias. No tienes que arrepentirte. De lo único que tienes que arrepentirte es de que su trato te hiciera temer o ser incapaz de comprometerte.

Él no entendía nada, pensó fatigada. Ella se habría comprometido con él para el resto de su vida si las cosas no hubieran salido tan mal, si él no la hubiera engañado. Pero, en ese momento, estaba demasiado agotada para hablar del tema.

Apoyó la cabeza en su pecho. Lo único que quería era dormir para olvidarse de todo, para librar a su mente de los arrepentimientos tan dolorosos, de la confusión de su corazón y de su cuerpo que necesitaba a ese hombre con ferocidad, mientras su razón le decía que no podía confiar en él.

–Estás emocionalmente exhausta, cariño –murmuró él con suavidad–. Ya hablaremos por la mañana. Ahora mismo, lo que necesitas es dormir.

Caroline solo atinó a asentir con la cabeza agradecida y alejó de su mente la voz de queja que surgió cuando él la tomó en brazos y se la llevó a su dormitorio.

Capítulo 8

La cama todavía estaba deshecha de su unión salvaje. Algo eléctrico le recorrió todo el cuerpo.

¿Por qué la habría llevado allí en lugar de acercarla a su propia habitación? Estúpida pregunta; sin duda, pretendía aprovecharse de ella mientras estaba tan exhausta.

Un suave quejido se escapó de sus labios cuando él la dejó en el suelo. ¿A quién pretendía engañar?, se preguntó Caroline. Había una debilidad fatal en ella, una profunda necesidad que hacía que la razón y el orgullo se desvanecieran. Si él permanecía tan cerca de ella, aunque solo fuera un instante más, sería ella la que se aprovecharía de él.

Ya estaba sintiendo un calor sexual entre los muslos y algo se le atravesó en la garganta cuando al levantar las pestañas y recorrer las atractivas facciones de su rostro, se encontró con la intensidad de aquellos ojos oscuros de gitano.

Caroline tembló de manera convulsiva cuando una oleada de deseo la invadió. Necesitaba sentir esa boca sensual junto a la suya, sentir su orgullo masculino dentro de ella. Era una necesidad tan urgente que arrasaba sus caóticos sentidos…

Extendió una mano para tocarlo pero…

–Hoy te saltarás la ducha, lo que necesitas es dormir.

Su voz cariñosa hizo que los ojos se le llenaran de lágrimas, mortificándola. Ella que nunca lloraba, durante las últimas horas había derramado suficientes lágrimas como para flotar un barco de guerra.

Pero no tenían nada que ver con el trauma de saber por qué a su padre le mortificaba su existencia, nada que ver con los dolorosos recuerdos de su último encuentro; el único motivo para su llanto era la compasión de Ben. Siempre había cuidado de ella durante su idilio amoroso. Su interés había sido una de las cosas por las que lo había amado tanto.

Con todo, eso no congeniaba con la manera en la que se había

lavado las manos de cualquier responsabilidad hacia Maggie Pope y su hija…

No pudo evitar un sollozo cuando él comenzó a desvestirla, quitándole la blusa y después desabrochándole los pantalones de lino, con los dorsos de sus manos acariciándole la tripa. Contuvo la respiración con fuerza y los músculos del estómago se le tensaron cuando él le deslizó la prenda por las caderas. ¿Sabía lo que estaba haciendo?, ¿el efecto que estaba produciendo en ella? ¿Sabría que tenía cada músculo en tensión?, ¿que su corazón estaba latiendo salvajemente enviando ráfagas ardientes a cada centímetro de su cuerpo? ¿Habría notado que tenía los pechos hinchados y los pezones enhiestos, reclamando sus besos?

Cuando por fin se atrevió a mirarlo a la cara, descubrió que no estaba mostrando el más mínimo interés en el par de pechos que aparecían ante él al desabrocharle el sujetador. Dejó caer la fina prenda al suelo y después dirigió la atención hacia las braguitas. La suave eficacia de sus gestos la hacía arder de frustración.

¿Acaso era totalmente insensible a la gran excitación que ella sentía y a cuánto lo necesitaba? ¿Pensaría que estaba siendo amable al dejarla en ese estado?

Caroline creyó haber oído una respiración pesada al sujetarse a él mientras dejaba las braguitas en el suelo. Pero, después, estuvo segura de que debía habérselo imaginado cuando él, con toda la frescura del mundo, la hizo girar sobre sus talones.

–A la cama. No creo que te debas quedar sola esta noche. Yo estaré a tu lado si necesitas hablar o que alguien te abrace. Solo abrazarte, ¿de acuerdo, Caro?

Con un nudo en la garganta, se introdujo en la cama y sintió cómo él la arropaba con el edredón. Lo escuchó salir de la habitación y, después, abrir la ducha del baño. Se volvió para esconder su cara en la almohada y morderla. Fuerte.

Parecía que habían pasado horas cuando él se unió a ella, el tormento de esperarlo le había impedido dormir.

Él no dijo ni una palabra cuando salió del baño. Simplemente, atravesó la habitación, apagó la luz, y volvió al lado de la cama. Después, lo escuchó quitarse la ropa, sintió que el colchón se

hundía bajo su peso y se metía a su lado, con cuidado, para no molestarla.

¿Molestarla? ¡Ya estaba tan molesta que no podía ni respirar!

Él se colocó de espaldas a ella dejando un interminable vacío entre ellos.

–Abrázame, Ben. Por favor, abrázame –pidió ella con la voz pastosa sin poder evitarlo.

Sintió cómo él se tensaba, la oscuridad alrededor de ellos también se tensó durante un instante, después, él se giró y la tomó en sus brazos.

–Estoy aquí, cariño. ¿Quieres que hablemos?

Ben también estaba desnudo. La piel encendida de Caroline estaba junto a la de él, con la sangre a punto de estallarle en las venas. ¿Hablar? Tenían que hacerlo. Sobre Maggie, sobre su hija, sobre el dinero que había tomado de su padre. Pero no en ese momento.

Ahora lo quería a él. Solo a él. La perfección absoluta de su contacto.

–¡No! –exclamó con la voz ronca–. ¡Hazme el amor! ¡Te necesito!

Y apretó sus pechos contra el duro muro del torso de él. Lo rodeó con las piernas y se derritió con delirio al sentir su excitación instantánea contra su piel temblorosa.

–¡Ahora, Ben! ¡Ahora!

Lo escuchó suspirar profundamente y supo que el control que había estado manteniendo había estallado en mil pedazos. Por fin, la giró boca arriba y se subió a horcajadas sobre ella. Después, con una lentitud dolorosa, deslizó las manos por su cuerpo hasta que encontró su humedad secreta.

Caroline gimió en voz alta; sus habilidosos dedos la estaban llevando a un punto sin retorno. Cuando él reemplazó los dedos con la boca, el cuerpo de ella se arqueó y se contrajo y gritó su nombre mientras las olas de placer la convulsionaban, una y otra vez. Cuando la tempestad pasó, le tomó la cabeza entre las manos y, con la respiración entrecortada, se acercó a besarlo.

La respiración de él también era agitada cuando la atrajo hacia sí y entrelazó los dedos con los de ella.

–Eso ha sido para ti, cariño. Ahora vamos a hacerlo a mí

manera. Lentamente, muy, muy lentamente…

Cuando Caroline se despertó pensó que iba a tener vergüenza de su comportamiento, pero todo lo que sentía era una oleada gloriosa de felicidad y de dulzura; estaba realmente satisfecha.

Se estiró y desperezó, voluptuosamente.

–Igual que una gatita perezosa –dijo Ben con voz profunda y melosa.

Caroline abrió los ojos y su mirada violeta se encontró la de él. Estaba de pie al lado de ella, con el pelo húmedo de la ducha y un albornoz. Estaba espléndido. Las facciones de su cara se habían suavizado y su boca mostraba una curva muy apetecible.

Con el corazón henchido, ella se recostó sobre la almohada mientras él dejaba dos tazas de café sobre la mesilla y se sentaba a su lado.

–Este es el espectáculo por el que cualquier hombre mataría –comentó dulcemente, recorriendo su cuerpo desnudo con la mirada–: la perfección sobre su almohada.

Su sonrisa era tan sexy que le quitaba el aliento. Tampoco pudo respirar cuando él inclinó su cabeza y besó cada uno de sus pezones. A continuación, poseyó sus labios entreabiertos con una intimidad que le anuló el pensamiento.

Las manos de ella volaron a su cabeza, entrelazando los dedos en su melena negra, y la lengua de él repitió las devastadoras actividades de la noche. El cuerpo de ella respondió de manera inmediata y ardiente. Pero él se separó y tomó las manos de ella entre las suyas.

–Tengo una oferta que hacerte.

Ella tomó aliento. Había dicho una oferta, no una proposición, ¡gracias a Dios! No quería tener que pensar en la proposición de la noche anterior.

La verdad era que no quería tener que pensar en nada. El centro del universo, durante esos preciosos instantes, eran ese hombre y el amor que sentía por él.

–Vamos a tomarnos el día de hoy de vacaciones. No vamos a hablar ni a pensar en nada que no sea nosotros dos como somos ahora. Nada del pasado, ni del futuro. Ni mencionarlos.

Ella vio un pequeño brillo de incertidumbre en sus ojos y le dedicó una gloriosa sonrisa.

–Genial –le aseguró con un gruñido.

De hecho, no podía parecerle mejor. Así tendría otras veinticuatro horas mágicas donde la realidad no importaría, donde nada podría enturbiar la magia de dejarse arrastrar por el amor que sentía.

–Entonces –dijo él con la confianza recuperada y una preciosa sonrisa en su escultural boca– tomemos el café y, después, será un placer para mí ayudarte con la ducha.

Caroline pensó que nunca había tardado tanto en ducharse. La caricia de sus largos dedos por cada rincón de su cuerpo enjabonado se convirtió en una nueva experiencia erótica. El deseo le pidió que le hiciera lo mismo, que compartiera con él el intenso placer que estaba sintiendo. Cuando, por fin, la apoyó contra la pared de mármol, le entreabrió las piernas temblorosas y se lanzó de manera posesiva al interior de su suplicante cuerpo, ella supo que nunca podría experimentar una experiencia más dulce.

–No me sacio de ti –confesó él con la voz todavía ronca, mucho después de que sus gritos de pasión hubiesen sido acallados por el ruido del agua de la ducha–. Siempre fue así, ¿te acuerdas?

–No –le silenció ella, poniéndole la mano sobre la boca–. No tenemos que mencionar el pasado. Simplemente somos lo que somos ahora –le recordó, negándose a revivir el pasado porque también tendría que evocar lo malo.

–Somos geniales –sonrió él, mientras cerraba el grifo.

En eso estaba completamente de acuerdo, pensó mientras él la ayudaba a secarse con una toalla que olía a flores. Después, envuelta en su toalla, lo miró mientras él se secaba y bebió del esplendor de su físico masculino, construyendo un recuerdo para unirlo a todos los otros.

Como si hubiera notado la melancolía en su mirada, se acercó a ella y le acarició la cara con una mano.

–Sécate y vístete, cariño. No me ofrezco para hacerlo por ti porque si lo hiciera no desayunaríamos antes de la cena. ¿Te bastará café con tostadas o también quieres un huevo cocido?

–Solo tostadas –dijo ella superando el repentino nudo que se le había formado en la garganta.

¿Sería el vaho de la ducha o se le estarían llenando los ojos de lágrimas? El día se presentaba como un trozo robado al paraíso. No había sitio para el pasado ni para el futuro, ni para los arrepentimientos ni las lágrimas.

Caroline tomó una toalla de uno de los raíles del radiador y se la enrolló en la cabeza.

–Café con tostadas –repitió, intentando que su voz sonara alegre.

Él se dirigió al dormitorio satisfecho.

Caroline pensó que tenía que ponerse en contacto con su jefe, decirle que volvería por la mañana. Teniendo en cuenta el poco trabajo que había tenido que hacer, todos se preguntarían por qué había tardado tanto tiempo.

Inmediatamente, rechazó la idea; ya llamaría a primera hora de la mañana, antes de salir. Ese día era para ella. Y para Ben. Un día de toda una vida no era demasiado, ¿verdad?

Dejó la ropa que había utilizado el día anterior en la maleta y se puso ropa interior de seda limpia. Mientras se cepillaba el pelo, se preguntó qué se podía poner. No conocía los planes de Ben, pero no había nadie más en la casa. Los trabajadores habían quitado el andamio el día anterior y las obras del club de golf se estaban llevando a cabo al otro lado de la propiedad.

Solos los dos. Y se pusiera lo que se pusiera no lo llevaría durante mucho tiempo, de eso estaba segura. Su estómago se encogió con la idea y, sin quererlo, volvió a excitarse. Igual que en los viejos tiempos…

Al final se decidió por los vaqueros viejos que le había dejado Linda. Le quedaban muy anchos, pero se los sujetó con un cinturón. A continuación, se puso una camisa azul cielo de manga corta y se dejó el pelo suelto. Desde luego, no se parecía en nada a la mujer sofisticada que había llegado hacía unos días.

Le gustó lo que vio en el espejo. Se sentía más relajada de lo que se había sentido en muchos años y eso se notaba. Por eso no hizo falta que se pusiera el maquillaje de cada día.

El aroma de las tostadas y del café recién hecho le hicieron la

boca agua. Cuando llegó a la mesa que Ben había preparado, descubrió que también había zumo de naranja y miel.

–No recuerdo haber tomado jamás un desayuno tan enorme –confesó ella mientras aceptaba una segunda taza de café.

–Entonces podríamos dar un paseo para bajarlo –sugirió él, sonriendo.

–Buena idea.

Un rayo de primavera brilló en su pelo negro. Al acariciar su atractiva mejilla, el corazón se le encogió en el pecho: era tan guapísimo que a veces le dolía mirarlo. Su cuerpo se derritió cuando él se le acercó y la rodeó por la cintura. Cuando inclinó su cara hacia la de ella y sus labios cálidos se unieron, sintió que los pezones se le ponían duros. Él también debió notarlo porque, al instante, levantó las manos para acariciarlos.

–Entonces, vamos al bosque –murmuró él, rozándole los pezones con los pulgares–. A menos que tengas en mente otro tipo de ejercicio.

–Caminar –dijo ella atragantándose–, para empezar –añadió con una ligera sonrisa.

Siempre se habían encontrado en el bosque, disfrutando de su oscuro secreto, de su preciosa intimidad. El recordatorio puso un puñal de pena en su corazón. Pero no quería recordatorios, no en ese día. Solo tenían ese momento y no quería estropearlo con el pasado. No pensaría en eso. Ahora eran personas diferentes, lo único que tenía que hacer era pretender que se acababan de conocer y que acababan de enamorarse.

El día siguiente llegaría pronto y, entonces, no tendría más remedio que volver a la realidad.

–Bien –dijo él con un brillo malicioso en los ojos y la tomó de la mano.

Pasearon con las manos entrelazadas por el camino del bosque. El único sonido era el de sus pisadas, la música de los pájaros y el murmullo del arroyo.

Idílico, pensó Caroline. O al menos así debía haber sido. Pero no estaba funcionando. Cada paso que daban le traía recuerdos de aquel lejano verano cuando creyó que había conocido a su alma gemela. ¿Cómo iba a poder olvidarse de su terrible traición?

–Quiero enseñarte algo –dijo él cuando llegaron a un claro a

orillas del arroyo–. ¿Recuerdas la casa en ruinas donde vivía con mi madre?

Aparentemente, no se había dado cuenta de su mal talante porque caminaba delante de ella con una sonrisa iluminándole el rostro.

A ella no le quedó otra opción que seguirlo, con el corazón cada vez más triste al recordar aquel terrible día. Su padre le había pagado para que se marchara y Maggie Pope había confirmado que él era el padre del bebé que esperaba.

Escribió aquella carta por si era verdad que se había ido. Y no le había resultado muy difícil. Al contrario, había derramado en aquel papel todo su dolor y su amargura.

Por supuesto, él se había ido.

«No está aquí», le había dicho su madre con su mirada grave. Así que Caroline le entregó el sobre.

La casa había sido totalmente restaurada. Antes, apenas se podía habitar, ahora, los muros de piedra estaban firmes y el techo, completamente renovado.

–Bueno, ¿qué opinas? –preguntó Ben, volviéndose hacia ella, atrayéndola con un brazo.

Ya era demasiado para su precioso día, para continuar pretendiendo que no hubo pasado.

–¿Todavía vive aquí tu madre? –preguntó con un gesto serio mientras se separaba de él.

El huerto que una vez estuvo lleno de verduras se había convertido en una selva. Por supuesto que no estaba allí.

Había intentado bloquear los pensamientos de su traición, solo por ese día, pero ir allí lo había hecho imposible.

–Nunca le gusté.

–Tenía miedo de ti –comentó él, sacándose una llave del bolsillo de los vaqueros viejos que llevaba–. Sabía lo que yo sentía por ti y no dejaba de decirme que todo acabaría mal –añadió mientras abría la puerta de caoba cuidadosamente restaurada–. Siempre me decía que la hija del terrateniente no iba a quedarse con un gamberro del pueblo que tenía mala reputación y peores perspectivas. Ahora sé que no me dejaste por que te creyeras más que yo, Caro. Pero debido a tu educación eras incapaz de comprometerte. Eso lo entiendo ahora. Además, eras muy joven.

Él también era muy joven. Y tarde o temprano la hubiera abandonado igual que había hecho con la otra mujer. Más pronto que tarde, si su padre le hubiera pedido que le devolviera aquel dinero por no cumplir su parte del trato. Sin embargo, hablaba como si el no tuviera la culpa de nada de lo que había sucedido.

Ben le puso una mano bajo el codo, y al notar su resistencia le dijo:

–Mi madre vive ahora con una hermana en Derbyshire, en lo que solía ser la granja de la familia. Cuando vivíamos aquí, esta habitación estaba dividida. Ella dormía aquí y yo, en una habitación arriba, bajo un techo lleno de goteras. Este lugar era una pocilga; pero era lo único que nos podíamos permitir.

Ben la arrastró hacia el sofá que había bajo la ventana y ella se dejó llevar, demasiado desanimada para oponerse.

–Seguro que os llevaréis fenomenal cuando os conozcáis –le aseguró él–. La gente pensaba que ella era dura y antipática, pero solo era una fachada. Se hacía llamar señora Dexter, pero la verdad es que nunca estuvo casada. Mi padre trabajaba en una feria ambulante. Su hermana Jane y ella se escaparon un día cuando la feria llegó. Allí fue donde lo conoció. Una semana después, la feria se marchó a otro lugar y, a las pocas semanas, descubrió que estaba embarazada. Sus padres no la echaron de casa, pero le hicieron la vida imposible. Ella aguantó hasta que yo tuve dos años; para entonces ya había dejado de esperar que volviera la feria. Así que soltó sus cadenas y se marchó y desde entonces nos mantuvimos de los trabajos esporádicos que le iban saliendo.

Debió haber sido muy difícil para ellos, pensó Caroline. El padre de Ben había seducido a una chica joven y había desaparecido. Pero entonces, su padre no sabía que había tenido un hijo. No como él.

Ben lo sabía y, aun así, se había marchado.

Ella se sentía fatal. Qué estúpida había sido al pesar que podían compartir un día perfecto.

Los dedos de Ben apretaron los suyos y se puso de pie. Su sonrisa seguía siendo radiante y entusiasmada.

–Ven a ver el resto. Al principio la agrandé y restauré para mi madre, pero ella me dijo que prefería quedarse en el norte con Jane. Si quieres, puedo dejar mi habitación en la casa. Así habría más sitio para los jóvenes. Nosotros podíamos utilizar esta casa. Claro –

añadió con una sonrisa– si prefieres casarte, tener hijos y vivir en el campo a la vida de la ciudad. Podríamos vivir aquí y mantener mi piso en Londres para cuando nos apeteciera una dosis de luces brillantes. Es tu decisión, cariño.

Caroline, contuvo el aliento. Con esa luz y esa actitud tan relajada estaba totalmente irresistible. Un temblor la recorrió desde los pies a la cabeza: estaba dando por sentado que aceptaba su proposición de matrimonio.

Era una oferta tentadora, más tentadora de lo que se atrevía a admitir, pero ¿cómo iba a confiar en él? Antes lo había hecho y ¿dónde la había conducido esa confianza? Sería una estúpida si volviera a caer en la misma trampa.

–¿Cariño?

La manera en que la miró, tan profundamente como si quisiera leer su alma, la animó a hablar.

Caminó unos pasos, alejándose de él y se cruzó de brazos.

–No podemos separar el pasado del presente, pretender que nunca sucedió nada. Tú tampoco puedes. El hecho de que me hayas traído aquí y que me estés hablando como lo estás haciendo lo demuestra.

–Sé lo que dije –aseguró él con tono serio. Se acercó a ella entrecerrando los ojos y con la punta de un dedo le acarició la arruga que descubrió en su frente–. Estaba equivocado. No podemos olvidar lo que fuimos, lo que tuvimos, igual que no podemos ignorar el futuro. Y hoy, aquí y ahora, somos el puente que conecta los dos mundos.

Dejó caer la mano, pero sus ojos se mantuvieron fijos en los de ella.

Caroline tomó aliento y mantuvo la mirada.

No tenían ningún futuro juntos.

–Me lo he pensado –su voz decayó un poco bajo la presión de sus ojos–… tu propuesta, quiero decir. Ben, no puedo casarme contigo.

Capítulo 9

Durante unos segundos, Ben la miró con las facciones rígidas. –¿Entonces, qué es lo que pasó anoche? –preguntó con los labios apretados–. Y no nos olvidemos de esta mañana. ¿Solo fue sexo? ¿No estás acostumbrada a pasar sin él y me tenías a mí a mano?

–¡No!

La negación de Caroline estaba cargada de dolor. No podía permitir que pensara eso de ella; pero tampoco podía confesarle que todavía lo amaba. Si lo hiciera, él la presionaría para que se casara con él.

Era la hora de la verdad, de ser honestos, pero sin revelar la profundidad de sus sentimientos. Ella tembló de manera involuntaria pero su voz sonó firme:

–Cuando estamos juntos es como si nada más tuviera importancia, como si el resto del mundo no existiera. Siempre fue así para mí, lo admito. Y si pudiera hacer que siempre fuera así, créeme que lo haría.

Le dio la espalda porque no podía soportar ver sus ojos que la miraban como si fueran dos puñales. Y todavía sería peor cuando le explicara su posición. Ningún hombre que hubiera creado su propia fortuna, que hubiera construido su propio imperio y un nombre respetado internacionalmente, soportaría que le recordaran un pasado de engaños.

Con los ojos fijos en el jardín lleno de maleza, su corazón se sintió muy triste. Con trabajo duro y mucho cariño, podría convertirse en un lugar precioso. Pero, por supuesto, ella no sería la que hiciera la transformación.

Se pasó la lengua por los labios secos e intentó desembarazarse de la tensión de sus hombros.

–Después de la manera en que nos traicionaste a todos, nunca podría volver a confiar en ti. Sabes que te deseo y… –se tragó las palabras «te amo»– te encuentro atractivo, pero nunca podré volver a confiar en ti.

–Vaya, parece que volvemos a hablar de traición.

Caroline escuchó cómo se acercaban sus pisadas sobre la tarima de caoba. Se preguntó si la tocaría, pero no lo hizo.

–De eso me ibas a hablar, cuando llegó Dorothy Skeet –dijo con una firme determinación–. Así que, escúpelo.

–Mira, hace mucho tiempo de eso –empezó con voz cansada–. Tú eras joven y salvaje. Ahora eres doce años mayor, rico y respetado, pero la gente no cambia en lo básico.

–Ve al grano –le ordenó, con un dejo de amenaza en la voz.

Ella tomó aliento, preguntándose por qué tendría que ser tan cabezota, por qué tendría que ser tan especial ¿No podría al menos haberlo intentado? ¿Ser, al menos, todo lo feliz que habría podido mientras hubiera durado?

Pero la confianza era muy importante. Demasiado importante para no tenerla en cuenta.

Respiró hondo para relajar la tensión de todo su cuerpo. «Empieza por el principio», se dijo a sí misma, «por el pecado que ya ha confesado».

–Mi padre te pagó para que te marcharas. Según tú mismo admitiste, aceptaste el trato. Eso demuestra todo lo que yo significaba para ti. Además, incumpliste ese trato al volver para preguntarme si me iba a casar con Jeremy Curtis. Me imagino que tu ego no podía soportar la idea de que yo te hubiera usado como tú me usaste a mí. Eso demuestra una falta total de integridad.

Un silencio acompañado de una velada amenaza siguió a esa declaración. Caroline sintió que el vello se le erizaba en la nuca. Se volvió para mirarlo a la cara justo cuando él soltó:

–Tu padre me ofreció dinero, pero yo no lo acepté. Le dije lo que podía hacer con él. Así que no traicioné a nadie porque no acepté el trato. Si te dijo otra cosa, mintió. Igual que me mintió a mí, aparentemente, cuando me informó de que en unos meses ibas a anunciar tu compromiso.

Caroline cerró los ojos. El brillo acusador de los de él le hacía demasiado daño.

–¿Tan poca fe tenías en mí? –preguntó Ben–. Ya te he explicado por qué tuve que marcharme corriendo a Londres, que estaba deseando volver para que me contaras tu versión de los hechos. ¿No podías haber hecho tú lo mismo? ¿Esperar para ver qué tenía yo

que decir? ¿Por qué tuviste que creer el cuento de tu padre y escribirme una carta echándome de tu lado?

Puesto de aquella manera, él tenía toda la razón para estar tan enfadado, reconoció ella sintiéndose miserable.

Pero si la mencionada oferta de dinero hubiera sido la única cosa por la que se hubiera tenido que preocupar, entonces todo habría sido diferente. Ella le habría esperado para ver si volvía y le hubiera preguntado si lo que su padre le había dicho era verdad.

Pero eso no era todo.

–Hay otra cosa. Sé lo que le hiciste a Maggie Pope y a su hija –dijo con la voz entrecortada. El recuerdo de lo que había sucedido todavía tenía la fuerza de hacerle daño–. Cuando mi padre me lo dijo yo no quise creerlo, pero ella lo confirmó. La dejaste embarazada y te negaste a aceptar la responsabilidad. Te lavaste las manos y te volviste hacia tu próxima víctima: yo.

A Ben se le fue el color de la cara. La verdad dolía. Aunque pareciera extraño, ella quería tocarlo, hacer las paces con él. Se imaginaba que era el amor el causante de esa necesidad primaria de consolarlo. El amor lo perdonaba todo, reconoció ella con un temblor.

De manera instintiva, elevó una mano hacia su mejilla, pero él movió la cabeza y se dirigió hacia la puerta.

–Nunca he tocado a Maggie Pope –dijo con los labios apretados– y mucho menos, soy el padre de su hija. Tú eliges si me crees o no. Al final, todo se basa en la confianza, ¿verdad?

Sus pasos firmes sobre la tarima de madera fueron seguidos de un silencio tan intenso que le puso los nervios de punta.

Quería decirle que no le perdonaba lo que había hecho, pero que lo entendía. Él era joven, muy sensual y su padre le había dado un terrible ejemplo.

Quería suplicarle que no le mintiera, no, después de la pasión que habían compartido. Quería sugerirle que intentara enmendar el daño intentando conocer a su hija, ayudando a su manutención.

Quizá, de esa manera, ellos pudieran dejar el pasado atrás y seguir su camino juntos…

Apenas podía seguir los pasos de él.

–Ben, escúchame, por favor…

Pero él la acalló con un movimiento brusco de la mano y una mirada dura.

–Nunca te he mentido. Te sugiero que empieces a escuchar a tu corazón en lugar de a tu cerebro frío y lleno de prejuicios. Y mientras haces eso, puedes acabar tu trabajo aquí –instruyó con una sonrisa falta de humor–. Quizá no tengas tiempo, o no te apetezca, cuando haya acabado de discutir contigo.

Caroline se quedó helada por su tono dictatorial y lleno de desprecio. Le dolió su negativa a confiar en ella lo suficiente como para admitir que había mentido y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Ben se dio la vuelta y se alejó de ella, su paso era largo y firme al cruzar el patio trasero de Langley Hayes.

–¡Espera! –gritó ella con un tono tan dictatorial como el que él había utilizado.

Para su mortificación, él la ignoró y fue directo a su coche. Las ruedas chirriaron cuando él arrancó de manera veloz.

Caroline apretó los labios y entró en la casa. Ese hombre era imposible. ¿Sería tan orgulloso que no podía admitir que había hecho algo mal? ¿Tenía que seguir mintiendo al respecto?

¿Acaso la tomaba por una total estúpida?

Hacía doce años, Maggie Pope no podía estar mintiendo. La chica, solo unos cuantos meses mayor que ella misma, no tenía ninguna razón para mentir sobre la identidad del padre de su bebé.

El día perfecto que había planeado… que los dos habían planeado, se había convertido en una pesadilla sin retorno. Parecía que ya no quedaba nada de las maravillosas horas que habían pasado juntos.

Quizá eso fuera lo mejor, se consoló a sí misma. Si se enfadaba lo suficiente, probablemente el calor de ese sentimiento borraría el dolor frío de su corazón. Podían haber sido veinticuatro horas en el paraíso, pero habría sido un paraíso para ciegos estúpidos.

Al entrar en la casa, el teléfono estaba sonando. Al principio, pensó ignorarlo, pero, rápidamente, cambió de opinión. Podía ser uno de los contratistas que trabajaban para Ben y ella no iba a imitarle olvidándose de sus obligaciones.

Respondió a la llamada en la habitación que había sido el

estudio de su padre y tal era su lío emocional que necesitó varios segundos para reconocer a la persona que estaba hablando.

–¡Michael! –reconoció, por fin.

–El mismo que viste y calza. Escucha, Caroline. Estoy en Shrewsbury, viendo una casa en venta. Si ya has acabado con tu trabajo, podrías volver a Londres conmigo. ¿Quieres?

Ya no tenía ninguna excusa para permanecer en aquel lugar, pero el solo pensamiento de alejarse de Ben, de olvidar su dulce y amargo encuentro era tan doloroso como si le clavaran un puñal.

Pero así tenía que ser.

–¿Qué me dices? –volvió a preguntar su jefe.

–Perdona, estaba pensando –tomó aliento y siguió hablando con firmeza–: ya he hecho todo lo que tenía que hacer.

–¡Fantástico! Llegaré a recogerte sobre las cuatro. Podemos parar a comer algo en el camino… –su voz se tornó más cariñosa– y continuar con la conversación que dejamos cuando te marchaste. *Ciao*, cariño.

Caroline pestañeó al escuchar la misma palabra que Ben había utilizado durante las últimas veinticuatro horas. No quería que ningún otro hombre la llamara «cariño». De hecho, no quería a ningún otro hombre.

¿A qué conversación se habría referido Michael? Se imaginó que se trataría del asunto de conocerse el uno al otro mejor. No pudo evitar sonreír al recordar que hubo un momento en que consideró que la relación de amistad con Michael podría tomar otros derroteros. De la manera más objetiva, había sopesado los pros y los contras: permanecer soltera o establecer una relación y una familia.

Eso ya no iba a pasar nunca. No había nada malo en Michael, al contrario, era inteligente, guapo y tenían mucho en común. Pero al igual que los otros hombres con los que había salido, no era como Ben.

Caroline se llevó los dedos a las sienes. Estaba justo como al principio, después de todos aquellos años. Ben se había cargado la posibilidad de que estableciera una relación con otro hombre.

¿No había él admitido que le había sucedido lo mismo? Había confesado que la había llevado a Langley Hayes con el propósito de acabar con los recuerdos que tenía de ella, de probar que ella no era nada especial.

¿No había admitido con franqueza que no había tenido éxito? ¿Y qué le había dicho? «Te sugiero que empieces a escuchar tu corazón…»

¿Habría él escuchado al suyo cuando perdonó la carta que le había dejado a su madre? ¿La habría perdonado porque sentía amor en su corazón?

¿Sería posible que lo hubiera juzgado equivocadamente?

Algo dulce y tierno comenzó a aflorar en su propio corazón. Quizá solo se había marchado de aquella manera tan tempestuosa y furiosa porque ella le había dicho que conocía sus engaños. Quizá se había ido porque necesitaba tiempo para pensar cómo iba a convencerla de que había estado diciendo la verdad.

Caroline salió de la habitación y cerró la puerta tras ella. Había tomado una decisión.

Podía aceptar fácilmente que su padre le hubiera mentido sobre Ben. Él habría hecho cualquier cosa para romper su relación antes de que Jeremy Curtis se enterara. Sus planes para casarla con la fortuna de la familia habrían corrido peligro…

Pero todavía quedaba Maggie Pope.

Al salir de la casa, Caroline se dio cuenta de que unas nubes grises habían cubierto el sol. La débil primavera inglesa volvía al invierno. Sintió frío, pero se dirigió con paso firme hacia el pueblo.

Todavía quedaba mucho tiempo para que Michael fuera a recogerla y tendría tiempo de encontrar a Maggie y pedirle que le dijera la verdad. Eso si no se había marchado del pueblo.

Pero era poco probable. Su padre tenía el pub del pueblo y ella lo había ayudado desde que dejó el colegio cuando tenía dieciséis años. Seguir en el pueblo era la mejor solución para una madre soltera sin estudios.

A pesar del viento frío, Caroline podía escuchar lo que su corazón le decía: Ben no le había mentido, él no era tan taimado; solo tenía que pensar en los planes que tenía para Langley Hayes.

Se había querido casar con ella en aquel tiempo, igual que se quería casar en ese momento. Y no habrían perdido esos doce años, si ella hubiera sido más madura y se hubiera negado a creer las mentiras que urdió su padre. Si hubiera esperado para hablar con él, si hubiera mantenido la fe en él, a pesar de las aparentes evidencias.

El único enigma era por qué habría mentido Maggie. ¿Por venganza? ¿Por que el salvaje y atractivo Ben Dexter no la había tocado nunca y ella hubiera deseado que lo hiciera?

Fuera lo que fuera, las especulaciones no la conducirían a ninguna parte. Tenía que saber la verdad, descubrir la razón de aquella mentira que le había hecho tanto daño. Enseguida supo que tendría que esperar un poco más porque empezó a llover a raudales cuando aún estaba a las afueras del pueblo.

Corrió hacia la casita para buscar cobijo hasta que lo peor pasara. Unos golpes violentos en una ventana la hicieron pararse y Dorothy le hizo señas para que pasara.

–Estás empapada –le dijo Dorothy al abrirle la puerta–. Te he visto venir… Pasa y sécate junto al fuego, voy por una toalla. ¿Te apetece tomar una taza de té?

Caroline entró en una habitación acogedora. Mientras Dorothy se fue a preparar el té, ella se secó el pelo junto a una chimenea.

–La has dejado muy bonita –señaló cuando la mujer volvió–. ¿Eres feliz aquí?

La muerte de su padre debió haberle golpeado duro. Había perdido al hombre que había sido el centro de su vida durante muchos años. Caroline se sintió un poco responsable. Si Dorothy estuviera pasando dificultades, tendría que hacer algo al respecto.

–Sí, mucho –contestó mientras llenaba dos tazas–. Echo de menos a tu padre, por supuesto, y aunque pensé que me quedaría muy sola no ha sido así. Siempre hay alguien con quien hablar y, además, desde esta ventana veo todo lo que sucede.

E informaría al primer oído dispuesto a escuchar, pensó Caroline con una sonrisa.

–Sé que todavía no tienes la edad de la jubilación, Dorothy. ¿Cómo te las arreglas? No temas contarme cómo te va. Quizá yo pueda ayudarte.

–Muchas gracias. Me las estoy arreglando muy bien. Cuando la empresa del señor Dexter se quedó con la casa me explicó por qué no podía quedarse conmigo. Necesitaba a alguien joven y más mundano para arreglárselas con todos esos chicos enérgicos que iba a alojar. Pero, me aseguró que en cuanto los primeros empezaran a llegar, me necesitaría unas cuantas horas diarias para ayudar aquí y allá. Para conocerlos y hacer un poco de abuela postiza. Y hasta que

lleguen, me paga una buena cantidad. Es un buen hombre –dijo pensativa removiendo el té.

Por supuesto que lo era, concedió Caroline en silencio porque tenía un nudo en la garganta. El mejor. ¿Por qué le había costado tanto admitirlo? Había estado tan concentrada en creer las mentiras del pasado que se había cegado a la realidad.

Su padre no había sido capaz de amarla. ¿Habría creído ella, de manera subconsciente, que nadie podría quererla?

¿Sería esa la razón por la que había creído tan fácilmente en las mentiras que le habían contado sobre él?

Dejó la taza sobre la mesa y se frotó la frente para relajar la tensión. No iba a analizarse, no tenía tiempo.

Tomando aliento, le sonrió a la mujer y miró a la ventana. Acababa de decidir que no iba a ir a buscar a Maggie; la iba a dejar mantener su secreto. No merecía la pena hacerle recriminaciones por el daño que había hecho en el pasado. Tenía que mirar al futuro, a la posibilidad de compartirlo con Ben porque, ahora, sabía que no había mentido cuando le dijo que nunca la había tocado.

–Creo que la lluvia ha cesado –dijo con rapidez.

–Sí tienes razón. Pero no tendrás prisa, ¿verdad?

–Me temo que sí. Tengo que volver y cambiarme.

Michael llegaría a las cuatro; pero, con un poco de suerte, ella no se marcharía con él. Tenía que ver a Ben, retractarse de todo lo que le había dicho y pedirle que la perdonara porque lo amaba.

El sol hacía que las gotas de lluvia sobre la hierba brillaran como diamantes. Desde donde estaba, podía ver una imagen muy pintoresca de la entrada del almacén y, oculto tras los árboles, se dibujaba el perfil de un Jaguar. ¿Sería el de Ben?

En respuesta a su pregunta callada, la puerta principal se abrió y Ben salió, con una sonrisa en el semblante, seguido de cerca de Maggie.

Detrás, bailando alrededor de los adultos, surgió una niña alta con trenzas negras y cara alegre.

–La hija de Maggie.

Caroline no se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que escuchó la voz de Dorothy confirmándoselo.

–Así es. Ha crecido un poco desde al última vez que estuviste aquí. Ahora tiene doce años. Se llama Ángela, aunque no es ningún

ángel. Es la viva imagen de su padre, ¿no crees?

La mano enorme que le apretaba el corazón le hizo sentir náuseas. Las trenzas morenas eran de un tono un poco más claro que el pelo de Ben, pero la gracia de sus movimientos, la manera de disfrutar de la vida, la cara animada…

Caroline no pudo responder, pero Dorothy no necesitaba que confirmara su comentario. Su voz ávida de cotilleos continuó:

–Él nunca admitirá que es su padre, pero todo el mundo lo sabe. Más de una vez los pillaron juntos, ya me entiendes. Nunca se ha casado con ella ni ha reconocido a la niña, claro está. Nuestra Maggie está muy por debajo de él. Bueno, aparte, todos sabemos que ella es un poco ligera de cascos… él nunca se comprometería con alguien así. Tú lo conoces muy bien para entenderlo, ¿qué pasaría con su posición y su reputación?

Caroline se mordió con fuerza el labio inferior. Necesitaba, desesperadamente, marcharse de allí, pero no podía moverse. Parecía que había echado raíces.

Ben sonreía mientras le decía algo a la niña. Lo vio meterse la mano en el bolsillo y sacar unas cuantas monedas en la palma extendida. La niña tomó el dinero y se fue saltando de vuelta a la tienda. Entonces, observó que Ben se giraba hacia Maggie con el semblante muy serio.

Dorothy, inconsciente del torbellino interior de Caroline, siguió con su perorata.

–Él las visita de vez en cuando, también tengo que decirlo. Se le suele ver a esta hora del día. Probablemente las ayuda económicamente. No lo sé. Pero debería hacerlo; como bien sabes, no es que le falte dinero que digamos.

Caroline no podía aguantar más. La mano invisible le apretaba el corazón cada vez más fuerte. Por fin, consiguió hablar:

–Lo siento, debo marcharme.

–¡Qué pena!

Como siempre, Dorothy estaba disfrutando con el cotilleo. Dirigió su mirada hacia Ben.

–El señor Dexter te podría llevar.

–¡No! –gritó ella y salió corriendo.

Capítulo 10

Caroline corrió hasta la curva de la carretera que la ponía a salvo de la vista del pueblo entero y de los ojos de Dorothy que, sin lugar a dudas, estarían atónitos. Se paró un segundo para tomar aliento y permitir que los latidos de su corazón se calmaran un poco.

Lo estaba volviendo a hacer. Estaba volviendo a escapar como lo había hecho hacía doce años. Creyéndose lo peor del hombre al que amaba sin esperar a escuchar su versión de la historia.

Las opiniones de Dorothy no eran pruebas concluyentes. No debía creer los cuentos que se formaban por los cotilleos de un pueblo que no tenía nada mejor que hacer que especular, elaborar y tejer historias sobre las vidas de los demás.

Y ella, Caroline, no iba a cometer el mismo error dos veces. Hablaría con Ben, le diría lo que Dorothy le había contado y escucharía lo que él tenía que decir al respecto.

Se debatió sobre si volver sobre sus pasos y dirigirse al pueblo o esperarlo allí por si tomaba ese camino para volver a Langley Hayes.

En menos de una hora, Michael llegaría a buscarla por lo que sería mejor que regresara a la casa, se lavara y se cambiara para que cuando Ben volviera, pudiera hacerle frente con dignidad.

Con el aspecto que tenía, el pelo alborotado, la camisa arrugada y los vaqueros prestados empapados, se parecía más a una vagabunda que a la mujer que ella era.

Tendría tiempo para darse una ducha rápida, decidió mientras iba por el camino, evitando los charcos y el agua que caía de los árboles. Probablemente, se pondría el traje que había llevado el día que llegó, se secaría el pelo…

Inmediatamente dejó lo que estaba pensando con un gruñido. Estaba llenando su mente de cosas sin importancia para evitar los terribles miedos que la acechaban.

Que le hubiera mentido y que continuara haciéndolo.

Que las cosas que Dorothy le había contado fueran verdad y que

todo el mundo supiera que él era el padre.

No quería tener esas dudas sobre él, no quería. No quería pensar en eso.

Quería volver a tener la fe que había sentido antes, la seguridad que había llenado su corazón hacía escasos minutos.

Las lágrimas se le apelmazaban en la garganta cuando giró hacia la entrada de la casa. Después de lo que había visto y de lo que había oído, era imposible tener aquella seguridad. Pero no iba a darle vueltas a esos pensamientos negativos antes de escuchar lo que él tenía que decirle.

Al acercarse a la casa vio el BMW azul de Michael. Tuvo que contenerse para no lanzar un gemido. El hijo de su jefe estaba apoyado en el capó, muy relajado, con los pies cruzados.

Habría preferido que se hubiera retrasado en vez de llegar tan temprano. Iba a tener que decirle que no podía irse hasta que hablara con Ben, que él se podía marchar y que ella ya llegaría por sus propios medios.

A regañadientes, le devolvió su saludo con la mano en alto y él caminó a su encuentro. Sus ojos brillaban divertidos.

–Has llegado muy pronto –dijo Caroline con tono acusador, pero, inmediatamente intentó moderarse; él no tenía la culpa de nada –. Tengo que…

No hizo falta que continuara, el sonido de las ruedas del Jaguar sobre la grava, le anunció que Ben había vuelto. Michael cruzó los escasos metros que los separaban y le dio un abrazo.

–¿Qué te ha pasado? Te pareces más a un espantapájaros que a mi hermosa y elegante compañera.

Ella echó humo por dentro. Impaciente, se quitó el brazo de sus hombros. Justo en ese momento, Ben le lanzaba una fulminante mirada mientras aparcaba al lado del BMW.

Caroline avanzó unos pasos, pero Michael la sujetó por la cintura con un brazo que parecía de acero.

–Espera, ¿por qué tienes tanta prisa?

–Tengo que hablar con Ben… el señor Dexter…

–Vale. Pero no tengas prisa, no se va a marchar a ninguna parte.

No se iba. Estaba esperando. Con los pies separados y sus extravagantes y atractivos rasgos serios. A Caroline se le encogió el estómago y el corazón le dio un vuelco. La fuerza de su enfado era

casi visible. Nunca jamás lo había visto así.

Pero Michael parecía no haberse dado cuenta. Al llegar a su altura extendió una mano.

–Dexter. Encantado de conocer al hombre que le ha dado un hogar a mi descubrimiento –ante la mirada vacía de Ben tuvo que añadir–: *Primer amor*, el descubrimiento de la década.

Como no obtuvo ninguna respuesta, se presentó a sí mismo:

–Soy Michael Weinberg. Caroline me dijo que había terminado aquí y yo me ofrecí para llevarla. He llegado un poco antes de lo que dije, pero así podremos marcharnos antes.

Se volvió a mirarla con ojos sonrientes y, según le pareció a ella, su voz sonó decididamente íntima.

–Pararemos a comer algo en el camino. He reservado una mesa en un buen restaurante a la salida de Banbury. Así podremos recuperar la cena que perdimos cuando viniste aquí.

Solo cuando su mano le dio un apretón posesivo, Caroline se dio cuenta de que todavía la sujetaba por la cintura. ¡Michael estaba dando una impresión totalmente equivocada! Sintió deseos de ponerle una mano sobre la boca para que dejara de hablar. Pero ya era demasiado tarde; Ben le estaba dirigiendo una mirada de desprecio que la dejó de piedra.

–Ahora entiendo –dijo con una voz extraña–. Quizá te apetezca esperar dentro, Weinberg. Seguro que a la señorita Harvey no le llevará demasiado tiempo ponerse hermosa para ti. ¿Quieres que te prepare un té mientras la esperas?

Caroline estaba que echaba chispas al escaparse de las garras de Michael. Pasó entre los dos y se dirigió hacia la casa a pasos rápidos. Ben estaba enfadadísimo con ella, eso estaba claro, lo que no tenía tan claro era el motivo.

¿Porque lo había llamado mentiroso? o ¿por las familiaridades de Michael: la forma en que le hablaba, la manera posesiva de agarrarla…?

¿O la explosiva combinación de ambas cosas?

Eso era lo más probable. Y mirándolo de esa manera, no era de extrañar que Ben estuviera enfadado, decidió de mal humor mientras se dirigía a la cocina a preparar ese té. Ahora eran los dos los que tenían un montón de cosas que explicar. ¿Pero estaría él dispuesto a escuchar lo que ella tenía que decirle?

Se preguntaba si pedirle diez minutos de su tiempo antes de ducharse o después cuando tuviera mejor aspecto. Decidió que sería mejor después, cuando su aspecto fuera menos ridículo y tuviera más control sobre las emociones que estaban empezando a desbordarla.

Sus manos le temblaban tanto que no podía poner las cosas para el té en la bandeja. Una de las tazas se le escapó de las manos y se rompió en mil pedazos cuando Ben entró en la cocina.

El silencio que siguió, después de que ella murmurara algo poco bonito en una mujer, fue intenso y doloroso. Una acusación silenciosa pendía en el aire. Había tantas cosas que decir, tantas de las que disculparse, tantas preguntas que hacer…

De repente, se sintió increíblemente torpe. Sin atreverse a decir nada, fue a buscar una escoba y un recogedor para barrer los trozos.

Durante todo aquel tiempo, él no dijo ni una palabra, solo la observaba con los ojos entrecerrados.

Al menos, ya tenía la respuesta a la pregunta sobre cuándo hablar con él. Fue Ben el que rompió el silencio que la estaba llevando al borde de un colapso nervioso.

–Si hubieras estado lista para marcharte con tu galán antes de que yo hubiera vuelto, ¿me habrías dejado otra carta de despedida?

Él fue el que tomó la tetera y acabó de preparar la bandeja. Sus manos eran firmes.

– No, me imagino que no –su voz sonó tan fría como una noche en el Ártico cuando respondió la pregunta que él mismo había planteado–. Tal y como tu compañero ha sugerido estarás deseando marcharte cuanto antes, no habrías perdido el tiempo escribiendo. De todas formas, ya me habías dicho lo que pensabas de mí.

Por fin, acabaron con los preparativos para el té.

–Sé que estás enfadado –dijo ella muy seria–, pero yo tampoco estoy muy contenta… Tenemos que hablar.

La mirada que le dirigió le dijo que encontraba su afirmación totalmente incomprensible.

–No me puedo imaginar de qué. No hay nada más que decir –dijo mientras se encogía de hombros–. Pero si insistes, te concederé cinco minutos de mi tiempo antes de que te vayas –afirmó, dirigiéndose hacia la puerta con la bandeja entre las manos–. Yo le serviré el té a tu «compañero» mientras tú recoges tus cosas. ¡Ah!

Una cosa más. Hablé con Maggie Pope esta tarde. Admitió que tu padre le había pagado para que dijera que yo era el padre de la criatura. No cabe duda de que invirtió bien el dinero que yo me negué a aceptar –su preciosa boca se tensó–. Sé que no me crees, por supuesto. Eso sería pedir demasiado. Probablemente ya hayas decidido que de alguna manera le retorcí el brazo para hacerla decir eso.

Se marchó tan rápida y silenciosamente como había aparecido, sin darle la oportunidad que dijera ni una palabra.

Era lo mejor que podía hacer, se dijo Caroline al mirarse en el espejo media hora más tarde. Decidió que no se pondría el traje de chaqueta con el que había llegado por ser demasiado formal. Se parecía demasiado a la mujer de negocios que había querido representar la primera vez que llegó. En lugar de eso, se decidió por una falda de sastre gris oscuro y un jersey de cachemir gris perla. Ni siquiera con su destreza maquillándose, logró disimular la mirada cansada de sus ojos y las suaves líneas de tensión alrededor de la boca. La manera en la que Ben había enfatizado la palabra «compañero» le había dicho mucho. Él pensaba que su relación con Michael era mucho más cercana. Entonces recordó cuando él había insinuando que ella había echado de menos el sexo y él había estado a mano.

¡Le había insinuado que ella era algún tipo de ninfómana!

Las palabras y la actitud de Michael podían haber reforzado esa opinión tan baja.

Mientras echaba una última mirada a la habitación en la que había dormido durante los primeros dieciocho años de su vida, decidió que iba a intentar pensar en positivo.

Amaba a Ben y, lo que era más importante, confiaba en él. Lo que le había dicho de Maggie tenía mucho sentido, hacía encajar todas las piezas.

Los planes de su padre para comprar a Ben habían fallado, así que pensó que lo mejor para manchar su nombre y acabar con el enamoramiento de su hija era pagar a aquella chica para que mintiera.

La chica no era muy inteligente y, además, tenía una hija de la

que cuidar por lo que necesitaría dinero.

Sí. Todo cuadraba. Era una pena que Ben hubiese estado tan enfadado; si se hubiera esperado un poco, le habría confesado que creía en él.

Sin embargo, todavía podían hablar. Le había dicho que hablarían antes de marcharse. Solucionarían las cosas. Tenían que hacerlo.

Entonces, ella podría quedarse, a menos, que él necesitase algún tiempo para pensarse las cosas.

Ella lo amaba desesperadamente, incluso si él no le hubiera dicho que la amaba o que sentía algo profundo hacia ella. Le había pedido que se casara con él, que compartiera su vida, y no lo habría hecho si lo único que hubieran compartido hubiese sido una relación sexual fantástica.

Ben estaría esperando. Caroline tomó su bolso y se dirigió hacia la puerta con un trillón de mariposas haciéndole acrobacias en el estómago.

–Así está mucho mejor. Ha merecido la pena la espera –le dijo Michael mientras la recorría con sus ojos color avellana.

Sintió la aprobación masculina mientras él dejaba el periódico sobre la mesa y se levantaba de la butaca.

–Si estás lista nos vamos –dijo, tomando la bolsa de ella de sus dedos temblorosos–. Me gustará tenerte de nuevo en Londres. Te he echado de menos.

Caroline ignoró el comentario.

–No puedo marchame todavía –aseguró con firmeza. Tengo que hablar con Ben.

Con la mirada recorrió el estudio, como si esperara verlo surgir de detrás de algún mueble; pero solo su taza de té testificaba que él había estado allí.

–Se ha marchado –le informó Michael, caminado hacia la puerta–. Me dijo que te dijera adiós de su parte y que te diera las gracias.

¿Adiós? ¿El adiós definitivo? ¿Gracias? ¿Gracias por qué? ¿Por unas cuantas sesiones de sexo maravilloso?

El alma se le cayó a los pies y su estómago se encogió con

pánico.

–¿Adónde se ha ido? –preguntó con rudeza, apresurándose detrás de Michael que ya salía por la puerta.

Él le había prometido que hablarían antes de que ella se fuera. No se podía haber ido así. A menos que se hubiera sentido tan disgustado y desilusionado por su falta de confianza que hubiera decidido que no quería volver a verla jamás.

Michael se encogió de hombros.

–No sé. Solo dijo que acababa de recordar una cita y salió disparado. Me dijo que no nos preocupáramos de cerrar. Aparentemente, su ama de llaves iba a cerrar antes de que él se marchara esta noche.

¿Esa noche? ¿Significaba eso que ella podía esperarle toda la noche si quería que él no iba a aparecer?

Probablemente, concedió en silencio. Si realmente hubiera recordado una cita urgente o si hubiera querido dejar las cosas claras con ella el mensaje habría sido diferente. Algo como que se pondría en contacto con ella más tarde…

Se había inventado aquella cita, estaba segura de eso. Sintió que su malestar empeoraba. Simplemente, no había querido molestarse en discutir con una mujer que le había dejado muy claro que dudaba de su moralidad.

Michael se lo confirmó al unirse a él en el coche.

–Dexter me dijo que le enviara la factura por tu trabajo y que no te preocupes por mandarle una evaluación. Él puede decidir por sí mismo lo que merece la pena y lo que no. No sé por qué solicitó que vinieras; pero si quiere malgastar su dinero ese es asunto suyo. ¿Había muchas cosas de interés? –preguntó mientras arrancaba el coche.

–No mucho –contestó de manera automática y mencionó las piezas que valdría la pena mantener como inversión.

¿Habría algún mensaje oculto cuando dijo que él podía decidir por sí mismo lo que merecía la pena y lo que no?

Probablemente.

De lo que sí podía estar segura era de que no quería volver a verla nunca más. Sus instrucciones con respecto a la evaluación lo había dejado bien claro.

Ben Dexter se había deshecho de ella y, mirando al terrible

embrollo, no podía culparle por ello. Finalmente, había logrado lo que se había propuesto: librarse de ella para siempre.

Capítulo 11

Sentada frente a Michael, en el lujoso restaurante a las afueras de Banbury, Caroline se preguntaba cómo podría haberse imaginado que su amistad con aquel hombre podía haberse convertido en algo más profundo. En matrimonio, la construcción de un hogar, niños…

Nunca habría sido capaz de amarlo. ¿Cómo podría amarlo, o a ningún otro hombre cuando Ben había capturado su corazón para siempre? Michael se merecía algo mucho mejor.

Miró fijamente al plato de ensalada sin verlo, pensando en un futuro de soledad y desamor.

–¿No te lo vas a comer? –preguntó Michael–. Debo reconocer que tiene una pinta aburrida. Deberías haberte pedido el pato; está delicioso.

–Lo siento –respondió ella, pinchando una hoja de lechuga sin mucho entusiasmo–. Estoy cansada.

Aunque, más que cansada, se podía decir que estaba agotada. Se le habían agotado las energías y la esperanza. Demasiado abatida para decirle a Michael que prefería seguir hasta Londres en lugar de parar a cenar.

Además, eso habría sido muy egoísta por su parte. Por la manera que Michael devoró la comida, debía estar hambriento.

–¿Cansada? ¿Por qué? –preguntó él con el ceño fruncido–. Según tú hay muy pocas cosas en Langley Hayes que merezcan la pena. Nunca me habría imaginado que ibas a estar sobrecargada de trabajo.

No merecía darle vueltas al asunto. Era el momento de ser sincera con él, de explicarle porque la sugerencia de conocerse mejor en el terreno personal no era posible. Se lo debía.

Caroline dejó el tenedor sobre la mesa.

–Ben y yo tenemos una larga historia, Mike. Tuvimos una aventura hace doce años. Terminó a los dos meses. No había vuelto a verlo hasta que llegó a la galería para ver el cuadro de Lassoon. Estos últimos días han sido un poco tormentosos.

–¡Dios mío! –exclamó él–. Todavía estás enamorada de él, ¿verdad? –le preguntó después de mirarla atentamente.

Tenía la garganta demasiado tensa para hablar por lo que asintió con la cabeza.

–Si ha durado tanto tiempo, sin nada que lo alimentara, tiene que ser algo muy fuerte–continuó él despacio–. Me imagino que eso me deja fuera de juego –añadió con una sonrisa–. Aunque me imagino que nunca estuve dentro, aunque tú eras demasiado educada para decírmelo. ¿Seguimos siendo amigos?

–Por supuesto –respondió ella llena de gratitud. Contenta de que se lo hubiera tomado tan bien y aliviada porque parecía que no le había hecho mucho daño.

Ella sabía lo que era que le dejaran a uno con el corazón destrozado y no se lo deseaba ni a su peor enemigo.

Pero no iba a pensar en sentimientos heridos; no se lo permitiría a sí misma. No quería acordarse de lo que casi había tenido y que había rechazado por su falta de confianza.

–¿Siente él lo mismo?

Un puño de acero le estrujó el corazón, el dolor era insoportable y su voz salió entrecortada

–Antes… quizá; pero ya no.

–Me pareció que había algo de tensión. ¿Tuvisteis una pelea?

–Algo así –no quería seguir hablando del tema, pero Michael no parecía dispuesto a dejarlo.

Se inclinó hacia ella, con los codos apoyados sobre la mesa y la tocó con los dedos.

–Se le pasará… por lo que hayáis discutido… No es ningún tonto, Caroline. Y –añadió poniéndose un poco colorado– quizá yo haya metido la pata. Estuvimos hablando mientras te cambiabas. Me hizo algunas preguntas sobre tu posición en la galería, si estabas muy unida a tu carrera, ese tipo de cosas.

Se quedó un momento callado mientras el camarero retiraba los platos y a Caroline se le escapó un suspiro de desesperación.

¿Estaría Ben todavía interesado en casarse con ella? ¿Por qué si no, se iba a interesar por su relación con su trabajo? Cuando le hizo la sorprendente propuesta, le dio la opción de continuar con su carrera y vivir en Londres y utilizar la casa para los fines de semana o convertirla en su hogar permanente.

Sintió que las lágrimas la estaban ahogando. Se las tragó con determinación. Por supuesto que ya no pensaba en el matrimonio. Estaba disgustado con ella, con su total falta de confianza.

Michael le estaba diciendo algo.

–Perdona, ¿qué decías?

–Te he preguntado si querías algo de postre.

Ella negó con la cabeza, incapaz de confiar en su voz. No podía comer, simplemente no podía. Solo quería salir de allí, volver a Londres y lamerse las heridas en privado.

Pero Michael había pedido café. Caroline emitió un suspiro de impaciencia.

–Me siento como un idiota –murmuró él–. No tenía ni idea de que él y tú… Claro, ¿cómo iba a saberlo? Me temo que le di la impresión de que éramos pareja. Bueno –añadió poniéndose a la defensiva–, tenía mis esperanzas, me imagino que corrí demasiado. A veces peco de tener demasiada confianza en mí mismo. Mira, si quieres, me tragaré mi orgullo y llamaré a Dexter a primera hora de la mañana para aclarar las cosas.

–Preferiría que no lo hicieras –respondió ella.

Ya se había acabado todo. Ben no había dejado lugar a la duda. La impresión equivocada que le había dado Michael le revolvía el estómago, pero su relación ya había acabado antes de que esa conversación tuviera lugar.

–Daría igual –rechazó ella con tono fatalista–. Si has terminado, me gustaría marcharme ya. Necesito descansar si quiero estar en forma para mañana.

Descansar era algo difícil, pensó Caroline cuatro semanas más tarde mientras limpiaba el polvo de su sala de estar minimalista.

Consiguió seguir adelante volcándose en su trabajo y poniéndose cada día su armadura: un traje de chaqueta de diseño y un buen maquillaje. Pero las noches…

Las noches eran un tormento insoportable. Ben tenía el papel principal en todos sus sueños en los que el sexo era cada vez más explícito. Ella, medio despierta, lo buscaba, pero no lo encontraba; ni nunca lo encontraría.

El resto de las horas, hasta el amanecer, las pasaba haciéndose a

la idea, aceptando el hecho de que Ben había dejado su relación atrás, que había conseguido librarse de ella y de los recuerdos.

¿Qué hombre querría a una mujer que había declarado que no confiaba en él?

Estaba empezando a odiarse a sí misma. Era incapaz de comer o de dormir, atormentada por los pensamientos de su amor perdido.

Dejó el plumero a un lado, enfadada consigo misma. Si su vida era un desorden, ella era la única culpable. Tenía que hacer algo al respecto. Nadie más podía hacerlo por ella.

Un día en la oficina, su jefe, Edward Weinberg se dirigió a ella preocupado:

–Tienes un aspecto terrible. O tienes una enfermedad terminal y no se lo has dicho a nadie o estás trabajando demasiado. Me inclino por lo segundo, así que tómate un par de semanas de vacaciones. Vete a alguna playa a descansar.

Le habría gustado negarse a tomarse unos días; pero quizá, esas vacaciones forzadas eran lo que ella necesitaba para arreglar su vida, para hacer algo positivo, pero ¿qué?

No le apetecía nada tumbarse en una playa. Demasiado tiempo ocioso para pensar, para darle vueltas a la cabeza. Necesitaba trabajo físico, duro.

Echó una mirada a su piso y tomó una decisión.

A las dos horas volvió con dos latas de pintura, brochas y un par de vaqueros viejos y camisetas del mercadillo. El piso que hasta entonces había visto como un lugar para dormir se iba a convertir en un verdadero hogar.

Danielle Booth, la vecina de la puerta de enfrente asomó la nariz por la puerta entreabierta.

–Tómate un respiro. Llevas trabajando toda la semana. ¿Qué te parece dar una vuelta por ahí? ¿No irás a trabajar el fin de semana también?

Había transformado el vestíbulo pintándolo de color melocotón y la puerta parcialmente abierta del salón revelaba el mismo color solo que más oscuro.

–¿Te gusta? –preguntó Caroline de rodillas en el suelo, dando lo últimos toques al rodapiés. Era su primera incursión en el mundo de

la decoración y no estaba segura de si lo había hecho bien.

–Me encanta. Pero nunca me hubiera imaginado que eras una manitas. Hubiese sido mucho más de tu estilo llamar a un decorador y quedarte en un hotel mientras te lo decoraban. Por otro lado, solo te había visto impecablemente vestida…

–Siempre hay una primera vez –respondió con una sonrisa.

Danielle no tenía que enterarse de que intentaba ocupar cada minuto de su tiempo para dejar de darle vueltas a la cabeza. Con lo que podría haber sido, con lo que había tenido y, estúpidamente, había rechazado.

–Y es muy agradable no tener que preocuparme por mi aspecto. ¿Te apetece un café?

–Me encantaría, pero no puedo. Tengo cita en la peluquería. ¿Qué me dices de esta noche? Podríamos ir al cine, a cenar…

–Lo siento –rechazo Caroline. Todavía no estaba preparada para salir por la noche; sería una compañía terrible–. Todavía tengo que empapelar un dormitorio. Ya quedaremos alguna otra vez.

Danielle se plantó con las manos en las caderas.

–Eres la persona más cabezota que conozco…

–Un sentimiento que yo sinceramente corroboro –intervino una voz masculina.

¡Ben!

Caroline no sabía si había dicho su nombre en voz alta o si simplemente lo había pronunciado en el interior de su cabeza. Danielle lo miraba con los ojos muy abiertos, la boca entreabierta y las mejillas sonrosadas.

Ella podía entender muy bien su reacción porque Ben Dexter era realmente atractivo: un metro ochenta y cinco de trepidante virilidad con un traje gris que resaltaba su cuerpo a la perfección; el pelo negro azabache y los ojos, tan negros como la noche, ribeteados por unas pestañas largas y espesas.

Todavía estaba enfadado, reconoció ella con una sensación que le recorrió la espina dorsal.

–Bueno, me marcho –logró balbucir Danielle.

A espaldas de Ben, abrió los ojos con un gesto muy expresivo y sonrió a Caroline que se había quedado muda.

–¿Me invitas a pasar? –su voz sonó melosa, pero, estaba cargada de frialdad.

Ella se llevó una mano a la garganta donde el pulso le estaba latiendo con frenesí.

Había soñado con estar con él de nuevo. Lo había deseado, en sueños desesperantes y dolorosos; pero la realidad la estaba llenando de un profundo y oscuro presentimiento. Ben tenía la cara de un total extraño. Parecía como si las experiencias que habían vivido, los retazos de paraíso que habían compartido, hubieran sido borrados sin piedad de su memoria.

Caroline no tenía palabras.

Se hizo a un lado, con el corazón acelerado porque ya sentía el deseo físico que hacía que su cuerpo le doliera.

Él entró en la sala, recorriendo con la mirada los pocos muebles que tenía. Después, sus ojos se dirigieron a ella, haciéndole darse cuenta del aspecto horrible que tenía. Unos vaqueros baratos y enormes, una camiseta llena de pintura, el pelo recogido con una goma y la cara libre de maquillaje.

Pero, durante el lento escrutinio, le pareció atisbar en sus ojos una chispa sensual que la hizo vibrar con esperanza. Quizá, solo quizá, él tampoco había podido olvidarla del todo.

La violenta atracción sexual y el reconocimiento de sus almas habían durado doce largos años de separación, dejándoles incapaces de encontrar a ninguna otra persona. No era posible que todo hubiera desaparecido en una noche. Seguro que no.

Con la cabeza todavía dándole vueltas se forzó a decir algo, a romper la atmósfera cargada. Eso le daría a él pie para explicarle por qué estaba allí cuando ni siquiera la había esperado aquel horroroso último día en Langley Hayes.

–¿Te apetece… una taza de café? –preguntó con voz pastosa, con la cara ardiendo por el esfuerzo realizado para pronunciar aquellas palabras.

–Esto no es una visita de cortesía.

Su voz era llana y los ojos que la atravesaron, fríos y duros. Con los pies separados se metió las manos en los bolsillos, su chaqueta de corte perfecto, se entreabrió mostrado una camisa gris perla.

–Ya ha pasado el tiempo suficiente. Un mes. No utilicé ningún tipo de protección. Aunque, sabiendo que tenías una relación con Weinberg, me imagino que estarías tomando la píldora –sus atractivas facciones estaban serias, pero sus ojos brillaban llenos de

desprecio–. Tengo que saber si estás embarazada. Y si lo estas, tengo que saber si es mío o de Weinberg. Dime que no lo estás y te dejaré en paz y te prometo que nunca tendrás que volver a verme.

Caroline se tambaleó. El último atisbo de esperanza se le escapaba de las manos. Su boca tembló y la sangre se le agolpó en los oídos. Era demasiado dolor después de todo lo que había pasado. No sabía cómo iba a soportarlo.

La oscuridad se cerró sobre ella y sintió que se desmayaba.

Capítulo 12

La voz de Ben resonó como si proviniera de un lugar muy lejano y su cara, sobre la de ella, estaba borrosa, como si la mañana esplendorosa de mayo hubiera sido invadida por una niebla espesa de noviembre.

Caroline movió la cabeza y su visión se aclaró. Entonces, vio un brillo de preocupación en sus preciosos ojos negros; pero no era posible, debía ser una ilusión. Por que a él ya no le importaba, ya no.

Ella no iba a ser tan patética como para pensar que había alguna esperanza. Si no hubiera estado tan perdido en la pasión como para no usar protección, no estaría allí, se recordó dolida.

Intentando escapar de los brazos que la sujetaban, emitió un estrangulado y angustiado gemido. Estar tan cerca de su cuerpo cálido y fuerte era una tortura por lo que ella misma estaba sintiendo: estaba flotando en una ola de calor propio, el pulso le latía a toda velocidad y su respiración era entrecortada.

–¡Déjalo ya! –ordenó él, acabando con sus débiles esfuerzos por liberarse.

Con un gesto de impaciencia, Ben la tomó en brazos y la llevó por todo el piso hasta que encontró su dormitorio. Apartó los rollos de papel que había sobre la cama y la depositó encima.

–No te muevas –exigió enfático–. Voy a buscarte un vaso de agua.

La afilada mirada que le dirigió corroboró la opinión de que la preocupación que había visto había sido producto de su imaginación. Obviamente no la consideraba más que un estorbo.

Caroline escondió la cara en la almohada. Deseaba que se marchara. Era mejor estar sola que tener que verlo tan enojado. Tenía que aceptar que todo había acabado y no quería tener que recordarlo así, tan frío, tan despectivo, tan amenazador.

¡Cuánto debía odiarla!

A regañadientes, se irguió sobre los almohadones sin mirarlo a

la cara. No podía soportar ver ese desprecio tan brutal.

–Te desmayaste –dijo él de manera mecánica, ofreciéndole el vaso–. Las mujeres suelen desmayarse al principio del embarazo.

Ella sintió una oleada de furia y el color subió a sus mejillas cenicientas. Tomó el vaso de agua y se contuvo para no arrojárselo a la cara.

Había ido a verla guiado por un sentimiento de responsabilidad con el único propósito de descubrir si estaba embarazada.

Eso era una lección.

Pero, además, había ido para descubrir, si ese presunto hijo era de Michael o suyo.

Y eso era ultrajante. ¿Cómo podía pensar eso de ella?

Intentó levantarse, pero él se lo impidió sujetándola por los tobillos.

–¿Qué crees que estás haciendo?

Antes de que pudiera responder: «preparándome par estrangularte antes de echarte de aquí», él volvió a colocarle las piernas sobre la cama.

–Necesitas descansar. Tienes un aspecto horrible.

–Muchas gracias –dijo ella fulminándolo con la mirada.

Él, por el contrario, tenía un aspecto inmaculado, remoto como la luna, amenazador y también magnífico.

–¿Qué harías si confirmara mi embarazo? –preguntó con maldad, para vengarse por tratarla de aquella manera.

–Casarme contigo si es mío. Asegurarme de que mi hijo está bien cuidado –respondió sin una gota de emoción. Nada de sentimientos, solo una simple declaración de intenciones.

–¿Y si es de Michael?

Caroline retorció un poco más el puñal, aumentando el castigo en un intento despiadado e innoble de hacerle pagar por la mala opinión que tenía de ella.

Vio que apretaba la mandíbula y una línea blanca de furia apareció alrededor de sus labios comprimidos.

–Eso sería asunto suyo –dijo entre diente–. Aparentemente, el pobre idiota cree que va a llevarte ante el altar. Todavía no se ha enterado de que tú eres incapaz de comprometerte.

El desprecio que mostraban sus ojos aumentó.

Ella agachó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas fijos en las

manos que estrujaban la camiseta. Ya había llegado demasiado lejos.

–No estoy embarazada –le dijo con una voz fría y monótona.

Cerró los ojos y esperó oír la puerta del dormitorio cerrarse tras de él cuando se marchara. Ya tenía la información que quería. No había nada que lo mantuviera allí ni un minuto más.

Sin embargo, no escuchó nada. Un silencio impregnó el aire hasta que su voz lo cortó.

–¿Entonces, a qué estabas jugando?

Caroline se arriesgó a mirarlo con la boca abierta por la sorpresa. Estaba completamente segura de que se iba a marchar en el momento en que escuchara la información que había ido a buscar.

Se había quedado, pero todavía estaba furioso.

Caroline desvió la mirada con el corazón latiéndole en los oídos y se volvió a tumbar, escondiendo la cara en la almohada.

Ya no podía aguantar más.

–Quería pagarte con la misma moneda por pensar que yo haría algo así –murmuró con poca voz–. Que haría el amor contigo mientras tenía una relación con Michael.

–¡Vaya!, parece que eso te molestó –dijo él con sarcasmo–. Entonces, ya sabes lo que se siente cuando no confían en ti. Cuando la persona a la que amabas te crea capaz de cualquier fechoría.

«Amabas», pasado. Acabado. La puerta con el letrero de Esperanza acaba de cerrarse brutalmente.

Caroline volvió a sentarse. De alguna manera, tenía que poner fin a esa pesadilla.

Sabía que nunca lo iba a olvidar, pero ese dolor amargo que le oprimía el pecho seguro que cesaba.

Las heridas de su corazón cicatrizarían y le permitirían continuar con su carrera porque eso era lo único que le quedaba.

Ella sabía muy bien lo que tenía que hacer para que ese proceso empezara.

Se limpió la humedad de las mejillas con sus manos todavía manchadas de pintura y dijo con toda la calma que su tumulto interior le permitió:

–Ya puedes marcharte. Estoy bien. No sé por qué me desmayé. Lo más probable es que fuera por la pintura.

Y por ser incapaz de comer, de dormir y por haberlo visto aparecer de forma tan repentina trayendo consigo una nueva esperanza y la inevitable decepción… pero, obviamente, no le iba a contar a él todo eso.

–Entonces, quizá deberías abrir las ventanas.

Ben se movió por el piso haciendo justo lo que acababa de decir. Caroline se puso de pie con debilidad. Cuando acabara se marcharía, de eso estaba segura. Sintió las piernas poco firmes por lo que se agarró al marco de la puerta.

«Por favor, vete», dijo para sí misma, «necesito empezar el largo y doloroso proceso de olvidarme de ti de nuevo».

Él estaba empezando a darse cuenta del terrible desorden. Había latas abiertas de pintura, brochas en el fregadero, dentro de botes de aguarrás. Los trapos que había utilizado para quitar las gotas de pintura, desparramados sobre el suelo.

–Cuando nos encontramos aquella noche que fui a ver el cuadro, habría apostado hasta mi último céntimo a que jamás te ensuciabas tus preciosas manos blancas.

Esa era la razón por lo que le había echado un vistazo a su perfecto maquillaje, a su peinado impecable, a su traje de diseño ejemplo de su posición y la había enviado al desván de Langley Hayes.

Caroline sencillamente se encogió de hombros. Parecía que ya no le quedaba ni un ápice de energía.

–Ahora, puedes marcharte.

Ben la ignoró. Le dio la espalda, llenó la tetera y la enchufó. Buscó un par de tazas y dos bolsas de té. Abrió el frigorífico para buscar un poco de leche y se encontró con que estaba vacío.

–Un frigorífico vacío, una pizza entera con una capa de moho; realmente sabes cómo cuidarte.

Apartó un montón de periódicos, la caja de la pizza, y puso dos tazas de té sobre la pequeña mesa cuadrada.

–¡Siéntate! –le ordenó.

Ella obedeció porque le pareció más sencillo que protestar.

–No tienes por qué hacer esto. Yo puedo cuidar de mí misma.

–Está claro –dijo él irónico. Después añadió con un tono más bajo, como un gruñido–: no me gusta verte así, exhausta, sin fuerzas.

Sus palabras hicieron que su corazón se encogiera, pero no se iba a permitir a sí misma interpretar algo que no existía.

Levantó la taza entre las dos manos y dio un sorbo. Por primera vez, desde que él había entrado en la casa, sintió que comenzaba a recuperar fuerzas.

Al encontrarse más reanimada, se decidió a hacerle la pregunta que le había dado tantas vueltas en la cabeza.

–¿Quién es el padre de la hija de Maggie Pope? ¿Te lo dijo?

–Tú ya has decidido que soy yo –le recordó él con brusquedad y apartó su taza con una expresión de desagrado.

–No.

La taza había dejado un reborde en la superficie de la mesa. Ella lo frotó con un dedo.

–Ya no. No después de que me dijeras que mi padre le había pagado para que contara esa mentira. Admito –reconoció cansada– que la creí hace doce años. Cuando mi padre me dijo que te había dado dinero para que te marcharas, no podía creérmelo, no de ti. Pensaba que me querías como yo te quería a ti.

Volvió a frotar con la palma de la mano y el cerco de humedad desapareció.

–Después vino el último golpe. Me dijo que le preguntara a Maggie quién era el padre de su hija. Quizá no debería haberlo hecho, pero solo tenía diecisiete años y estaba emocionalmente devastada. Tú habías desaparecido y mi padre había sembrado todas esas dudas en mi cerebro. Tenía que saberlo. Bien, ya sabes lo que me dijo. Fue muy convincente.

Caroline levantó los ojos y se encontró a Ben mirándola.

Incluso si no sentía nada por ella porque su desconfianza había acabado con sus sentimientos, le sentaba bien sacárselo todo del pecho.

–Aquel día terrible, cuando te dije que no me podía casar contigo porque no podía confiar en ti, tú me dijiste que escuchara mi corazón. Y lo hice. Mi corazón me dijo que tú me habías dicho la verdad, que no eras capaz de hacer daño a nadie. La única cuestión por resolver era saber por qué había mentido ella. Iba a sacarle la verdad. Pero empezó a llover a cántaros y me cobijé en casa de Dorothy. Os vimos a los tres. Dorothy os miraba y hablaba del padre de la niña como si yo lo conociera muy bien.

–Y eso te devolvió la desconfianza.

–No del todo. Volví a la casa para esperarte. Michael me había llamado, estaba cerca y me iba a llevar de vuelta a Londres. Sabía que no teníamos mucho tiempo, pero teníamos que hablar, y sabía –lo miró a los ojos esperando que la creyera– que iba a creer lo que me dijeras. Todavía estabas muy enfadado, pero me dijiste que hablaríamos antes de que me marchara. Pero te fuiste.

Durante unos minutos que le parecieron eternos, él no respondió. El silencio le estaba poniendo los pelos de punta. Se puso de pie y recogió las tazas para hacer algo y Ben se levantó de un salto.

Caroline se mordió el labio inferior. Se iba a marchar. Su intento de justificación no había logrado nada. Pero, ¿realmente había ella esperado algo?

Ben le quitó las tazas de las manos, las volvió a dejar en la mesa y la giró para que lo mirara de frente.

–Jeremy Curtis es el padre de Ángela. Probablemente por eso hablaba Dorothy como si lo conocieras. Eso es una de las cosas más emocionantes del cotilleo: no decir nombres, solo insinuar. No se puede correr el riesgo de que te demanden por difamación.

¿Jeremy? ¡No podía creérselo! ¡Había estado teniendo una aventura con la chica de mala reputación, mientras sus padres estaban planeando su matrimonio! Y él habría aceptado; Caroline era una esposa más apropiada que la pobre Maggie. Podría haber sido divertido si las consecuencias no hubieran sido tan devastadoras.

Las manos que la sujetaban por los brazos se suavizaron. Sus pulgares acariciaron su piel bajo las mangas de la camiseta, hipnotizándola, dejándola inmóvil.

Caroline se quedó sin palabras por la emoción.

–Para mí fue un golpe muy duro cuando vi que te marchabas, parecía que ni siquiera ibas a esperarme para despedirte de mí –admitió Ben crudamente–. Conseguí que Maggie me dijera la verdad y estaba dispuesto a convencerte de que la aceptaras, de que confiaras en mí lo suficiente como para casarte conmigo. Pero me marché porque no podía soportar escuchar ni un momento más a Weinberg. Las cosas que estaba diciendo me estaban volviendo loco. Le habría partido la boca de un puñetazo si me hubiera quedado.

Le rodeó la cara con las manos y la miró con una intensidad que hizo que su boca se secara.

Caroline tomó aliento, después de todo, parecía que la actitud de Michael sí había hecho daño. Ben no se había despedido para siempre, solo había ido a sacarle la verdad a Maggie y hubiera hecho lo posible para que ella lo creyera.

Las lágrimas le inundaron los ojos. La tentación de apoyar la cabeza sobre el pecho de él era inmensa.

–Michael y yo siempre hemos trabajado muy bien juntos. Después de su divorcio nos hicimos amigos. Solo amigos.

Caroline se tragó el nudo que tenía en la garganta. ¿Sería Ben capaz de ignorar lo que le había contado Michael y creerla a ella? Pero, ¿por qué iba a hacerlo cuando ella había pensado lo peor de él durante tanto tiempo?

–Nunca hemos sido más que compañeros y amigos. Te lo prometo.

Caroline se alejó de él convencida de que no la iba a creer con los hombros abatidos.

–Para ser completamente sincera contigo, tengo que decirte que empecé a darme cuenta de que él quería algo más. Como mi reloj biológico había empezado a sonar, me planteé darle una oportunidad. Pero tú apareciste en escena. Entonces supe que no iba a funcionar, ni con Michael ni con ningún otro hombre. Me habías hechizado. Rápidamente me di cuenta de que no había dejado de amarte y que nunca lo haría, a pesar de lo que creía que habías hecho. El día que salimos de Langley Hayes, le confesé que te quería. Michael me dijo lo que te había contado, me dijo que había metido la pata y se ofreció para llamarte y explicártelo todo. Pero yo pensé que ya no ibas a perdonarme.

Uno, dos, tres latidos en silencio.

Caroline empezó a sentir que su control se metía en una espiral que acabaría con una explosión y la desintegración. Después, sintió que las manos de Ben acariciaban sus hombros. Lanzó un largo y tembloroso suspiro de alivio y se dio la vuelta. Cerró los ojos mientras él le soltaba el pelo.

–Tienes pintura en la cabeza.

–Ya lo sé –respondió ella con una mirada soñadora–. Probablemente también tenga pintura en los dientes.

Él le levantó una mano y le dio un beso en la muñeca, justo en el lugar donde su pulso comenzaba a latir desaforadamente.

–Estoy hecha un desastre –dijo con dificultad porque estaba temblando de los pies a la cabeza.

–¿De verdad? No me había dado cuenta –respondió él con voz pastosa mientras ella le tomaba la mano y le besaba cada uno de los dedos–. Simplemente te amo.

Después la besó con un hambre feroz que consiguió una desesperada respuesta por parte de ella. El torbellino de la pasión hacía que las palabras fueran innecesarias. Estaban juntos. Por fin, el destino los había unido para siempre. Eran almas gemelas y lo sabían.

Caroline podía escuchar el tamborileo de su corazón cuando la tomó en sus brazos para llevarla a la habitación. La tumbó sobre el edredón y se deshizo de su chaqueta.

–Te voy a unir a mí para siempre. Voy a amarte y cuidar de ti el resto de mi vida. Y voy a hacerte el amor abiertamente sin ningún propósito ni ninguna fantasía, solos tú y yo y lo que sentimos el uno por el otro.

La camisa siguió a la chaqueta. Los ojos oscuros permanecían fijos en los de ella con una emoción abrasadora. Caroline se incorporó y se quitó la camiseta. Después, con los brazos extendidos le suplicó.

–Amor mío, ven a mí…

La calidez del sol de finales de mayo incitó a Caroline a salir de la casa de campo. Un cosquilleo interno de puro placer la hizo cerrar los ojos y dibujó en su cara una sonrisa espléndida.

El bosque que la rodeaba estaba lleno de pájaros cantarines y el jardín ofrecía la promesa de que se iba a convertir en un lugar fabuloso. En dos días, Ben y ella iban a celebrar su primer aniversario de boda.

Un año de felicidad, de pura dicha. Nunca se podría haber imaginado que dos personas pudieran alcanzar tal unión; nunca se habían separado más de una o dos horas, hasta entonces.

Siempre había viajado con él a todas partes y los periodos que habían pasado en la casa los habían dedicado a convertirla en su

hogar. Mientras estaban allí, también se habían asegurado de que los jóvenes estaban bien en la casa principal.

Esa había sido su vida hasta ese momento. Una vida maravillosa, pensó contenta elevando su cara hacia el sol y respirando el aire puro de la mañana. Al día siguiente, Ben volvería a casa y ella le daría la noticia, la novedad que tanto le había costado creer.

Por primera vez, Caroline se había negado a volar con su marido en su avión privado. Un brillo de decepción había cruzado la mirada de él ante la idea de estar separados una semana, pero después sonrió.

–¿Qué vas a hacer todo este tiempo?

–Oh, nada especial. Quiero hacer algunas compras –era la primera vez que le mentía y no le gustaba el sentimiento–. Trabajaré en el jardín… –por lo menos esa parte era verdad–. ¿Quedamos en la casa?

Y así sería. No podía esperar más. Deseaba decírselo, confesar que le había mentido, explicarle que había sido necesario porque le había costado asimilar la verdad.

Mientras tanto, todavía tenía que quitar mucha maleza…

Dos horas más tarde, Caroline se levantó. El sol le calentaba los brazos desnudos. Los pantalones blancos que llevaba no habían sido la mejor elección para trabajar en el jardín, decidió mientras intentaba sacudirse la tierra de las rodillas.

Se metió la camisa por dentro de los pantalones y se dirigió por el sendero que bordeaba la casa. Se quedó un rato descansando en el claro del bosque y después paseó por el borde del arroyo.

Ben y ella siempre paseaban por allí. Era una pequeña peregrinación, una visita ritual a su lugar secreto, el lugar donde siempre se habían encontrado en aquellas lejanas noches de verano.

Casi se pierden el uno al otro. De repente, un escalofrío recorrió su cuerpo. No lo había oído llegar, pero sabía que estaba allí.

Se volvió con la cara iluminada justo cuando él apareció entre los árboles.

–¡Ben! –exclamó mientras corría a su encuentro.

Él la levantó en sus brazos y le dio vueltas en el aire, después la besó como si estuviera hambriento.

–No te esperaba hasta mañana –dijo ella sin aliento.

–Vine volando –le dijo sonriendo, alborotándole el pelo–. No estabas en casa, ni tampoco en el jardín por lo que supe que estarías aquí.

Con una sonrisa volvió a besarlo.

–Tengo algo que contarte –dijeron los dos al unísono.

–Tú primero –dijo Caroline–. Lo mío es mucho mejor que lo tuyo.

–Yo no apostaría. ¿Estoy en lo cierto si afirmo que consideras este lugar como nuestro hogar? Creo que sí. Te eché de menos muchísimo en Amsterdam, pero conseguí arreglar unas cosas que llevaba tiempo planeando. Voy a trabajar desde casa. Desde aquí. No más viajes al continente. Cualquier viaje que hagamos a partir de ahora será por placer. Por supuesto, tendremos que acondicionar una habitación para albergar todos los sistemas de comunicación electrónica. ¿Te parece bien?

–No podía ser mejor –respondió alzando los brazos para rodearle el cuello– Encaja perfectamente con lo que tengo que decirte.

–¿Qué es?

–Estoy embarazada. No estaba segura pero ahora lo estoy. No fui de compras, ¿para qué? Tengo todo lo que quiero. Solo quería confirmarlo. Me hicieron una ecografía.

Ben se quedó mirándola fijamente.

–¿No estás contento? –preguntó con una sonrisa, sabiendo que sí lo estaba. Lo conocía tan bien como a ella misma.

La cara de él se iluminó.

–Estoy extasiado, mi amor. ¡Estoy en las nubes! Muy bien hecho, cariño.

–Se necesitan dos… –respondió ella riéndose–. Y eso no es todo. Vamos a tener gemelos.

Él contuvo la respiración y le dio un abrazo lleno de amor.

–Tendremos que construir más habitaciones. Y como crecerán en el campo querrán tener caballos. Eso significa que tendremos que construir un establo y vallar un área para que practiquen. Y si tenemos más, necesitaremos más habitaciones. Y un baño más. El lugar crecerá y crecerá. ¿Te importa?

Por respuesta, él la agarró por la cintura y la tumbó sobre la hierba mullida.

–Puedo soportar agrandar y mejorar la casa. Igual que mi amor por ti se agranda y mejora cada día.